

El Psicoanalítico

N° 37

El retorno de la oscuridad

Abril de 2019



Parte 2



Sexualidad en la antigua Roma: Mural de Pompeya de una escena sexual con la mujer encima del hombre.

Imagen obtenida de: https://es.wikipedia.org/wiki/Sexualidad_en_la_Antigua_Roma



INDICE

CLÍNICA

<u>Psicoanálisis y teorías de género. ¿Una relación (im)posible?- Por Yago Franco</u>	6
<u>Elogio de la ternura Por María Cristina Oleaga</u>	14
<u>Transbordo Imaginario Por Marcelo Luis Cao</u>	33
<u>Narcisismo del psicoterapeuta Segunda parte (*) Por Mario Buchbinder</u>	41
<u>Psicoanálisis fragmentario (*) Por Carlos Guzzetti</u>	50

SUBJETIVIDAD

<u>Más allá de lo masculino y femenino Por Leticia Glocer Fiorini</u>	54
---	----

[Relaciones fraternas: vínculos indisolubles La maquinaria porno\(*\)](#)
[Por Laura Milano](#).....62

SOCIEDAD

[El instinto perdido](#)
[Por Jorge Besso](#).....73

[La voz de la mujer en épocas de fármaco-poder](#)
[Por Mabel Alicia Campagnoli](#).....78

ARTE

[¿El fin del patriarcado? \(*\)](#)
[Por Héctor J. Freire](#).....85

AUTORES

[Carl G. Jung](#)

[Carl G. Jung: inconsciente colectivo y arquetipos](#)
[Por Sofía Degaudencio](#).....95

[El símbolo, la creación simbólica y una articulación práctica desde la perspectiva
energetista de C.G. Jung](#)
[Por Sofía Degaudencio](#).....103

HUMOR

Liliana Felipe

[Jesusa Rodríguez y Liliana Felipe - Juana La Larga \(Live in
Montreal\)](#).....114

[Liliana Felipe - No va a alcanzar la leña](#).....114

[Gracias a Monsanto - Jesusa Rodriguez Liliana Felipe](#).....114

[Liliana Felipe - Cuando cumpla los ochenta](#).....114

EROTISMO

[Oliverio Gironde](#)
[Selección por María Cristina Oleaga](#).....115

LIBROS

[La sombra argentina](#)
[De Alejandro Humberman](#)
[Por Yago Franco](#).....118

[Psicoanálisis en movimiento. Fragmentos e iluminaciones.](#)

[Presentación de Psicoanálisis en movimiento. Iluminaciones y fragmentos. 22-05-2019](#)

[De Carlos Guzzetti](#)

[Por Yago Franco](#).....120

[Planeta Adolescente. Cartografía psicoanalítica para una exploración cultural](#)

[De Marcelo Luis Cao](#)

[Adelanto de su nuevo libro](#).....126

MULTIMEDIA

[Videos en YouTube](#).....132

[Residente, Dillon Francis - Sexo \(Official Video\)](#).....132

[La chica danesa. - Trailer oficial](#).....132

[Rita Segato - El patriarcado es un tema central para mantener el edificio de los poderosos](#).....133

[Judith Butler - ¿Qué significa que el género es performativo?](#).....133

[El erotismo en la Antigua Grecia](#).....133

TEMA DEL PRÓXIMO NÚMERO: El Psicoanalítico 38: Migraciones

CLÍNICA



Trío (de Pompeya) en la forma descrita por Catulo. poema 56
Imagen obtenida de: https://es.wikipedia.org/wiki/Sexualidad_en_la_Antigua_Roma#/media/File:Sexual_scene_on_pompeian_mural_2.jpg

Psicoanálisis y teorías de género. ¿Una relación (im)posible?-

Por Yago Franco

yagofranco@elpsicoanalitico.com.ar

No hay sexualidad *natural*, tampoco género. Esto puede apreciarse claramente en la práctica del psicoanálisis. Siempre y cuando se trate de un psicoanálisis de cara a la época y no de espaldas. Freud miró de frente a su época y, más allá de poder ver solo algunos aspectos de la misma, dejó abierta la posibilidad de pensar en los diversos caminos que puede recorrer la sexualidad. Hoy también sabemos de las

bifurcaciones de esos caminos producidas a lo largo de las últimas décadas en el histórico social. De hecho hablamos -entre otras cuestiones, pero esta es central- de la decadencia o crisis del patriarcado. O sea, de aquello que instituyó al padre-patriarca en el centro de la escena y que llevó a Freud (también a Lacan) a ubicarlo en el centro de la escena edípica. *Y en el centro del orden de sexuación.*

Me he ocupado en diversos textos de la cuestión del padre (1); de los universales que hacen a la estructuración del psiquismo humano; también de lo que debe estar presente para que éste advenga (2). Castoriadis ha denominado al orden patriarcal como a un accidente en lo histórico social. Por lo tanto, si un orden simbólico es eso -uno- y otros pueden sucederle, nos hallamos en un momento en el cual las turbulencias que produce la crisis (que parece ser terminal) del patriarcado – que, entre otras cuestiones, contiene a la heteronormatividad y el lugar accesorio y de sometimiento otorgado a la mujer en su núcleo- hace que todo se conmueva: la sexualidad, el género, el lazo entre hombres y mujeres, y, por supuesto, los caminos de la sexualidad que van más allá de la heterosexualidad-: eso que mencioné como bifurcaciones.

Series complementarias e interfases psique-sociedad

Quiero retomar un concepto que considero fundamental en la obra freudiana, el de series complementarias. Es decir, la concurrencia de lo heredado, la historia infantil y la vida y episodios actuales – *a lo que agregó una virtual cuarta serie: la actividad fantasmática*- concurrencia tanto para la creación de una subjetividad, de una forma de placer, como del padecimiento. La tercera serie complementaria freudiana abarca además a la sociedad y cultura de época. La cuestión de las series complementarias obliga a tener que considerar las interfases entre la sociedad y la psique.

Estas han sido descritas por Castoriadis y podemos formularlas del siguiente modo: la sociedad debe proveer al psiquismo de objetos obligados para la sublimación (ahí tenemos a las pantallas que pueblan nuestra vida cotidiana como ejemplo relativamente reciente) los cuales son creados socialmente, siendo esto un intento de la sociedad de modelar el registro pulsional. Pero esto depende de algo sin lo

cual la vida social sería impensable: la capacidad sublimatoria de la psique humana. Al mismo tiempo la psique tiene entre sus mecanismos a la identificación, y la sociedad debe proveer de modelos identificatorios para satisfacer esta capacidad. Todo esto, desde el lado de la sociedad, tiene que ver con la necesidad de instituirse como tal. Crear un sentido diurno común a todos los sujetos que oficia de cemento para mantenerla unida. Los objetos obligados para la sublimación pulsional y los modelos identificatorios dependen a su vez de las significaciones imaginarias sociales, las cuales son las verdaderas generadoras del sentido compartido por la sociedad. Hacen que una sociedad pueda definirse como tribu de reducidos de cabezas, mapuche, china, occidental, oriental, tutsi, guaraní, inca, romana, etc.

Socialización y desfuncionalización del psiquismo

Este intento de la sociedad abarca, obviamente, el orden de sexuación/género. Pero en todas las áreas de la vida en común, en todos sus aspectos, este intento siempre es parcialmente eficaz, siempre falla, nunca puede colonizar absolutamente al psiquismo. Y esto ocurre por aquello que Castoriadis erigió en el núcleo de su elucidación: la presencia de la imaginación radical de la psique. *Esta hace a lo que él denomina como estallido del psiquismo animal y que transforma al humano en el animal loco.* Lo cual lo llevó a sostener que hay un núcleo de asociabilidad habitando en el sujeto humano. No solo por la tendencia monádica habitando en el fondo de la psique, sino porque la socialización es, en un punto, imposible. Es decir, no puede producirse palmo a palmo. Siempre hay una “distorsión”, un “desvío”, un “error” en la incorporación vía identificación que la psique realiza de los modelos ofrecidos por la sociedad y una diferencia respecto del modo de relacionarse con los objetos obligados para la sublimación. La actividad fantasmática de la psique trabaja en ese punto indecible en el cual se encuentran psique y sociedad. Actividad que es una de las que realiza la imaginación radical. El sueño, la creación artística, la elucidación matemática, física, filosófica, etc., son otras de sus expresiones. Esto hace que el ordenamiento sexual y de género nunca pueda ser totalmente eficaz. La norma que intenta imponer la sociedad nunca puede hacerlo de modo pleno. Y si la significación predominante que hace a dicho ordenamiento

entra en crisis (como decimos que lo hace la del patriarcado) se hace visible dicho fracaso.

Psicoanálisis y teorías de género. Desencuentro

Pero quiero detenerme en un punto. En el de la actividad de la imaginación radical de la psique. La cual, junto con el proceso identificatorio de los sujetos y la fantasmaticación del registro pulsional, hace que -en el caso que nos ocupa- el destino del camino de la sexualidad se produzca a espaldas del sujeto. Nadie elige ser heterosexual, homosexual, travesti, transexual, etc. Esto es algo que se le impone al sujeto en algún momento de su recorrido identificatorio y pulsional. Como dijimos, las interfases intentan un ordenamiento de ambos registros: el identificatorio y el pulsional. Este último registro – que hace que la fuente, el fin y el objeto de eso que pulsa en esa zona indiscernible entre el cuerpo y la psique siga los caminos para la satisfacción- y el identificatorio, son tomados por la actividad fantasmática para la escenificación de deseos inconscientes (lo cual puede apreciarse claramente en los sueños) una escenificación que escapa a la voluntad del sujeto. Hablamos de actividad inconsciente.

Si reparamos en estos elementos: imaginación radical y sus expresiones y deseos inconscientes, hallamos ese punto en el cual las teorías de género y el psicoanálisis se desencuentran. Las teorías de género -en general y debido a su objeto de estudio- no necesariamente toman en consideración esta dimensión desestabilizante que tiene la actividad fantasmática para todo intento de la sociedad de reducir el ordenamiento sexual a sus dictados. Es parcialmente eficaz en sus intentos, pero la sexualidad tiende a escapar de todo molde que el Otro quiera imponerle, sea desde los otros de la prehistoria del sujeto como desde sus subrogados. Esto no quiere decir que no logre una cierta homogeneidad en el campo social histórico para el ordenamiento sexual: de otra manera la vida social sería radicalmente imposible. Pero esa homogeneidad es relativa.

Por otra parte hay que tomar en consideración la creación a nivel del histórico social: creación y destrucción para ser más precisos. Si no hubiera destrucción y creación de nuevas significaciones la Historia no existiría. El imaginario social instituyente,

es decir, un imaginario radical expresándose a nivel del colectivo, desestabiliza lo instituido. Los totalitarismos son el ejemplo extremo de un poder que intenta que nada de lo instituido se modifique. De lo que le interesa mantener y de aquello que éste intenta imponer a los sujetos.

Teorías de género y psicoanálisis: una articulación posible

Así, entre la actividad de la imaginación radical de la psique y el imaginario social instituyente se crea un campo de bifurcaciones que hace que la socialización de la psique -que incluye la sexualidad y el género-, pueda seguir los caminos más diversos. Pensar, por lo tanto, en una articulación entre teorías de género y psicoanálisis implica considerar como elemento central esta característica tanto de la psique como de la sociedad.

Al mismo tiempo -retomando lo expresado al inicio-, no hay ni sexualidad ni género naturales. Todo intento de hallar una suerte de esencia sea de la sexualidad como del género, está destinado a fracasar.

Por lo cual, así como no hay esencia, tampoco hay una socialización absoluta del psiquismo, que no tenga un resto indomitable y que cuestiona siempre el ordenamiento que la sociedad quiere imponer. Característica fundamental del psiquismo humano, su desfuncionalización se transforma en un elemento desestabilizante del ordenamiento que la sociedad intenta imponer, así como una potencial fuente creadora de nuevos mundos simbólicos. Esto es algo fundamental: al no haber sexualidad ni género naturales, todo intento de llegar a una suerte de verdad sobre los mismos está destinada a fracasar. Retomando lo sostenido en el inicio de estas líneas: habitamos un mundo simbólico, pero este no es el único ni el definitivo.

Consecuencias psíquicas de las diferencias sexuales anatómicas, Edipo: el regreso.

Nada de lo dicho hasta aquí implica olvidar el papel que las consecuencias psíquicas de las diferencias sexuales anatómicas pueden tener en los caminos de la sexualidad del sujeto en cuestión. Ocurre que es sabido que sobre dichas diferencias también actúa el colectivo, pudiendo significarlas de diversos modos.

La cuestión de las diferencias sexuales anatómicas ha sido considerada central por Freud en términos de los caminos de la sexualidad que se abren a partir de las mismas. Como he señalado en otros lugares (3) el problema de la diferencia es haber estado significada asimétricamente. Hay alguien en menos. Alguien a quien le falta un elemento distintivo. Para Freud el pene era el eje, se trataba de tenerlo o no. La mujer reaccionaba frente a la visión del mismo sintiéndose castrada. En el mejor de los casos obtendría aquello de lo que fue privada (por la madre) a través de un hijo. Por lo tanto, la diferencia, como decía previamente, fue pensada como dejando a la mujer en falta. El intento de Lacan de elaborar el concepto de falo no permitió superar una teorización claramente viciada de teorías imperceptibles patriarcales. (4)

El Edipo y su reedición en la pubertad (cada vez más temprana en nuestra sociedad) toman la temprana incorporación del género y la arrastra y la hace atravesar vicisitudes identificatorias y pulsionales y la someten, además, a la que conocemos como ecuación personal de cada sujeto: eso femenino o eso masculino podrá resolverse ateniéndose a las diferencias sexuales anatómicas o no; el género coincidirá con el sexo, o no. Pero: ¿y a qué nos referimos con masculino o femenino? ¿Cómo podríamos definirlo hoy psicoanalíticamente? ¿Es definible? ¿Es *claramente* definible? *Lo cierto es que no hay reducción posible de la sexualidad ni a lo biológico ni a lo social.*

Psicoanálisis y teorías de género. Desencuentro

Ciertamente, a partir de las transformaciones de género ocurridas en las últimas décadas el psicoanálisis se ve obligado a revisar elementos centrales de su corpus teórico (Ej: Edipo, castración, envidia del pene, actividad/pasividad, masculinidad, feminidad, homosexualidad, Ley, lo paterno, lo materno, masoquismo femenino, etc.). He ahí el impacto de las teorizaciones sobre el género en el psicoanálisis: afectan elementos centrales de su corpus teórico.

De forma tal que psicoanálisis y teorías de género pueden tener tanto un lazo posible como imposible. Por esto último me refiero a algo inestable, no agotable, que no cierra, en movimiento. *Más allá de esto, lo cierto es que no se trata de hacer*

casamientos de apuro entre la sexualidad entendida psicoanalíticamente y las teorías sobre el género.

Recurrimos en este punto a Silvia Bleichmar: “en modo alguno puede retroceder el psicoanálisis ante la afirmación realizada por quienes propician el sexo del lado de la biología, y el género del lado de la representación. Entre la biología y el género, el psicoanálisis ha introducido la sexualidad en sus dos formas: pulsional y de objeto, que no se reducen ni a la biología ni a los modos dominantes de representación social, sino que son, precisamente, los que hacen entrar en conflicto los enunciados atributivos con los cuales se pretende una regulación siempre ineficiente, siempre al límite”. Agrego a esta enunciación lo ya mencionado: la actividad fantasmática, inconsciente.

Emergencia de la sexualidad y el género: presencia del otro

La diferencia sexual anatómica y sus consecuencias psíquicas, los enunciados identificatorios sobre ésta -familiares, sociales-, enunciados que tienen siempre una dimensión inconsciente, la actividad de la imaginación radical, los enunciados identificatorios sobre el género, la travesía edípica, finalmente, el superyó cultural que indica un orden de sexuación determinado, etc.: en este conglomerado debe emerger un sujeto sexuado y perteneciente a un género. Punto en el cual debemos siempre recordar lo siguiente; la sexualidad surge en un estado de encuentro con el otro, generalmente la madre. Su accionar sobre el cuerpo del infans va de la mano de la aparición del erotismo oral, anal, fálico (¿debiéramos agregar vaginal y clitoridiano?), en lo cual interviene, más allá del acto físico en sí, su propia sexualidad inconsciente. Con lo cual vemos que el infans, en su camino por la sexualidad y el género, es en buena medida una sombra de la sexualidad del otro, reprimida en el mejor de los casos, aunque siempre fallida, escapando de los diques de la represión (tanto originaria como secundaria) sin que el sujeto se lo proponga. Y cuando ese otro mencione el género, su actividad inconsciente estará también en juego. Qué es un hombre, qué es una mujer, podrán hallar en su discurso palabras que no lograrán jamás saturar esa hiancia que lo habita, ese profundo desconocimiento de qué es ser hombre o mujer, qué es el placer, qué es ese cuerpo naciente sobre el cual pronuncia enunciados en los cuales transmite sin quererlo

sus dudas, sus fantasmas, su deseo inconsciente. Insisto en este punto: no hay verdades esenciales sobre la feminidad, tampoco sobre la masculinidad.

Momento de volver al postulado freudiano de la bisexualidad originaria (¿debiéramos denominarla polisexualidad?, ¿polimorfismo?) que habita en el inconsciente, el cual apenas está ordenado por las represiones originarias y secundarias y en el cual siempre está en pugna el registro pulsional en su tendencia a rebasar todo ordenamiento. Inconsciente que desconoce lo masculino, lo femenino, la castración... abismo de la psique, cuna de la imaginación radical. Fuente inagotable de creación de figuras que desafían todo ordenamiento. Y que permiten que exista la historia tanto individual como colectiva. Al mismo tiempo que hacen que la vida social sea imposible, en el sentido de homogénea, ordenada, etc. Vida social -entonces- Solo posible merced a la creación de un magma de significaciones que intentan -siempre con resultados parciales- su ordenamiento..

La sexualidad, el género y lo borderline

He postulado la producción de un estado borderline artificial producido por nuestro orden sociocultural. La crisis de dicho orden (que contiene, en lo que aquí nos interesa, la crisis del orden patriarcal de sexuación y género) producto de factores que han sido descrito profusamente en otro lugar (5) implica consecuencias importantes para el psiquismo. Entre ellas una desorientación y crisis identificatoria y muchas veces la emergencia de la pulsión sin tramitar (las adicciones, la violencia (con la violencia de género -que tiene al femicidio en su extremo- incrementando su frecuencia), la presencia importante del pasaje al acto sea violento como sexual (incluyendo el abuso sexual infantil, etc.) que hace de la cuestión borderline algo que no debiera dejarse de lado al momento de elucidar tanto el orden de sexuación como el de género. Podemos así apreciar que hay un delgado desfiladero por el cual atraviesa tanto cierto nomadismo identificatorio (incluyendo sexualidad y género) que no logra muchas veces diferenciarse de la cuestión borderline de desestructuración patológica. ¿Mayor libertad al mismo tiempo que descomposición? ¿Creación y destrucción simultáneas del mundo histórico-social? Interrogantes que deben quedar necesariamente abiertos, para impedir que en la clínica psicoanalítica se tomen sin interrogar discursos que se presentan como de

libertad de elección sexual y/o de género, que -en el límite- llevan a algunos sujetos a cambios anatómicos merced a la administración de hormonas e intervenciones quirúrgicas.

Si Freud tuvo una aguda escucha respecto tanto del ordenamiento sexual de su época como de sus efectos en la sexualidad de sus pacientes -y además ubicando a la actividad inconsciente como algo fundamental en el resultado del camino de la sexualidad (de contenido incierto, sostenía)- la práctica del psicoanálisis no debe apartarse de dicha actitud, fundante de nuestro campo. Que implica una doble escucha: tanto del discurso del sujeto, como respecto del orden sociocultural.

Notas

[1] Por ejemplo en, ¿Psicoanálisis sin el Padre? Y en “Perdónenlo, no sabe lo que hace”. Sobre el padre en psicoanálisis

[2] Sexualidad, sexuación, Edipo. Alteraciones en la teoría y en la clínica.

Presentado en el Colegio de Psicoanalistas, Agosto 2015. Inédito

[3] Por ejemplo en La moral sexual psicoanalítica y la nerviosidad institucional y en Consideraciones sobre diferencia y diversidad

[4] Teorías imperceptibles. Presentado en el Colegio de Psicoanalistas, octubre 2012. Inédito

[5] Paradigma borderline. De la afánisis al ataque de pánico. Lugar Ed., Buenos Aires, 2017.

Elogio de la ternura

Por María Cristina Oleaga

mcoleaga@elpsicoanalitico.com.ar

“... mientras me abrazaba

me dijo sonriendo:

Manuel, me encanta ir a la cama contigo

pero no quiero nada nada mas ...” ()*

“Don't tell me of love everlasting and other sad dreams

I don't want to hear

Just tell me of passionate strangers who rescue each other

*From a lifetime of cares ...”(**)*

“(...) dos corrientes cuya reunión es lo único que asegura

una conducta amorosa plenamente normal (...) la tierna

y la sensual”. (***)

Amar/Desear

Freud escribe acerca de la *vida erótica* en época de plena primacía de los *ideales victorianos*. Más allá de que supo cuestionarlos y ubicarse en posición excéntrica respecto de los mismos para incluso poder denunciarlos *como causa de patología*, podría persistir un peso tal de dichos ideales en su producción teórica que hoy ensombrezca nuestra apreciación y se ponga en cruz con nuestro trabajo clínico.

Quiero averiguar si lo que Freud define como *tipo de elección masculina de objeto*, su definición como “particular” recibe más de la influencia de los ideales epocales que de la fundamentación psicoanalítica misma. Quiero saber qué, en la estructura misma del psiquismo -en su constitución- , nos autoriza a sostenerla como “masculina” y por qué. Quiero exponer esa construcción a lo que podemos llamar *declinación paterna*, entendida como

caída de ideales y develamiento de las fuerzas reales del campo erótico, y ver cuánto de ella se sostiene con fundamentos del Psicoanálisis.

El despliegue de ese tipo de elección de objeto, en un sujeto neurótico con una elección de goce homosexual, motivó hace 27 años la escritura de un artículo que hoy reviso. Este sujeto -quien pregunta en el inicio si podrá ser curado de su homosexualidad- desplegaba la corriente tierna con mujeres con las que podía mantener lazos afectivos amistosos duraderos, ocasionalmente relaciones sexuales, y deseaba y gozaba sexualmente en encuentros esporádicos, fugaces, con hombres con los que nunca mantenía vínculo posterior alguno. La insatisfacción, sin embargo, lo asaltaba en ambas ocasiones. Con las mujeres, cuando el deseo de ellas causaba su angustia o cuando quedaba pendiente de poder satisfacerlas; con los hombres, cuando el acto se concretaba y se sentía asqueado y sucio.

El trabajo en transferencia permitió desplegar la historia infantil, el peso libidinal y la ligazón significativa en ella de lo obsceno -la degradación- y el erotismo anal, así como verificar la añoranza - del lado del amor- por la figura del padre. Asimismo, podríamos decir que el trabajo analítico abrió una vía de cierto encuentro entre la corriente tierna y la sensual y su ejercicio tanto con una mujer como con un hombre. Esta “solución”, si damos este nombre a la reunión del amor y del deseo y -fundamentalmente- si calificamos como “solución” al cese del sufrimiento subjetivo en relación con este conflicto, es -sin duda- singular, sólo válida para este sujeto. Sin embargo, me pregunto si podemos seguir pensando en esta *reunión de las corrientes sensual y tierna como una meta “saludable”*; o si debemos abrir el abanico de la multiplicidad de los goces posibles y pensar la insatisfacción, que puede provocar su disyunción, únicamente del lado del peso de los ideales -incluso el del afán de curar que puede habitarlos- o si, en la estructura psíquica misma, esa reunión cumple una función esencial.

Tres “Contribuciones” freudianas a la vida erótica/amorosa

Freud escribe sus “Contribuciones a la psicología del amor” entre 1910 y 1918: “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”; “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” y “El tabú de la virginidad” (1). Son trabajos referidos a la vida erótica, un intento -que Freud explicita como tal- de poner el ojo de la ciencia sobre materiales predilectos de la obra de los poetas. Para volver sobre las preguntas que formulé al comienzo, repasaremos primero algunos de estos conceptos freudianos.

En los tres artículos, Freud señala permanentemente el peso de la cultura en la apreciación del *lugar de la mujer*, dato al que podríamos dar un relevante peso en toda su construcción. Hay –sin embargo- un dato anterior, que podemos tomar para abrir el tema freudiano del lugar de la mujer. Se trata de “Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas”, artículo en el que se detiene a considerar cómo se forman los conceptos con el fin de estudiar el origen de las palabras antitéticas y su valor cuando aparecen -encubiertas- en las imágenes oníricas como opuestos que se pueden reemplazar entre sí. Es interesante percibir, en este escrito de Freud, el modo en que enlaza Lingüística y Psicoanálisis y la esperanza que tiene de que saber más del desarrollo del lenguaje hará crecer el saber psicoanalítico acerca del sueño. Toda una premonición. Allí comparte los conceptos del lingüista Karl Abel –“Si estuviera siempre claro, no distinguiríamos entre claridad y oscuridad y, por lo tanto, no podríamos tener de la primera ni el concepto ni la palabra”- y dice: “Nuestros conceptos nacen por vía de comparación.” (2)

Podemos, y lo hemos desarrollado en otras oportunidades (3), entender así lo que implica la significación de falta que toma, frente a la vista del genital masculino, la apreciación del genital femenino. Nada, en verdad, le falta a la niña. Sin embargo, la apreciación por contraste -único modo de aprehender un concepto- genera esa *distribución disimétrica* que deja a la

niña del lado de la falta. Lo pleno y el vacío, lo que hay y lo que, supuestamente, no hay, sumado a ciertas características pregnantes del órgano masculino toman un *carácter valorativo* en el que la presencia, del lado del niño, adquiere rasgo positivo, en tanto la ausencia, del lado de la niña, una significación negativa de carencia. Asimismo, podemos ligar esta supuesta falta a la dificultad de lo femenino para ser atrapado por el significante; a su vinculación con el misterio, con lo que escapa al sentido; con el extravío; etc. El lenguaje también tiene su cara positiva, el significante, y su zona de equivocidad: el sentido, que circula, sin poder ser atrapado exactamente, a partir de la combinación de aquel. El lenguaje aprehende el cuerpo, hace carne y marca. El rasgo de misterio, incluso de causa de terror, asociado a lo femenino, se vincula con el tabú que Freud estudia en la última Contribución.

Este *malentendido de origen*, entonces, funda para el *varón el miedo por la amenaza de la pérdida del genital*, significante fálico para Lacan, con toda la incidencia de duda y vacilación que la acompaña y, para la *niña*, tanto la *sensación de minusvalía* por no poseerlo como la *intrepidez* que puede acompañar a la certeza de ya haberlo perdido. Son posiciones subjetivas - tenerlo/serlo- que, con una mirada muy generalizadora, se pueden corroborar en la clínica. Esto es así -sobre todo- si pensamos en las neurosis y en su distribución genérica privilegiada de *obsesión* para los sujetos masculinos e *histeria* para los femeninos. Utilizamos estas distribuciones, sobre todo, con el fin de seguir el razonamiento freudiano. Podemos añadir que femenino y masculino, en tanto géneros, son producto de identificaciones y de modos de goce, sin que esta distribución tenga que encajar necesariamente con la anatomía, aunque sin su prescindencia (4). No abriremos aquí el tema de las presentaciones clínicas actuales, de cómo histeria y obsesión, como estructuras, han sufrido el embate de época; son subjetividades fragilizadas que no llegan con los síntomas clásicos.

Las derivaciones del Edipo, para retomar, giran en torno a la “*resolución*” del complejo de castración y Freud le da un lugar central en el esclarecimiento metapsicológico de sus Contribuciones. Recomendamos la lectura de Lacan del Edipo y de sus consecuencias para ambos sexos. En este artículo nos limitamos a considerar esta vertiente del complejo de castración, sin que ello signifique desconocer que el mismo refiere a lo constitutivo, a la marca en el infans tanto del significante como del goce, en su vínculo con el Otro primordial. No obstante, señalaremos que las salidas del Edipo refieren a posiciones respecto del *símbolo fálico* y no del órgano. Así, se puede entender tanto la valoración del *cuerpo femenino* -en tanto toma su relevo- como la *ecuación niño-falo* que Freud señala como paso necesario para la ubicación del niño en el deseo materno.

Para volver sobre las Contribuciones freudianas en el punto de lo femenino, veremos en la última, “El tabú de la virginidad”, que Freud historiza dicho tabú, explora su marca en distintas épocas. Señala su alcance, marcado por los ritos que rodean al acto de desvirgamiento, y lo vincula con el peligro que esa situación entrañaría para el hombre que lo acomete: “(...) no puede negarse que en todos esos preceptos de evitación se exterioriza un horror básico a la mujer. Acaso se funde en que ella es diferente del varón, parece eternamente incomprensible y misteriosa, ajena y por eso hostil” (5). Freud explora, así, los motivos del tabú, referidos esencialmente al complejo de castración. Asimismo, enfatiza lo que la desfloración implica “al menos para la mujer culta”; cierta disminución de su valor en tanto desflorada y también la pérdida que tenía para ella el secreto como ingrediente erótico, rasgo se perdería con la concreción de la unión -su legalización- y que enlaza a las *condiciones de la cultura*. El hombre, entonces, resultaría vulnerado en su condición, amenazado por la hostilidad femenina, razón por la que -en otras culturas- fuese otro el que llevara adelante ese acto, preservando así al esposo.

En la segunda Contribución, “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, Freud aborda de lleno el tema de la impotencia psíquica y, por lo tanto, el de las vinculaciones entre las dos corrientes libidinales, la *tierna* y la *sensual*. Creo que es aquí donde el tema de la incidencia cultural toma todo su lugar, el que profundizará en otros escritos, como veremos más adelante. Se trata de sujetos que no pueden ejercer satisfactoriamente la sexualidad, salvo cuando el objeto es, en algún sentido, degradado. “En este caso no confluyen una en la otra dos corrientes cuya reunión es lo único que asegura una conducta amorosa plenamente normal; dos corrientes que podemos distinguir entre ellas como la *tierna* y la *sensual*” (6). Es esta afirmación freudiana, referida a la *normalidad*, la que nos interpela hoy, la que queremos confrontar con fundamentos psicoanalíticos, por fuera de aspiraciones normativas idealistas. Las afirmaciones freudianas están referidas a “las personas cultas”, las que –en el caso del hombre- sólo desarrolla su potencia sexual con un objeto degradado– y -en el caso de la mujer- necesita de la prohibición como condición de goce, dado el prolongado período en que el contacto sexual le es interdicto. En ambos casos, Freud considera que postergar el inicio de la vida sexual “conlleva la más generalizada degradación de los objetos sexuales”.

La elección masculina de objeto, la que Freud aborda en la primera Contribución, se caracteriza por condiciones entre las que figura la degradación, como opuesta a la *hipervaloración* del objeto. Esta disyunción desencadena posiciones y conductas que no analizaremos aquí. Freud remite, así, esa condición al *objeto materno*, fuente de fijación que es -a la vez- interdicto. Este artículo muestra, con el acento puesto en el *objeto* y una detallada descripción de los avatares que sufre, lo que la segunda Contribución -que refiere a la “generalizada degradación”- explicita respecto de la separación entre la corriente tierna y la sensual, con el acento -por lo tanto- puesto en la *pulsión*. Si lo pensamos desde el lugar que ocupa la castración en este recorrido, podemos hablar del vínculo masculino con un

gozar. A este obstáculo estructural remite el “No hay relación sexual” de Lacan.

La contribución/advertencia freudiana respecto de lo social

En otros artículos, Freud acentúa aún más la huella que lo social imprime en el psiquismo y enriquece, así, su descubrimiento. Podemos citar, de “Cinco Conferencias sobre psicoanálisis”: “Nuestras exigencias culturales hacen demasiado difícil la vida para la mayoría de las organizaciones humanas, y así promueven el extrañamiento de la realidad y la génesis de las neurosis sin conseguir un superávit de ganancia cultural a cambio de ese exceso de represión sexual” (10) Freud analiza el rasgo predominante de su sociedad, la represión de la sexualidad. Nos toca hoy retomar sobre el rasgo que predomina en la nuestra.

También sigue con este eje en “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (10). Es llamativo el análisis freudiano del matrimonio y de sus consecuencias, a partir de las exigencias sociales, ya que, para él, culmina entre infidelidad -como remedio- o neurosis -como desenlace-. En este artículo, Freud enfatiza especialmente la ruina que las prohibiciones de la sociedad victoriana ocasionan en las mujeres. También relaciona las dificultades de la sexualidad masculina en el matrimonio, a la abstinencia previa. Es el sesgo de lo social en las particularidades de la vida erótica lo que aquí se señala.

En 1930, en “El malestar en la cultura”, Freud se ocupa extensamente del tema. Tomaremos tan sólo un párrafo: “La elección de objeto del individuo genitalmente maduro es circunscrita al sexo contrario; la mayoría de las satisfacciones extragenitales se prohíben como perversiones. El reclamo de una vida sexual uniforme para todos, que se traduce en esas prohibiciones prescinde de las desigualdades en la constitución sexual innata y adquirida de los seres humanos, segrega a buen número de ellos del goce sexual y de tal modo se convierte en fuente de grave injusticia.

(...) lo único no proscrito, el amor genital heterosexual, es estorbado también por las limitaciones que imponen la legitimidad y la monogamia” (11). Como vemos, Freud -brillante, adelantado a su época- sitúa un gran peso, como causa de sufrimiento, en lo social y ve con claridad que el goce no entiende del para todos ni se subordina a éste sin gran costo para los sujetos.

Sin embargo, resulta muy llamativo que Freud -en otro sitio- no deje de advertir acerca de lo que podría suceder ante cambios en relación con las imposiciones de la sociedad. Se refiere, así, a las aspiraciones de los reformadores de “reemplazar lo dañino por lo más ventajoso”. Dice que la investigación psicoanalítica “no puede predecir si instituciones diversas no traerán por consecuencia otros sacrificios, acaso más graves” (12). En este punto estamos, con el deber de proseguir con la investigación psicoanalítica a partir de los que sucedieron a Freud, de nuestra propia clínica y de lo que podemos conceptualizar sobre los efectos subjetivos de las condiciones culturales de hoy y, por qué no, sobre los sacrificios correspondientes.

¿La clínica cuestiona las descripciones freudianas de la vida erótica?

En relación con el caso clínico mencionado al comienzo, diré que hace años que no recibo, como fue hace 27, sujetos -ni masculinos ni femeninos- que lleguen a la consulta esperando ser liberados, curados, de su homosexualidad. Esta elección de goce ha podido entrar, gracias a los cambios socioculturales, en una legalización que no es sólo formal. La estigmatización, sin embargo, también se da, aunque con menos consenso social. El fanatismo incluso llega al crimen por odio a la diferencia, pero no es el tema del que podemos ocuparnos aquí. El nuevo estatuto de legalización de las elecciones de goce ha permitido una circulación -tanto para homosexuales como para miembros de variados géneros- que no está tan marcada por la degradación social. En este sentido, la corriente tierna circula de otro modo entre ellos. Pero, en paralelo con este progreso en la asunción del goce y el género por parte de los sujetos, en su complicada

vinculación con los órganos que portan, hay novedades que nos dejan mucho terreno para investigar. No es el tema de este artículo, pero vale señalar que las vicisitudes y las dialécticas de los géneros/sexos/goces merecen atención, especialmente cuando conciernen operaciones - simbólicas y o reales- que afectan a sujetos infantiles en trance de constituirse como tales. (13)

Para volver sobre la pregunta acerca de la elección masculina de objeto y la degradación, vemos que esta operación sigue presente -aunque no podamos decir que sea generalizada- en muchos sujetos. Sin embargo, sí podemos constatar que esos sujetos no son necesariamente masculinos - al menos en cuanto a su sexo y género asumido como tal. Una cierta degradación aparece también en mujeres, que se reconocen en el género. Muchas mujeres se refieren a los “chongos”, ya sea como elección de objeto masculino -paga mediante-, ya sea porque tienen relaciones ocasionales con objetos sin considerarlos valiosos y sin que medie un vínculo de otro orden. Los ven como objetos de los que no esperan más que el encuentro sexual satisfactorio. En este punto, coincidiría la degradación, que Freud marca para la elección masculina con el requisito de secreto que Freud enlaza con la feminidad. La degradación, sin embargo, rara vez es una condición necesaria de goce-como lo es para algunos hombres- en las mujeres que recurren a los chongos. Más bien eligen esta opción ya sea porque no quieren sostener compromisos afectivos, ya sea porque -aunque los prefieran- las condiciones actuales de aislamiento entre pares complican su oportunidad de establecerlos.

Otro dato clínico es que, obviamente, la virginidad ya no es hoy prestigiosa sino que, incluso, se constituye como estigma para muchas mujeres. ¡La mujer tabú, sobre todo para sí misma, es la virgen! Tanto es así que encontramos púberes que comienzan tempranamente su vida sexual fundamentalmente para liberarse de esa etiqueta. En esta empresa, que se

ha tornado importante para esas niñas, cae el lugar del encuentro amoroso o queda relegado a un plano secundario.

Hay que señalar, como un rasgo que Freud no profundizó, la función de la disyunción madre/puta en la clínica femenina. Freud habla, en muchos lugares de las mujeres que, a partir de la maternidad, se convierten en madres para sus maridos y señala el daño que esta posición inflige en la sexualidad de la pareja. Sin embargo, asistimos con enorme frecuencia a las consecuencias de la maternidad en la subjetividad femenina misma. Convertirse en madre produce, para muchas mujeres, la operación de la disyunción respecto de sí mismas y la dificultad de acceso al goce sexual, el desgano y el desinterés en este punto. En un principio, esta posición enteramente maternal forma parte de la simbiosis inicial, casi un embarazo extrauterino, que define la crianza humana. En el tiempo y de persistir, estos casos desafían la condición que Freud señala como necesaria para que los hombres alcancen el goce sexual, tolerar la madre en la puta y la puta en la madre, tolerar la representación del incesto. Este movimiento es condición, también, del viraje femenino. La mujer, Otra en tanto tal para sí misma, tiene que poder hacer ese ejercicio complicado. En su vida cotidiana hace una gimnasia que la remite permanentemente de su rol maternal a su lugar de trabajo y a su sitio como mujer sexuada. En el fantasma también aparece frecuentemente su otredad: soñar que el hombre con quien está hace el amor con otra mujer.

La presión cultural mercantil sobre ella, como objeto necesariamente bello, eficiente y -además- joven, hace ejercicio degradante de sí consigo misma. Este movimiento subjetivo es de una complejidad de la que nuestra clínica atestigua. Asimismo, uno de estos aspectos puede, y en muchas ocasiones sucede, predominar sobre los otros, con o sin conciencia de ello por parte de la sujeto, aunque el sentimiento de culpa -muchas veces presente cuando relega a segundo plano la posición maternal- dé allí su testimonio. Las dificultades laborales que el patriarcado le inflige, por ejemplo, son –

pese a lo que la lucha femenina ha logrado- un desafío siempre presente, y motivo de sufrimiento para ellas. Asimismo, la amplitud del horizonte que la emancipación femenina ha introducido para las mujeres produce un conflicto entre la maternidad como posibilidad que el reloj biológico acota y, por ejemplo, el despliegue de una vida más libre. Este conflicto no existía cuando su destino estaba trazado como único. La caída del deseo sexual, la frigidez, cuadros depresivos, impulsiones como la anorexia y la bulimia, otros actings autolesivos, adicciones varias y aislamiento respecto de los hombres son ejemplo de lo que encontramos en la clínica de las mujeres.

Respecto de los hombres, es llamativo que la duplicidad del objeto, madre/puta, no sea ya una condición de goce generalizada. En verdad, lo es -mucho más frecuentemente- la infidelidad mantenida en secreto, lo cual señalaría una feminización, siguiendo el reparto freudiano de las condiciones para gozar. De hecho, es frecuente que la infidelidad se produzca con mujeres a las que el sujeto no degrada, y con quienes el goce sexual no es lo único que lo une. Se podría afirmar que el levantamiento de ciertos tabúes ha favorecido esa tolerancia de la representación del incesto de la que Freud hablaba. La mujer deseante no cae, de este modo, en posición degradada ni ante sí ni ante los ojos del otro. En el fantasma, puede dar lugar a una disyunción del objeto, hace el amor con otra mujer que con la que está. En otro sentido, la posición masculina se ve fragilizada, incluso amenazada en el punto de la virilidad, por la vulnerabilidad en que se encuentran muchos hombres debido a la inestabilidad social y laboral que también los alcanza. Con ella da en el blanco una degradación de sí. Con el agravante de que la virilidad y el sostén de hogar siempre estuvieron asociadas y así permanecen aunque no sea esa la realidad efectiva. Síntomas panicoformes, crisis depresivas, impotencia psíquica, violencia y adicciones son temas que los aquejan.

Amor y época

Respecto de la época y el amor, dice Jacques Alain Miller, en consonancia con algunos de los rasgos clínicos mencionados: “Los estereotipos socioculturales de la feminidad y de la virilidad están en plena mutación. Los hombres son invitados a alojar sus emociones, a amar, a feminizarse; las mujeres conocen por el contrario un cierto "empuje al hombre": en nombre de la igualdad jurídica, se ven conducidas a repetir "yo también". Al mismo tiempo, los homosexuales reivindican los derechos y los símbolos de los héteros, como el matrimonio y la filiación. De allí que hay una gran inestabilidad de los roles, una fluidez generalizada del teatro del amor, que contrasta con la fijeza de antaño. El amor se vuelve "líquido" constata el sociólogo Zygmunt Bauman. Cada uno es conducido a inventar su propio "estilo de vida", y a asumir su modo de gozar y de amar. Los escenarios tradicionales caen en lento desuso. La presión social para adecuarse a ello no ha desaparecido, pero es baja” (14). Volveremos sobre sus afirmaciones más adelante.

¿Acaso podemos pensar que se ha producido una separación entre lo que es del orden simbólico/imaginario -que ha connotado siempre positivamente la confluencia del amor y del deseo sobre un mismo objeto- y lo que es del orden del ejercicio de un goce sexual más despojado? ¿Acaso el mandato superyoico de goce, tal como se despliega hoy, permite exhibir al desnudo la estructura real del lazo erótico? ¿La caída del amor, como velo, hace que la disyunción presente en la elección “masculina” valga para ambos géneros aunque no se caracterice ya por una necesaria condición de degradación? ¿La conjunción de ternura y sensualidad no es -entonces- más que un ideal normativo sin fundamentos en la constitución psíquica?

Las características de la época han puesto de cabeza el tema identificador. Ya no hay un campo claramente delimitado en lo que respecta a lo masculino y lo femenino. Tampoco lo hay en cuanto a lo que sería un padre que abra la puerta a los objetos permitidos al deseo. La

pubertad encuentra al sujeto desbrujulado, presa de incertidumbre ante el embate de un goce que no se acota ni se pliega dócilmente, ante la falta de cauce que implica la vacilación del encuadre que le ofrecían modelos más o menos claros. El mercado, al parecer el Otro más calificado para nombrar/designar a los sujetos, invita a consumir para ser. El consumo desenfrenado, goce de los objetos, ¿no es acaso una degradación? En este sentido, el auto o el cuerpo femenino dan cuenta, en el ámbito de la publicidad, de la mercantilización del goce. A falta de brújula, se busca allí qué y cómo ser, según qué se deba/pueda consumir. El sujeto se trata a sí mismo como objeto y -también- trata al otro de igual modo.

Asistimos a la presencia de una disyunción en las elecciones femeninas de objeto y al secreto de la infidelidad, como motorizador del deseo en los hombres. Quizás las condiciones de época desnudan no sólo la multiplicidad de géneros posibles sino también la cualidad bisexual - masculina y femenina- que abordara Freud como paradigmática. Toma sentido, volvemos a mencionarlo, la expresión lacaniana de “No hay relación sexual”.

Conclusiones

Podemos decir que el tipo de elección masculina de objeto, su definición como “especial” recibe más de la influencia de los ideales epocales que de la fundamentación psicoanalítica misma. Su especificidad se ha atenuado a partir de las condiciones de una sociedad permisiva y del levantamiento de tabúes varios, especialmente aquellos que ubicaban a la mujer deseante en un lugar degradado. La declinación del patriarcado ha puesto en tela de juicio ideales que contribuían al sostenimiento de modos de goce no necesaria o exclusivamente fundamentados en condiciones psíquicas.

Me parece que, al referirme a la permisividad social y a la libertad sexual, me es necesario incluir algún matiz en el párrafo que tomamos de la entrevista a Miller. Si nos limitamos a lo que allí se dice, parecería que la época abriera a un más feliz y diverso ejercicio del goce, sin otros

condimentos que nos parece necesario considerar y que pueden ayudarnos en relación con los interrogantes que nos formulamos. El capitalismo es el encuadre en el que se desarrollan estos cambios. Se trata de una máquina que no es posible desconocer al referirnos a los cambios en la subjetividad. Recordemos a Freud, quien decía -refiriéndose a las reformas sociales- que la investigación psicoanalítica “no puede predecir si instituciones diversas no traerán por consecuencia otros sacrificios, acaso más graves”.

Al declinar el peso de los ideales, que fomentaban normalidades en relación con el sexo, el fantasma ya no funciona adecuadamente como marco regulador del goce. Prima el impulso del Superyó a gozar sin límites. El concepto de degradación como condición necesaria, para el hombre, de gozar se puede validar en lo real: mujer como objeto a destruir. Este rasgo, dramáticamente presente hoy, no está sólo sustentado en la percepción masculina -como amenaza- de la aspiración femenina de equipararse con las condiciones socioculturales que amparan a los hombres. Este avance femenino, y consideramos que hay aquí una clave, convive con la precarización masculina, tanto respecto de sus condiciones económicas como de su consideración en una sociedad donde vacilan los semblantes de todo orden, donde nada parece ser valioso para calificar al otro más allá de su tener. El narcisismo orienta subjetividades precarizadas, infantilizadas. Es el capitalismo el que degrada, en este sentido, a los sujetos. Patologías personales se cruzan con esta condición de época y, sin duda, deciden finalmente el desenlace que demasiadas veces es el femicidio. Asimismo, asistimos a la explosión violenta por parte de sujetos sin que pueda mediar intervención simbólica pacificadora alguna. Lo comprobamos en escenas callejeras, en las escuelas, entre niños, adolescentes y adultos, independientemente de su género o condición social. El patriarcado vacila en cuanto a su velo simbólico/imaginario: ese padre normativizante que abría un camino identificatorio y de permiso de cierto goce, pero esa vacilación deja al descubierto su cara real, feroz.

El “amor líquido”, que Miller menciona, no lo es sólo por una fluidez que le otorga carácter ágil y cambiante, que permite alojar la diversidad; sería ésta su cara benévola. Prima, en esta sociedad, la cara pulsional despojada, justamente, del amor, el ejercicio pulsional que empuja a la satisfacción inmediata sin que el otro cuente como tal sino como objeto de satisfacción. Despojado de la corriente tierna, el deseo, el acto de la pulsión desencadena en destrucción. En esta época, en la que cuenta el empuje a la satisfacción inmediata y al consumo de todo lo que se tenga a mano, no es casual que proliferen, como decíamos, los femicidios. Lo que se abre no es sólo la libertad de los ejercicios sexuales sino una suerte de desamparo identificador que promueve angustia y precipitación en el acting (15). Asimismo, el mercado se apropia de las fluidificaciones que propone la diversidad de géneros y somete a sus protagonistas a los crueles vaivenes de la promiscuidad y de la miseria tan pronto como los explota en tanto objetos de consumo. (16)

El capitalismo, sus condiciones de descomposición actuales, va en contra del amor. Lacan dice: “Sólo el amor hace condescender el goce al deseo” (17). Se trata de una función ya estudiada por Freud, cuando señala que el amor es “la fuente primordial de todos los motivos morales” (18) al ser la amenaza de su pérdida la que remite a la angustia de desvalimiento en el infans. Es por amor que el infans renuncia al goce de las pulsiones y entra en dialéctica con el Otro que lo humaniza. En Lacan, se enfatiza el aspecto de medio entre deseo y goce, relevo, entonces, para la angustia.

Habría que distinguir, entonces, entre pensar la conjunción de amor y deseo como ideal de salud y normalidad y considerar la reunión de estos componentes como rasgo interno de la economía psíquica. Es la posibilidad de inclusión de la ternura del amor como rescate, en medio de la degradación, del Otro en ese objeto. No nos referimos aquí al amor eterno ni al amor romántico. El acápite deja asomar esa mixtura que permite atemperar el goce incluso en la elección -por mujeres- de la cama sin la

casa: "...mientras me abrazaba...", así como: "... who rescue each other...". En ambas expresiones hay algo del Otro y de la ternura en juego. La primacía de las impulsiones, marca de ausencia del ingrediente tierno, hace difícil esa veladura que rescata al otro del lugar de objeto de desecho. Asistimos a la cultura del exceso con escasa mediación de la ternura: actuaciones violentas en las que los cuerpos encarnan el desecho, sin velo. El amor es un hecho fortuito, puede o no suceder independientemente del género de los sujetos involucrados. Si sucede, puede anudar el goce y el deseo y acotar la degradación. El capitalismo es un escenario que no lo favorece sino que lo elide. No es posible considerar las libertades de la época sin mensurar el desamparo que las acompaña.

(*) "Ella dijo", Canción por la banda de rock Estelares, letra de Manuel Moretti, 2008.

(**) "Love song to a stranger", Joan Baez, 1970. Nuestra traducción: "No me cuenten de amor eterno y otros tristes sueños de los que no quiero oír. Sólo cuéntenme de extraños apasionados que se rescatan de una vida entera de aflicciones..."

(***) Sigmund Freud, 1912.

Notas

[1] Freud, Sigmund, Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor I); Sobre la más generalizada degradación de la vida erótica Contribuciones a la teoría del amor II); El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor III), (1910/1918), Obras Completas, Tomo XI, pág. 157/203, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.

[2] Freud, Sigmund, Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas, Tomo XI, pág. 149, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.

- [3] Oleaga, María Cristina, Ellas, Revista El Psicoanalítico número 7: ¡Mujeres!
- [4] Ibid (3).
- (5) Ibid (1), pág. 194.
- (6) Ibid (1), pág. 174.
- (7) Ibid (1), pág. 179.
- (8) Ibid (1), pág. 182.
- (9) Freud, Sigmund, Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Tomo XI, pág. 50, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
- (10) Freud, Sigmund, La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna, Tomo IX, pág. 159/181, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
- (11) Freud, Sigmund, El Malestar en la cultura, Tomo XXI, pág 102, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
- (12) Ibid (1), pág. 180.
- (13) Los niños que cuestionan su identidad de género necesitan mejor evidencia
- (14) Waar, Hanna, Sobre el amor, Jacques Alain Miller.
- (15) Franco, Yago, Más allá del malestar en la cultura. (Eros y Thánatos en la cultura), Revista El Psicoanalítico número 11, Eros y Thánatos en la cultura.
- (16) Chairó, Luciana, El amor en los tiempos del Queer, Revista El Psicoanalítico número 28: ¡Ojalá te enamores!
- (17) Lacan, Jacques, El Seminario. Libro 10, pág. 194. Paidós, Buenos Aires, 2007.
- (18) Freud, Sigmund, Proyecto de Psicología (1895), Pág. 362-3; Sigmund Freud Obras Completas, Tomo I, Amorrortu 1987.

Transbordo Imaginario

Por Marcelo Luis Cao

marceloluiscao@gmail.com

El criterio utilizado para contextualizar al sujeto que consulta dentro de una serie de marcos de vinculación que quedan sucesivamente incluidos en otros de mayor amplitud (amistades, pareja, familia, inserción institucional, nivel socioeconómico de origen, nivel socioeconómico actual, nivel de instrucción, etc.), se encuentra siempre presente cuando abordamos su situación vital, más allá de la condición etérea que califica a la persona. No obstante, este criterio adquiere mayor relevancia en el caso de los adolescentes donde la agitada presencia de dichos marcos de vinculación se hace mucho más ostensible.

De este modo, la incógnita que encierra esta ecuación puede quedar despejada si consideramos a la adolescencia como el caldo de cultivo donde fermentan las cuestiones ligadas a las instancias ideales y al proyecto identificador. Se trata, tal como he venido planteando, del momento vital donde se interrogan, se cuestionan y finalmente se resignifican los datos estibados durante la niñez para comprender y aprehender la compleja dinámica del mundo adulto.

No obstante, esta resignificación y apropiación se va a configurar sobre la base de la incorporación de un conjunto de nuevos datos, aquellos que son necesarios para definir la elección de los lugares desde los cuales el adolescente pueda incorporarse y participar en dicho mundo. Participación que ya no se efectuará sólo desde la fantasía, sino desde los imperiosos condicionamientos que la realidad social, política y económica imponga en ese preciso momento histórico sobre el medio cultural.

Por tanto, al abordar la perspectiva biológica, el primer contexto desde donde se intentó colegir el fenómeno adolescente, vimos que se lo presentaba como un estadio normal del desarrollo al que ningún sujeto podía eludir voluntariamente. De esta suerte, la adolescencia quedaba, posicionada unívocamente en el emplazamiento de una categoría de carácter evolutivo. El psicoanálisis, por su parte, cuando intenta la intelección de este indiscutible fenómeno psicosocial retoma el andarivel biológico, pero dándole desde el sesgo diferencial que su teorización instituye una nueva significación. En primera instancia, su atención se focaliza en la reaparición de la pulsión sexual (la cual se había mantenido hibernada durante el período de latencia), en el cuerpo de un sujeto que ahora sí es capaz de satisfacerla genitualmente con el objeto deseado/prohibido, pero cuya situación mental aún no ha abandonado, o lo ha hecho parcialmente, el territorio de la niñez.

Este nuevo desfasaje (ya que la sexualidad, tal como lo planteara Freud, llega para las posibilidades del sujeto primero demasiado temprano y luego demasiado tarde), reflotará algunos de los restos hundidos en el naufragio del Complejo de Edipo impulsando una reedición del mismo dentro de un contexto poblado de renovados peligros y facilitaciones. Por ende, el giro que pueda producirse en la tramitación del reeditado complejo permitirá el acceso a otro nivel de elaboración, siempre y cuando las condiciones internas del sujeto logren una combinación propicia con las variables de los contextos familiar, institucional y social. Sin embargo, la adolescencia, debemos recordarlo una vez más, es tierra fértil para el despliegue de lo contestatario, de lo panfletario y de lo utópico con toda la pasión que genera el huracán hormonal, pero también con la pregunta generatriz acerca de los lugares tanto posibles como imposibles de ocupar en ese misterioso y atemorizante teatro que es la sociedad de los mayores.

La perspectiva psicoanalítica, por lo tanto, no se ciñe únicamente a la búsqueda de una nueva identidad para ese traje prestado que es el cuerpo pospuberal, sino que

también dirige su atención hacia el sufrimiento que conlleva la resignación de los lugares perdidos de la historia infantil y hacia la entrada como sujeto semiautónomo al corpus social adulto. Este escorzo orienta el rumbo hacia la idea de que las vicisitudes que atraviesan y sobrellevan los adolescentes tienen la finalidad no siempre explícita ni conciente de obtener un primer lugar de anclaje dentro del imaginario social de la cultura a la que pertenezcan. No obstante, esta situación cuenta con el agravante de que a las dificultades inherentes a este proceso de apropiación deba agregarse que, en todos los casos, este lugar se encuentra bajo la tutela, cuando no bajo el título de propiedad, de los adultos.

Consecuentemente, la obtención de este primer lugar en el mundo de los mayores adquiere, por lo visto, la geometría de un primer peldaño. Este cumplirá la función de apoyo y transporte para proseguir, posteriormente y sin solución de continuidad, asumiendo posicionamientos posibles y reconocidos en el universo adulto. Posicionamientos subjetivos concomitantes con el campo de los ideales del sujeto y de la cultura en la que se halle inmerso, los cuales deberán resultar finalmente tributarios de la inagotable construcción yoica de una dimensión de futuro.

Por otra parte, el acceso al imaginario social de una cultura permite apropiarse de sus emblemas, adscribir a una identidad por pertenencia, ocupar lugares permitidos y asignados en pos de un proyecto identificador que además de impregnar de futuro al yo, pilar sobre el que se asienta el devenir psíquico del sujeto, garantiza la inclusión del sujeto en dicha cultura.

Este movimiento de acceso a los espacios que prescribe la cultura, como acaba de ser descrito, queda indisociablemente ligado al despliegue en el registro intersubjetivo de las potencialidades que el sujeto porta. Por lo que su impedimento absoluto generará situaciones teñidas de una calidad trágica que podrán marcarse, desde la vertiente social, en la forma de la inadaptación o del rechazo categórico de las pautas culturales, con sus correlatos de marginación y violencia. O bien, desde

un derrotero singular, con la activación de procesos neuróticos (inhibiciones, fobias, desórdenes narcisistas, etc.), o psicóticos (hebefrénicos, derrumbe del falso self, etc.). Estos procesos están, desde ya, sobredeterminados por la historia infantil del sujeto, que no es más que la historia del encuentro significativo con los otros del vínculo (en este caso con los otros originarios), pero que eclosionan en el crítico instante de salida de la niñez.

De este modo, será en torno al abordaje de los lugares a ocupar en una determinada cultura que se habrá de desplegar la temática del estatuto virtual de la adolescencia. Esto se debe a que los adolescentes son sujetos que, además, de vivir las vicisitudes de sus respectivos reposicionamientos identificatorios, se encuentran por definición haciendo un transbordo imaginario entre las estaciones de la niñez y la adultez. Ya han dejado de ser niños, pero todavía no son adultos. Poseen ciertas prerrogativas, pero aún no han podido apropiarse de la totalidad (de la que será, en todo caso y según la posición que ocupen, su propia totalidad), de los emblemas y de los derechos societarios. Por esta razón, los jóvenes se encuentran en una situación virtual, ya que pueden y a la vez no pueden. Necesitan todavía mantenerse enlazados de manera dependiente a los adultos y simultáneamente, repudio mediante, aspiran a manejar con decisiones propias cierto recorte de sus vidas en forma autónoma. Recorte del que, por la razón o por la fuerza, comienzan a participar. En este sentido, su situación es, por cierto, compleja, contradictoria y ambigua.

El topos adolescente queda, de esta manera, establecido como un lugar ajeno, alienado. No sólo el cuerpo con sus mutaciones no es vivido como propio sino que los lugares a insertarse tampoco lo son, pertenecen a los adultos que al igual que la sociedad y la cultura los preceden en el tiempo. Estos lugares, por lo tanto, sólo pueden vislumbrarse en perspectiva. Se presentan como un horizonte al que hay que arribar aunque, justamente, el camino no se encuentra despejado. Por el contrario, está cubierto por los densos nubarrones de la posibilidad de fracaso, los

cuales consecuentemente se ciernen amenazantes debido a las grandes exigencias que sazonan este proceso.

En este sentido, la iniciación ritual, aquella escena puntual y fundante en la historia de los sujetos pertenecientes a ciertas comunidades que habitaron el planeta en un tiempo pretérito, o bien, que se quedaron fuera del círculo áulico del desarrollo industrial, era un pequeño puente que unía las orillas de la niñez y de la vida adulta, bajo su sombra pasaba un río oscuro y sin nombre. En cambio, en nuestra sociedad y en nuestro tiempo dichas orillas están separadas por un océano a cruzar, las más de las veces en embarcaciones yocicas demasiado frágiles. El periplo adolescente visto desde esta perspectiva se torna peligroso, de duración incierta y no siempre con final feliz.

El transbordo entre las orillas se hace en un clima de tensiones, miedos, angustias y amenazas que tiñe agresivamente la vinculación entre los adultos y los adolescentes. Los primeros temen que la llegada de aquellos que consideran como advenedizos les haga perder el lugar conseguido años ha y que, de esta manera, se vean empujados prematuramente al avistamiento de la próxima y última estación de su trayecto vital, la de la senectud. Los segundos temen ser víctimas del fracaso por la inseguridad que los inunda a la hora de jugar una partida muy deseada, siendo concientes o no, de que no cuentan aún con todos los recursos necesarios.

Así pues, el temor de los adultos a la pérdida de sus preciados lugares se ve reforzado por una situación bifronte. En primer término, entran en conflicto con, o mejor dicho, contra los jóvenes. Es que a partir de sus movimientos estos desatan inevitablemente una contienda por los lugares, los ideales y los valores establecidos. En segundo término, el conflicto revierte sobre ellos mismos, ya que en su tránsito estos jóvenes los espejan con los adolescentes que ellos mismos fueron, o bien, que quisieron y no pudieron ser. De este modo, su psiquismo genera, con o sin conciencia, una multitud de comparaciones apreciativas cuyo foco se

centra en las limitaciones que en su momento padecieron y que posiblemente, a manera de un sintomático arrastre, aún sigan padeciendo.

Por lo tanto, la premisa de que el tránsito adolescente es un tiempo de preparación que los jóvenes deben cursar, en tanto representa un proceso de crisis, ruptura y superación que debe manejarse de acuerdo a los criterios adultos, se convierte muchas veces en un obstáculo insalvable. La mayor o menor velocidad con la que los jóvenes atraviesen este espacio-tiempo para luego quedar habilitados en la operatoria de la realidad dependerá, entre otras causales, de cuán promisorio se presente el futuro en un contexto personal, familiar, institucional, socioeconómico, histórico y político dado. Sin embargo, en muchas oportunidades los adultos se escudan en esta condición estructural de la adolescencia para postergar la entrega de la posta generacional, difiriendo así un desplazamiento que a pesar de estar incluido en los planes societarios es vivido de manera aniquilante. (1)

Al quedar planteada como una encrucijada, esta situación gesta una dinámica de colisión entre las generaciones, una pugna que fue bautizada con el nombre de enfrentamiento generacional. Una de las consecuencias de esta bulliciosa batahola es la creación de un espacio que se construye como una formación de compromiso entre los deseos y las defensas de los bandos contendientes, pero que en todos los casos adquiere un formato transicional. La constitución de este espacio, que denomino imaginario adolescente, funcionará como marco generador de una cultura propia que denotará con su pertenencia la identidad de quienes lo habiten y, a su vez, les permitirá el despliegue creativo dentro de un campo de pruebas que se habrá de mantener a cierto resguardo de la intromisión adulta.

Este espacio imaginario-simbólico que nuclea a los sujetos que atraviesan esta ecuación vital se convierte en una estación de transbordo (a la manera de un aeropuerto donde deben esperar el avión que enlace los destinos que articula esta escala). Configurado, de esta suerte, como un no-lugar (Augé, M. 1995), como un

lugar inexistente, como un utopos, el imaginario adolescente se reviste de la virtualidad que caracteriza al transitorio juego de imágenes con el que se ensamblan los espejismos. De la misma forma, por ejemplo, que cuando estos se configuran a la manera de un oasis y mantienen al viajero del desierto firme en su voluntad, o bien, en su desesperación de perseverar en su camino hacia un lugar que instantáneamente se habrá de evaporar en cuanto logre conquistar su ilusoria materialidad.

Esta virtualidad, este dominio de la imagen, esta tierra de nadie decorada como parque de diversiones en que se constituye la adolescencia determina que el transbordo imaginario se acometa tanto en el registro intrasubjetivo como en el intersubjetivo, ya que la virtualidad de los lugares a ocupar (virtuales en tanto no se ocupen, o bien, mientras dure la preparación para ocuparlos), no se dirime y resuelve solamente en el plano de la fantasía intrapsíquica sino también en el plano de los intercambios con los otros del vínculo. Es que con su mayor o menor permeabilidad ayudarán o dificultarán un proceso de singularización que, a su vez, se encuentra sostenido en el registro transubjetivo por la red tejida por el entramado cultural.

Arribamos así al campo paradójico que caracteriza a la adolescencia: la búsqueda de lugares que se conquistan a fuerza de padecer cantidades variables de sufrimiento por la vía de aventar triunfalmente obstáculos e inseguridades sólo por un tiempo. O en su defecto, por la caída en estrepitosos fracasos, con la promesa no siempre cumplida de una nueva oportunidad. Estas vicisitudes promueven que los pasajeros de esta transición se sientan validados en la posesión lícita y merecida de esos lugares solamente ante la mirada complacida de los otros del vínculo y del murmullo aprobatorio de la sociedad.

No obstante, la paradoja se instala en el momento en que estos lugares son definitivamente conquistados, ya que de esta forma comienzan a perder parte del

revestimiento libidinal con el que habían sido pincelados, el mismo que los había vuelto tan atractivos. Es que en el camino que lleva a la ansiada meta de obtener el pasaporte para entrar por derecho propio al mundo de los adultos, el sujeto fue extraviando paulatinamente la condición que lo mantenía fuera de dicho mundo. La gran transición construida con varias miríadas de pequeños pasos termina por desensibilizar la llegada del último, invitando incluso a asomarse a la pequeña decepción que desliza la pregunta acerca de si valió la pena tanta lucha, o bien, tanto sufrimiento para llegar hasta allí.

Finalmente, esta ecuación vital llega a su culminante resolución cuando el sujeto ya dejó atrás su adolecer. El espejismo se disuelve, a la sazón, en un fluido nostálgico que acompaña de por vida al sujeto y que se tramita ininterrumpidamente a través de una metabolización que tiene por soporte a las diversas construcciones culturales (cuentos, poesías, novelas, canciones, filmes, etc.), que cada sociedad posee y pone en juego.

El intento de persistir en esta etapa más allá del paso del tiempo, como muchos intentan en un desesperado manotón narcisista por conservar idéntica la imagen que se refleja en las aguas de sus constantes y renovadas elecciones (vocacionales, amorosas, etc.), no tenía buena prensa desde la óptica deontológica que se enarbolaba en los tiempos de la modernidad. Es que la adolescencia a diferencia de la niñez, la adultez o la senectud era un punto de inflexión en el que aparentemente nadie quería quedarse y en el que tampoco ninguno quería que otro se quedara, beneficios secundarios aparte. Sin embargo, la revolución ideológica y axiológica que aparejó la llegada de la posmodernidad cambió notablemente esta apreciación.

De este modo, la categoría a la que pertenecen los codiciados lugares que entran en juego en este preciso momento de la vida de los sujetos y por los que se desata la pugna generacional, se corresponde punto a punto con la noción de identidad de

la misma manera que matemáticamente lo hacen dominio e imagen en el terreno de las funciones inyectivas. Así pues, el permanente recambio de estas identidades las torna virtuales por lo efímero de su duración. Esa es la esencia imaginaria del transbordo, una transición de carácter netamente creativo a nivel de los montajes identitarios, donde como decía el poeta “todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar”. La adolescencia, por lo tanto, es la cacería de esas identidades que no existen dentro de las categorías inherentes al propio fenómeno adolescente y ese no-lugar, ese utopos, es ofrecido y a la vez denegado por su propio artífice, la cultura.

Notas

[1]Como veremos más adelante la vivencia aniquilante de este otro transbordo queda patéticamente justificada con la regencia del ideario de la posmodernidad.

Narcisismo del psicoterapeuta

Segunda parte (*)

Por Mario Buchbinder

mario@buchbinder.com.ar

Narcisismo y esquemas básicos de la poética de la cura (1)

Me propongo en este párrafo establecer una relación entre los esquemas y las conceptualizaciones básicas, que he desarrollado en mis libros: “Poética de la cura” y “Poética del desenmascaramiento” (ver bibliografía) y el narcisismo, como modo de correlacionar algunas de mis elaboraciones. Este tiene su realidad e identidad psíquica y su lugar en la metapsicología.

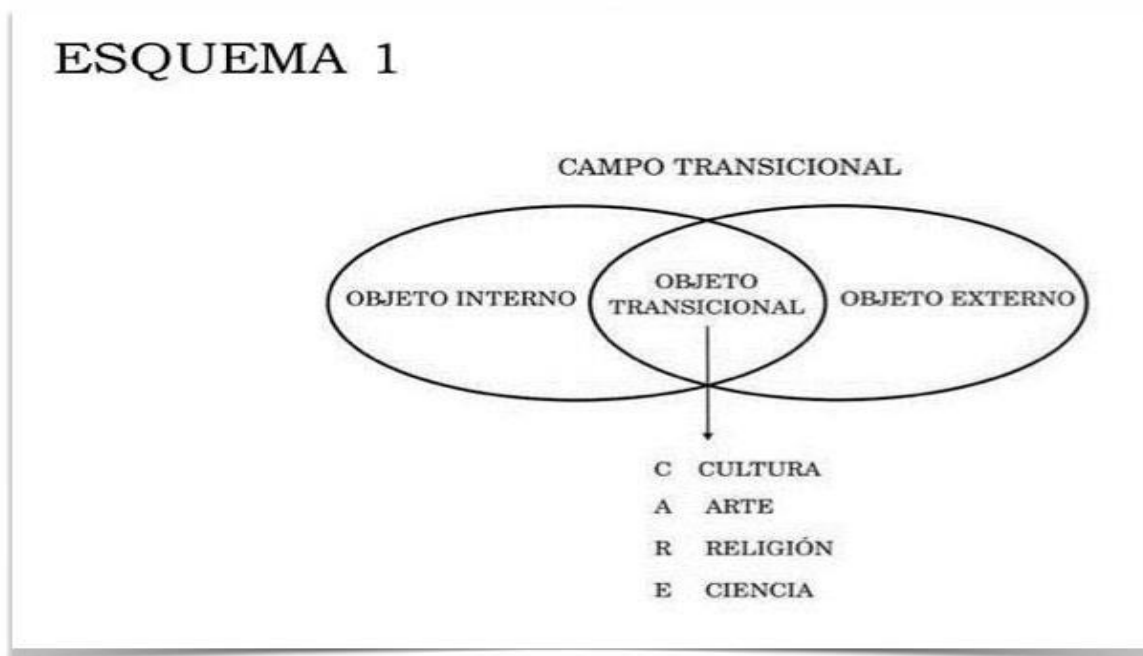
Nunca está aislado de las otras islas, con que se constituye el archipiélago del psiquismo. Se entrelaza con el Edipo, el autoerotismo, las pulsiones, los duelos y otras de las islas. Tocar algunas de estas es hacerlo con el archipiélago en su conjunto.

El caos y el cosmos del conjunto del psiquismo lo intento reordenar para su explicitación, en los esquemas y conceptos básicos de la poética de la cura y del desenmascaramiento.

La poética define un estilo, la creación de imágenes, de metáforas y relatos, la relación con todo el campo de la cultura y el arte

Explicito mi línea de trabajo en relación a la poética y el narcisismo. Debo referirme entonces a la estructuración, desestructuración, lo originario, lo primario y secundario, praxis, poiesis...

Aunque me detendré en el esquema 3, incluyó para facilitar la lectura, el primero y el segundo, que están entrelazados entre sí.



ESQUEMA 2



ESQUEMA 3



El lector podrá observar en el esquema 3 la relación entre el **mundo interno** y **externo** que definen un **campo transicional**, inspirado en parte en Winnicott, .

El narcisismo está entrelazado con la psique, el cuerpo y el mundo. Defino en un eje vertical o eje axial, en la parte inferior lo originario, lo primario y en la parte superior lo secundario. Esta terminología a partir de Piera Aulagnier; por otro lado en la parte inferior también está la tierra, en la parte superior el cielo o mundo que se corresponden con conceptualizaciones de Heidegger acerca del ser en el mundo.

En la estructura del narcisismo se juegan en la parte inferior lenguajes arcaicos conectados con lo biológico y la naturaleza y por otro lado en la parte superior lo secundario en conexión con lenguajes y aspectos más elaborados y conscientes y en la inferior del esquema en relación a lo inconsciente. En una línea oblicua ubico arriba y a la derecha la estructuración y abajo a la izquierda la desestructuración. La elaboración del narcisismo y de la cura juega en la oscilación entre las polaridades enunciadas previamente, especialmente con la estructuración y la desestructuración. Cuando hay una estructuración y una identidad muy rígida, como en algunos momentos de la identidad profesional es importante pasar a la desestructuración. Pero cuando la desestructuración es muy grande poder pasar a la estructuración, por eso es la oscilación del pasaje de uno al otro. En el esquema 3 el narcisismo no está desvinculado de otras estructuras psíquicas y ahí está marcada la relación al Edipo y el autoerotismo; a veces se considera a la estructura psíquica, a la identidad, como algo consolidado para siempre y es una estructura compleja que está en constante transformación y relación con otras estructuras

Narcisismo, profesión, magma

La profesión es uno de los reductos del narcisismo tal es así, que cuando algunos se retiran de su profesión encuentran otras labores, otros se melancolizan, otros subliman y en algunas situaciones se suicidan.

La etimología de la palabra profesión se entrelaza con el profesor, profesar una religión, profeta, una creencia, una visión general sobre la vida. Las profesiones son

imprescindibles pero cuando alguien interpreta el mundo sólo desde una profesión, impone, dicta a la vida cómo debe ser según la limitación de su pensar; por otro lado la profesión en sí por las reglas precisas que impone posibilita reflexionar sobre problemáticas en relación a esa dictadura de la profesión. Un componente de esta es el narcisismo del profesional, por eso analizarlo y deconstruirlo es difícil aunque imprescindible, porque hay un capital, ideológico, monetario, de las ideas e identitario. El profesional teme que con esa deconstrucción se destruya su identidad. Muchos de los profesionales construyen esa identidad no sólo con la experticia para poder actuar sobre el mundo sino que también se transforman los modos de pensar, la corporalidad, modo de vestir. No es extraño decir que la profesión es una máscara fija que se tiene por el resto de la vida.

La profesión es construida como modo de enfrentarse con lo real, con lo económico como modo de colocarse en la cadena de la producción, en la cadena social y afectiva. Es un modo de cerrar, de clausurar el magma en el que el ser humano sigue estando y con la ilusión de poder sobrepasar y encontrar una visión general del mundo. Frente a esta visión general del mundo no es extraño que Freud se haya desplazado y lo haya criticado y que haya advertido de no quedarse adherida a esta visión. El magma tiene una relación homóloga con el ser humano al modo del autoerotismo y el reinado de las pulsiones previo a la construcción del narcisismo. Sabemos que la construcción de éste no abate todo el autoerotismo y las pulsiones sino que le da continencia a “eso previo”. Si a la subjetividad le es imprescindible la construcción del narcisismo y con esto de una profesión, al mismo tiempo para la posibilidad de la creación del ser, mantiene una relación inacabable con el magma y con el caos. Desde nuestro punto de vista, es imprescindible la oscilación entre el cosmos y el caos, entre el magma y la profesión para poder acceder a la deconstrucción y a la construcción de las identidades. No existe ser humano sin esa construcción de la identidad pero también cuando esa identidad se consolida y se osifica se transforma en un obstáculo para la existencia del ser. En la profesión está incluida una ideología, una creencia que puede estar cercana a una religión, a los rituales particulares.

Foucault en “Hermenéutica del sujeto” se refiere al cuidado de sí que es también un modo del cuidado de los otros, y en sus elaboraciones se opone al abroquelamiento, a las corazas y a las máscaras tomadas a perpetuidad. Por el contrario, en el cuidado de sí mismo el fluir, la meditación, la conexión con el no saber son puntales para la vida del ser en construcción, versus el encierro en el ser constituido definitivamente.

La escucha por fuera de las corazas es una percepción por fuera y por dentro de la máscara y de la identidad, por el cual la cura no se realiza especialmente por una metodología determinada sino por un abrirse del ser al otro, se relaciona con lo que Heidegger se refería al ser arrojado al mundo.

En muchas ocasiones es imprescindible una serie de protocolos para poder actuar frente a los acontecimientos.

Cronograma del narcisismo del profesional

Me refiero a cómo es el narcisismo de los comienzos, de los momentos medios y de la finalización de los tiempos en un profesional. En los comienzos señalo dos posiciones: la impotencia o la omnipotencia; el que dice que no sabe nada y el que se las cree en todo. Desde los tiempos medios, el que se ubica como un maestro, el que siente que está recién comenzando o también la relación entre el saber y no saber

En los finales el que cree saberlo todo, o que ya está muerto antes de estarlo. Esto que sucede en los distintos tiempos también ocurre independientemente de esos momentos de la vida profesional. Voy a tratar de describir algo de esto.

En los comienzos tanto la impotencia como la omnipotencia son modalidades para no hacerse cargo del momento particular que transcurre en la vida profesional, hay algo de verdad en la impotencia por todo lo que se necesita incorporar como experiencia y como conceptualización pero también la omnipotencia puede ser denegación de todo este proceso, del camino a recorrer; también podemos pensar que hay un saber de la vida en cada ser humano, qué es un capital particular de cada cual y que genera las condiciones para un posicionamiento adecuado

Incluyendo los duelos a realizar y la diferenciación con los que siguen siendo o aparecen como maestros.

En los tiempos medios poder ubicarse como maestro frente al que está comenzando o frente a quien no domina la profesión parece muy importante, pero, también lo parece una relación entre el saber y el no saber. Este último genera potencialidades; todo profesional, todo ser humano debe seguir aprendiendo, no saber puede, si es que no es un modo melancólico, permitir apartarse de las luchas por el poder y concentrarse más en la relación con el saber.

El que se sabe en los finales debe poder elaborar el duelo con la muerte y de esa manera puede generar mejores condiciones de creatividad y vida.

Mitos conceptuales en diversos órdenes

En la biología, el genotipo y el fenotipo definen aspectos significativos y como modos de totalización de ese universo. Si bien lo genotípico y fenotípico pueden dar ciertas precisiones sobre ese ámbito también están en él las complejidades de otros conjuntos como ser, la biología molecular, lo inmunológico, lo endócrino, lo neurofisiológico, etc.

En el campo de lo humano, lo psíquico tiene una particularidad esencial, se entrecruzan con otros contextos como lo biológico, lo sociológico, lo económico, lo cultural, y los lenguajes y partículas que existen en cada uno de estos órdenes.

Mi praxis está definida en parte, por los esquemas uno, dos, y tres y por dentro de la poética por conceptos como praxis y aquello que denomino: escena, cuerpo, juego, máscara, palabra, texto, gesto. Esta praxis está unida a una poética y no anula otras conceptualizaciones a nivel de lo intrapsíquico, de lo social, del ser singular y plural.

El cuerpo como lo más singular es a su vez lugar de entrecruzamiento con otros órdenes, homólogo a la certeza sensible de Hegel.

En la máscara se entrecruzan la subjetividad individual y social, lo actual lo contemporáneo y lo originario, y diversos lenguajes.

Final

Parafraseando a Foucault, el cuidado del propio narcisismo es un modo de cuidar el narcisismo de los otros. Parece contradictorio que el cuidar algo tan singular tenga efectos sobre lo plural, pero debemos incorporar en las posibilidades del acto y del pensamiento lo contradictorio, lo paradójico y lo complejo.

(*) La primera parte de este trabajo fue publicado en el número anterior de la Revista virtual “El Psicoanalítico”.

Notas

[1] Del libro “Poética de la cura”, de MJB.

[2] Magma: conjunto de personas o cosas (materiales o inmateriales) mezcladas o desordenadas de manera confusa y no diferenciada.

Bibliografía

Aulagnier, P.: “La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado”. 1977, Amorrortu, Bs. As.

Adorno, T.: Teoría estética, 1984, Orbis, Madrid.

Agamben, G.: La potencia del pensamiento, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2007
— Infancia e historia, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2001

Bachelard, G. (1965). La poética del espacio. D.F. México: Fondo de Cultura Económica.

Bleichmar, H. (Febrero, 2018) El balance narcisista, un modelo multidimensional con implicaciones para la elección de foco terapéutico. Aperturas Psicoanalíticas, 57. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0001003&a=El-balance-narcisista-un-modelo-multidimensional-con-implicaciones-para-la-eleccion-de-foco-terapeutico>

Buchbinder, M. J.: Revista Temas de Psicología Social N1 10, Noviembre 1989 y en "Poética del desenmascaramiento"; Buchbinder, M. (2008).

Poética del Desenmascaramiento. Buenos Aires. Argentina: Letra Viva- Instituto de la Máscara. - (2008). Poética de la Cura. Buenos Aires.

Argentina: Letra Viva- Instituto de la Máscara. - (2006).

Dolto F: La imagen inconsciente del cuerpo Paidós. Bs. As. 1986

Foucault, M.: Hermenéutica del sujeto, Altamira, La Plata, Argentina.

Freud, S.: (a) "Esquemas del psicoanálisis", O.C. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Vol. IX; -(b) Introducción al Narcisismo

Heidegger., M.: ¿Qué es eso de filosofía?, Sur, Buenos Aires, 1960. - De camino al habla, del Serbal, Barcelona, 1987. - El ser y el tiempo, 1968, Fondo de cultura económica, México.

Lacan, J.: Escritos, 1971, Siglo XXI, Buenos Aires.

Lezama Lima, J.: La dignidad de la poesía, 1989, Versal, Barcelona

Marchese, A., Forradellas, J.: Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria, Ariel, Milán, 1978, Mondadori.

Moreno, J.L.: Psicodrama 1974, Hormé, Buenos Aires.

Pavis P.: Diccionario del teatro. Dramaturgia, estética, semiología, Paidós, 1980, Barcelona.

Winnicott, D.W (1996). Realidad y Juego. Gedisa Barcelona.

Psicoanálisis fragmentario (*)

Por Carlos Guzzetti

carlos.a.guzzetti@gmail.com

“La superación creativa de la iluminación religiosa sin duda no se encuentra en los estupefacientes, sino en una específica iluminación profana, en una inspiración materialista.

El surrealismo, Walter Benjamin

“El mérito más grande es, con mucho, ser un maestro de la metáfora. Es el único arte que no se podría aprender de los demás; es también la marca de un genio original. Ya que una verdadera metáfora supone la percepción intuitiva de la similitud en las cosas disímiles.”

Aristóteles (citado por Roger Caillois)

La obra de Walter Benjamin (1892-1940) es ejemplo de un pensamiento disruptivo e inclasificable. Marxista en falsa escuadra, judío místico y laico, se nutrió en esas fuentes para hacer de ellas una amalgama irreplicable, lo que le valió ser denostado e incluso ignorado por el *establishment* filosófico. Sus amigos más cercanos – Theodor Adorno y Gershom Scholem– lo respetaron y criticaron sin piedad: uno por místico, el otro por agnóstico. Así, en soledad, acosado por la persecución nazi, termina con su vida en un pueblo de frontera, como no podía ser de otro modo, ya que siempre vivió y pensó en ese territorio entre patrias sin pertenecer a ninguna. Sólo su lengua, el alemán, lo alojó como a un hijo amado.

El interés por su obra, que me acompaña desde hace muchos años, creo que obedece a esa filiación problemática. Nadie podría reclamarse benjaminiano, ya que su pensamiento no hace sistema, no reclama discípulos aunque sí convoca a innumerables compañeros de ruta. Agudo crítico cultural, fue digno hijo de su tiempo y pudo observarlo desde la distancia que le permitió la vastedad de sus referencias. Se interesó por las más diversas cuestiones: el poder, la violencia, las transformaciones sociales, la aparición de los medios masivos de comunicación, los juguetes infantiles, los pasajes parisinos, la traducción (de la que me ocupó en el capítulo correspondiente), la biblia y el calefón. La suya es una obra fragmentaria, asistemática, incluso errática, como la de un flâneur parisino en atención flotante, que piensa y escribe en alemán. Hizo del fragmento su género personal: decía que “para los grandes las obras concluidas son menos importantes que aquellos fragmentos en los que el trabajo les lleva toda su vida. Pues solo al más débil, al más disperso, le produce una alegría incomparable la conclusión, y se siente con ello devuelto a la vida”.

El título y muchos pasajes de este libro son deudores de su pensamiento. En efecto, la iluminación profana surge de los destellos de un cruce insólito de miradas, revelador de facetas inesperadas de los fenómenos analizados. Y si la recojo aquí es porque me parece fecunda para contar mi recorrido clínico de muchos años. Cada situación con cada persona que me confía su palabra, echa luz sobre un aspecto de la experiencia, algunas veces ya conocido y muchas otras por completo nuevo y sorprendente. Y allí reside la esperanza que sostiene una cura. Pero también, al iluminarse una zona del campo quedan a oscuras muchas otras que, con suerte, recibirán en algún momento un rayo de luz o quedarán para siempre en la penumbra. Como bien saben los iluminadores en el teatro, el cine y la fotografía, un haz lumínico puede cambiar por completo el sentido de una escena.

El psicoanálisis que me atraviesa comparte esta perspectiva. Entre la religión y la ciencia, sin detenerse en ninguna de estas estaciones, recurre a saberes dispersos, toma lo que le es útil de aquí y de allá, de las ciencias contemporáneas, del arte, de la historia de las religiones, de la antropología, para construir una disciplina curiosa, imposible de encasillar y anclada firmemente en la praxis clínica, que le da su razón

de ser. Es desde allí que toma su potencia transformadora, tanto del sufrimiento de quienes consultan como de muchas dimensiones de la sociedad y la cultura.

La literatura psicoanalítica está compuesta principalmente de fragmentos, las diversas lenguas naturales y los múltiples idiolectos tribales conforman un mosaico multicolor incapaz de componer una única figura, un único corpus teórico.

Este libro se inscribe en ese género fragmentario, no aspira a conformar una unidad, fuera del hecho de haber sido escrito por una sola persona, lo cual tampoco es del todo seguro, ya que los artículos que lo componen datan de momentos muy diferentes y en algunos casos muy distantes entre sí.

También el libro es tributario de otro inclasificable, parcialmente contemporáneo de Benjamin, el francés Roger Caillois (1913-1978) quien dedicó buena parte de su obra a construir lo que llamó “ciencias diagonales”, las que son capaces de poner en relación objetos tan diferentes como la pintura abstracta y el diseño de las alas de las mariposas o las vetas de las ágatas.

Caillois propone un nuevo punto de vista, revelador de leyes que rigen fenómenos disímiles, pertenecientes a campos del saber muy diferentes. Una mirada oblicua que descubra la verdad de las anamorfosis del mundo, como la calavera disfrazada en “Los embajadores” de Holbein.

Su agudeza en la observación y la extraordinaria amplitud de sus intereses me han hecho encontrar un parentesco con el proceder freudiano, que siempre recurrió a saberes muy alejados de su práctica clínica: antropología, mitología, historia de las religiones, biología y muchos otros, en busca de metáforas que le permitieran pensar su experiencia original y de leyes que los atravesaran.

En un rincón de su obra y fiel a su espíritu iconoclasta, Caillois recuerda la etimología romana del *pontifex*—constructor de puentes—, que ha quedado oculta tras la imagen de boato y solemnidad del papa católico o del pope ortodoxo. En la antigüedad clásica su condición sagrada estaba dada por el hecho de que al construir puentes transgredía el orden natural de las cosas abriendo pasos allí donde no los había. Significación muy alejada de la función eclesiástica de reforzar

y preservar los caminos ya transitados cuidando que la feligresía no se aparte de ellos *so pena* de excomunión.

El trabajo del analista es también la de un constructor de puentes, de aperturas posibles a las aporías y *cul-de-sacs* del sufrimiento psíquico. Al mismo tiempo, el movimiento psicoanalítico no se ha privado de pontífices, cardenales y obispos y se ha comportado muchas veces en su historia como una masa artificial freudiana.

Afirma Lévi-Strauss (1972) que entre nosotros subsiste un modo de organización del mundo equivalente al “pensamiento salvaje”: el bricolaje. El *bricoleur* se arregla con lo que tiene, usando diferentes medios que el artista o el ingeniero, y es capaz de encarar muchas tareas diversificadas utilizando piezas en desuso provenientes de lugares diferentes. Siempre me pareció que el psicoanálisis tenía algo de eso. La teoría como un enorme patchwork de diferentes fragmentos de la cultura y la experiencia. Y el trabajo clínico recogiendo piezas dispersas y construyendo con ellas objetos cuya utilidad es incierta en un proceso que suele tener consecuencias favorables en la vida de las personas.

Iluminaciones, fragmentos, ciencia diagonal, bricolaje, todo habla de un discurso en movimiento, que se desplaza, se muestra y se oculta en el interior de una práctica viva: el trabajo de los analistas enfrentando cada vez acontecimientos inéditos y provistos de un saber inacabado, con herramientas no siempre adecuadas y sin embargo... *jeppur si muove!*, la nave va...

Y le doy a Borges la última palabra de este prefacio: “El concepto de *texto definitivo* no corresponde sino a la religión o al cansancio... No hay un buen texto que no parezca invariable y definitivo si lo practicamos un número suficiente de veces”.

(*) Cabe recordar que Freud tituló uno de sus casos clínicos canónicos “Fragmento de análisis de una histeria” (*Bruchstück einer histerie-analyse*)

Este texto es el prefacio del libro *Psicoanálisis en movimiento. Fragmentos e iluminaciones*. Lugar Editorial, 2019, de reciente aparición.

SUBJETIVIDAD



Homosexualidad Aquiles Y Patroclo

Imagen obtenida de: https://es.wikipedia.org/wiki/Homosexualidad_en_la_Antigua_Grecia

Más allá de lo masculino y femenino

Por Leticia Glocer Fiorini

lglocerf@intramed.net

El psicoanálisis contemporáneo se encuentra frente a diferentes órdenes de desafíos. Uno de ellos se enmarca en el campo de lo femenino y las mujeres; otro, en el contexto de las presentaciones sexuales y de género que no responden a los cánones y normas clásicas. Estos dos órdenes encuentran obstáculos frente a las teorías clásicas que intentan explicarlos.

Nuevas legalidades organizan la vida social aun cuando esto es fragmentario y depende de las clases sociales, regiones, culturas y subculturas, etnias, religiones, entre otros factores.

Se constatan transformaciones de peso en los acuerdos sociales e históricos que van acompañados de cambios discursivos y de las prácticas sociales. Estos factores se determinan recursivamente.

Indudablemente esto se inscribe en un marco más amplio entre los consensos aceptados del contrato social y las resistencias a los mismos. Este interjuego - aceptación/resistencia-, es parte de las confrontaciones actuales.

Confrontaciones en curso

Un abordaje de estas cuestiones, que desafían los conceptos y normas establecidos sobre la diferencia sexual y de géneros, requiere pensar en cuáles son los ejes cruciales del psicoanálisis incluyendo sus necesarias expansiones, y qué proposiciones merecen ser discutidas o ampliadas. Es decir, que en el campo psicoanalítico se dan también estos debates en torno a los conceptos que intentan explicar estas presentaciones. Si la obra freudiana se mantiene es porque propone un cambio paradigmático: el sujeto del inconsciente, sujeto escindido, desplaza al sujeto autosuficiente de la conciencia, investido con fuerza en la modernidad ilustrada. Esto se une al reconocimiento y establecimiento de la sexualidad infantil como un núcleo clave en la construcción de subjetividad. Es así como se pasa del desconocimiento o desmentida de la infancia como una instancia diferenciada a darle un status fundamental en el campo psicoanalítico. Asimismo, en el marco de los aportes freudianos, la transferencia adquiere un peso crucial para el trabajo clínico.

Estos aportes paradigmáticos cambian la concepción del sujeto, aun cuando sabemos que fueron interpretados de distinta manera por los diferentes marcos teóricos. Son parte de la riqueza de los debates intradisciplinarios, que nunca son independientes de la interdisciplina.

Sin embargo, hay otras proposiciones que se refieren a la interpretación de los diferentes y múltiples caminos de la sexualidad y los géneros que, a mi juicio,

resultan insuficientes para una mejor comprensión de los mismos e incluso la obstaculizan. Indudablemente, están enlazados a experiencias sociales contemporáneas que se reflejan en el orden de la construcción de subjetividad.

A mi juicio, es ineludible trabajar estos temas en “zonas límite” (Trías, 1991) que implican mantener la especificidad del psicoanálisis pero evitando, a la vez, que éste quede apartado de las experiencias que circulan en el consultorio. En las zonas límite se descubren otras posibilidades, en las fronteras pueden generarse aperturas que permitan una mejor comprensión de experiencias que golpean a las puertas del psicoanálisis. Sabemos que los centros teóricos son más resistentes a los movimientos de apertura.

A mi juicio, entre los puntos que deberían ser debatidos está el concepto de diferencia sexual y el de diversidad de géneros. Como señalé, esto es crucial no solo para una mejor comprensión del campo de lo femenino sino también de las diversidades sexuales y de género.

En este trabajo me refiero a:

a) Lo femenino en su relación con las mujeres. Por cierto, que los movimientos de mujeres (Me too, Ni una Menos y otros) aceleran los debates en torno al deseo, la sexualidad femenina, la maternidad, la sublimación, el goce, el poder, entre otras cuestiones.

b) Las denominadas diversidades sexuales y de género. Aquí nos encontramos en presencia de consultas con problemáticas que aluden al campo del deseo y otras que se refieren a conflictos relativos a la identidad de género. Subrayo las diferencias entre asumir una elección sexual del mismo sexo, por un lado, y la no concordancia entre el género asignado y el autopercebido, por el otro. Ciertamente, estos son los extremos de una larga serie en la que hay presentaciones “mixtas”.

Había planteado en otras publicaciones (Glocer Fiorini, 2001, 2015) que hay un entrecruzamiento entre los debates referidos a las mujeres y lo femenino y aquellos referidos a las diversidades sexuales y de género: la resolución edípica y la categoría “diferencia” están en debate. Esto demanda un trabajo en interfase.

La respuesta edípica: las familias no convencionales

¿Es suficiente trabajar con el complejo de Edipo-castración clásico para la comprensión de lo femenino, de las diversidades sexuales así como de las familias no convencionales?

Sabemos que el complejo de Edipo, sea mito, teoría, complejo o estructura, replica a la familia nuclear. Entonces, no puede ser ajeno a estas reflexiones el hecho de constatar la presencia cada vez más visible de otros tipos de familia no convencionales. En esto incluimos la necesidad de analizar las funciones simbólicas y de cuidado/emocionales, habitualmente asignadas a padres y madres respectivamente, que son indispensables para la construcción de subjetividad sexuada. Por cierto, distintas formas de familias han existido siempre aunque hay que subrayar su mayor visibilidad y aceptación, incluso legal, en la actualidad. En este marco, surge la necesidad de explicar cómo se construye subjetividad en un sentido simbólico.

Esto tiene importancia para poder analizar con más amplitud las uniones homosexuales o entre personas con identidades de género autocuestionadas o migrantes y, en este contexto, la características de la crianza de hijos, biológicos o adoptados.

Pero, a mi juicio, esto se extiende aún más ya que se hace imprescindible revisar cómo se produce ese acceso simbólico también en las personas heterosexuales. Por cierto que las denominaciones –homosexualidad/heterosexualidad- no hacen justicia a los fantasmas inconscientes que trascienden tanto la homosexualidad como la heterosexualidad y la transexualidad.

Asimismo, ese acceso a un universo simbólico es un hecho sólo aparentemente resuelto a través de la noción de “función paterna”. Sus claras connotaciones androcéntricas, sustentadas en tramas de relaciones de poder/dominio, nos condujeron a denominarla “función tercera”, más abarcativa que función “paterna”, y que evita las connotaciones referidas a un orden patriarcal (Gloer Fiorini, 2013 y 2015). Esta función nos permite una apertura al reconocimiento del ejercicio de la

“función tercera” por las madres. Subrayamos que esto no se da por incluir una función denominada “paterna” sino porque la terceridad es una función propia también en las madres, a través de sus propias reservas simbólicas, sin necesidad de ser referida a lo paterno. Esto último es un resabio androcéntrico, independientemente de que puede también ser ejercida con éxito por los padres.

He trabajado sobre las problemáticas planteadas (Glocher Fiorini, 2015) con la mirada puesta en que el acceso a la diferencia sexual y la resolución heterosexual del complejo de Edipo, por sí solos, no alcanzan a definir esa resolución simbólica subjetiva. En cuanto al concepto de “asumir la castración” consideramos que la teoría de la castración es una construcción que nos da una versión de la diferencia de los sexos en el plano imaginario. Pero, si deseamos utilizarla como marca de la diferencia simbólica es insuficiente. Ahora bien, si tomamos el concepto de castración simbólica como marca de la incompletud, de los límites, de sobrepasar el narcisismo, entonces esto se refiere a ambos sexos y no aplicaría a la diferencia sexual y de géneros; salvo que se postule que las mujeres o la posición femenina asientan en una “doble castración”.

Si abordamos la resolución edípica en la niña, sabemos que las tres salidas que postula Freud, son insuficientes. Freud propone a la maternidad como resolución ideal; en caso contrario, los caminos serán la frigidez, la histeria o el complejo de masculinidad. Se desmiente una sexualidad femenina no materna y no histérica.

Tampoco la resolución edípica clásica alcanza para explicar una salida simbólica en los niños criados en otros tipos de familias. ¿Acaso los hijos de parejas homosexuales son por definición abyectos del sistema? En estas condiciones, es indispensable pensar en funciones simbólicas y de cuidados, en forma no personalizada y sin ser patologizados a priori.

La escucha en la clínica

Sabemos que la escucha no es neutral y que siempre tiene límites que responden a los esquemas de conocimiento y de percepción propios de cada época y cultura. La escucha en psicoanálisis dependerá, además, de ideologías, prejuicios,

creencias personales así como de las teorías que cada analista tenga a su disposición, sustentadas a su vez en metateorías (Glocher Fiorini, 2012).

En este contexto, se abren distintos debates para la comprensión tanto de lo femenino como de las presentaciones cambiantes de la sexualidad y los géneros que tienen poderosos efectos en la clínica.

Uno de ellos es la confrontación sexualidad versus género. Sabemos que el psicoanálisis acentúa fuertemente la centralidad de la psicosexualidad. Hay también debates cruciales sobre el papel de los cuerpos y el valor que tendrían las determinaciones anatómicas versus el cuerpo como construcción cultural (Laqueur, 1990). En estos debates está implícito el poder de la pulsión versus el poder de las construcciones culturales y la performatividad.

Asimismo, está en juego el papel de las teorías de género, en tanto es considerado una construcción cultural. Laplanche (1980) ha asumido el desafío y propuso distinguir entre diversidad (n géneros) y diferencia de géneros (dos géneros), de acuerdo a las lógicas que los sostienen.

Esto nos conduce a replantear el valor de las significaciones de la polaridad masculino-femenino. Ya Freud (1933) había planteado la dificultad de enmarcarlas en el campo psicoanalítico, ya que sus significaciones eran más de orden anatómico y sociológico. En otras palabras, acentuó la imprecisión de los términos de esta polaridad.

Otra cuestión a discutir es si el inconsciente reconoce la diferencia o si cuando hablamos de diferencia estamos refiriéndonos al preconscious (Laplanche, 1980, y Bleichmar, 1984). Hay que tener en cuenta que, para Freud, en el inconsciente coexisten representaciones contradictorias; que el inconsciente no reconoce, por lo tanto, la categoría “diferencia”.

La escucha está determinada fuertemente por la posición del analista con respecto a estas cuestiones, entre otras.

Más allá de las polaridades dualísticas

Los debates mencionados se dan en términos de dicotomías excluyentes. A mi juicio, la lógica dicotómica es insuficiente para analizar las problemáticas clínicas

que se presentan, especialmente en el campo de lo femenino y las mujeres así como en el de las diversidades sexuales y de género.

Salir de los atolladeros de la lógica binaria implica abordar otras formas de pensar los mismos problemas. Subrayo el concepto de magma psíquico (Castoriadis, 1986) para pensar en la pluralidad del psiquismo.

En este marco había propuesto en otras publicaciones (Glozer Fiorini, 2001 y 2015) pensar la construcción de subjetividad sexuada en forma triádica o incluyendo más factores en juego. El campo de la psicosexualidad intersecta con los cuerpos sexuados (que siempre son interpretados) y con las identificaciones de género. En la interfase entre estos registros se producen efectos de subjetivación, con concordancias pero también discordancias entre los factores mencionados. Esto va más allá de una resolución esquemática de orden binario (fálico-castrado, masculino-femenino).

Implica pensar en los procesos de subjetivación desde un punto de vista dialógico (Bajtín, 1978), en el que el otro y los otros son imprescindibles en los itinerarios del deseo, en la elección de objeto, en la trama de identificaciones de género. Implica también pensar que esa tríada, en sus movimientos recursivos, está también atravesada por movimientos simbólicos y discursivos que son historizables.

A partir de aquí quisiera acentuar en estos desarrollos que los binarismos son parte del lenguaje y de la cultura y que no se trata de suplantarlos o eliminarlos. Esto sería imposible. La cuestión es incluirlos en lógicas de la complejidad, de las multiplicidades. En este sentido, es posible trabajar en la clínica con el orden binario tal como se presenta en las teorías sexuales infantiles freudianas y en ciertas teorías sexuales adultas, pero incluirlas en tramas más abarcativas.

En este contexto, si abordamos la construcción de subjetividad más allá de las dicotomías excluyentes también se impone revisar el concepto de diferencia sexual y, más aún, incluir la categoría “diferencia” como noción clave para pensar la producción de subjetividad.

Propongo pensar la categoría “diferencia” en un entramado de multiplicidades: diferencia psicosexual, diferencia anatómica, diferencia/diversidad de géneros, diferencia lingüística y discursiva. Esta trama cuaternaria tiene zonas de

concordancia y discordancia. Se trata de factores que coexisten en tensión, bajo la forma de un complejo montaje. (Glocher Fiorini, 2015).

En cuanto al enigma de la feminidad, que también deriva del concepto de diferencia sexual en tanto está adosado a las teorías sexuales infantiles, había planteado (Glocher Fiorini, 2001 y 2015) que se sostiene en un desplazamiento desde el enigma de la diferencia de los sexos al denominado enigma femenino. Esto apunta a aplacar la angustia de castración en el ámbito de lo masculino, tal como se metaforiza en el caso Juanito.

En esta línea, había también enfocado que el concepto de diferencia sexual refiere a un casillero vacío, un enigma, que siempre se ha tratado de “completar” con teorías, creencias, ideologías sobre las mujeres y lo femenino, que indudablemente incluyen también una determinada posición sobre lo masculino.

Había planteado que la categoría “diferencia” es un operador simbólico, un organizador psíquico, que va más allá de la diferencia sexual. Por eso entiendo que debe ser analizada como un entramado plural de factores que remiten a los universos múltiples que habitan la subjetividad. Esto nos permite ir más allá de las opciones excluyentes de la resolución edípica y poder pensar en otras resoluciones simbólicas posibles en el campo de lo femenino y de las diversidades sexuales y de género.

Bibliografía

Bakhtin M. (1978). Problemas de la poética de Dostoievski. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993. Bleichmar, S. (1984). En los orígenes del sujeto psíquico. Buenos Aires: Amorrortu.

Castoriadis, C. (1986). El psicoanálisis, proyecto y elucidación. Buenos Aires: Nueva Visión, 1992.

Freud, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. Vol. X. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1933 [1932]). La femineidad. En Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

Glocer Fiorini, L. (2001). Lo Femenino y el Pensamiento Complejo. Buenos Aires: Lugar Editorial (En inglés: Deconstructing the feminine. Londres: Karnac, 2007).

Glocer Fiorini, L. (2012). "Las metateorías del analista acerca de la diferencia sexual y lo femenino". Revista de Psicoanálisis, 69, 4: 695-713. Buenos Aires, APA.

Glocer Fiorini, L. (2013). Deconstruyendo el concepto de función paterna. Un paradigma interpelado. Revista de Psicoanálisis, LXX, 4, 671-681. (También en: www.elpsicoanalitico.com.ar, n. 21, 2016)

iGlocer Fiorini, L. (2015). La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones. Buenos Aires: Lugar Editorial. (En inglés. Sexual Difference in debate. Londres: Karnac Books, 2017).

Laplanche J. (1980). Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.

Laqueur, Th. (1990). La construcción del sexo. Madrid: Cátedra, 1994.

Trías, E. (1991). Lógica del límite. Barcelona: Destino.

Relaciones fraternas: vínculos indisolubles La maquinaria porno(*)

Por Laura Milano

llauramilano3005@gmail.com

Doctoranda en Ciencias Sociales y Licenciada en Comunicación. Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Becaria CONICET. Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Autora de Usina posporno: disidencia sexual, arte y autogestión en la pospornografía (Título, 2014).

Dicen que para muestra basta un botón. Y este dicho bien puede representar exactamente lo que la maquinaria pornográfica produce: una imagen totalizadora que condensa y sintetiza aquello que se dice que es el sexo (y debe ser). Basta una

película porno para encontrar aquellos recursos que una y otra vez se repiten en todas las otras películas del género. Más allá de las pequeñas variaciones de cada relato, las secuencias narrativas son siempre las mismas: el superpoderoso pene que penetra lo que encuentra a su alcance; la mujer extasiada que –en las mil y una posiciones– abre su vagina, su boca y su ano para recibir gustosa al héroe falo; la infaltable proeza del mete-saca y la eyaculación como final. Una misma mercancía que una y otra vez sale expulsada de la maquinaria pornográfica.

La pornografía tiene sus inicios en la literatura erótica del siglo XIX y ha tenido múltiples expresiones en distintos dispositivos. Pero el porno tal como lo conocemos ahora tuvo su explosión a partir de los años 70 (tomando como paradigma inicial a la película Garganta Profunda de Gerard Damiano) y fomentó el desarrollo de una industria cinematográfica sin precedentes que ahora encuentra nuevas formas de expresión, expansión y consumo a partir de Internet y los nuevos dispositivos tecnológicos al alcance de un público masivo. Éste es un producto inmerso en el mercado de los bienes culturales masivos, donde la propuesta ya no es tanto promover la producción de contenidos sexuales auténticamente diversos sino aquellos que han demostrado su efectividad y consumo. Mercado. Cuerpo. Roles sexuales. La particular expresión que la pornografía hace de estos tres elementos y la relación que se establece entre ellos es lo que la pospornografía criticará e intentará de-construir para que nuevas modalidades de producción, consumo, representación del cuerpo y de la sexualidad sean posibles.

Producción y consumo del porno mainstream

De la mano de las innovaciones técnicas y la incorporación de las tecnologías hogareñas, la industria pornográfica fue ajustándose a los cambios para seguir manteniendo su nivel de producción, consumo y ganancia. La adaptación en los dispositivos implicó que a la difusión de la película porno en salas de cine le siguiera el video a partir del uso ampliado de videocaseteras y reproductores de DVD de uso doméstico. De este modo, el porno ganó accesibilidad e inmediatez: cualquier

persona podía vivir la experiencia pornográfica en el living de su casa. Pero este retorno al ámbito de lo privado toma su exacerbación y su forma más realizada a partir de la aparición de Internet. La red es el nuevo hábitat del porno y el cambio le sienta como anillo al dedo. La disponibilidad que ofrece la red de redes (acceso ilimitado a los contenidos producidos en todo el globo, las 24 horas del día) abrió un enorme mercado para la producción y comercialización de contenidos pornográficos. Ni lentos ni perezosos, los grandes estudios ya no producen películas porno para formato video o DVD, sino que han comprendido que en la actualidad los contenidos deben circular por Internet y a través de los nuevos dispositivos tecnológicos habilitados para contenidos digitales: telefonía celular, tabletas, etc.

La maquinaria pornográfica funciona como uno de los productos que más determinan nuestra cultura de masas y que más caracterizan el comportamiento del consumidor contemporáneo. La pornografía ofrece al mercado contenidos que se orientan de manera exclusiva a la estimulación sexual del espectador; pero al estar inmersa en la sociedad de consumo actual –caracterizada por el consumismo, la cultura de la imagen, el individualismo, la redefinición del espacio público y privado, la atomización de las relaciones sociales, etc– responde a las mismas lógicas de eficacia técnica y satisfacción garantizada que cualquier otra mercancía. El espectador deviene en consumidor al exigir la eficacia del producto cultural que compra (recordemos que el acceso a la pornografía muchas veces está habilitado para quienes pagan por ella). Esta eficacia debe estar en relación directa con la velocidad, la inmediatez del consumo y la efectividad en el resultado, como si el porno fuera un producto de fast food sexual, tal como lo expresan Barba y Montes en su trabajo *La ceremonia del porno* (2007). Y esta comparación no es exagerada si pensamos que la maquinaria porno replica el sistema fordista de la producción en serie: miles y miles de contenidos de sexo explícito producidos bajo la misma matriz ideológica son expulsados al mercado para su consumo masivo. La porno-comida alimenta día a día el imaginario sobre la sexualidad de miles de sujetos que la consumen por todos los medios, y acostumbra los paladares como si no hubiera otros sabores diferentes.

En general, la pornografía está vinculada al consumo secreto e individualizado. Si bien las salas de cine porno funcionan como un espacio social en el que la proyección fílmica es una mera excusa que enmarca los encuentros sexuales furtivos que allí suceden, el ingreso del porno al hogar ha vuelto a reinsertar este tipo de contenidos en el mundo de la intimidad. La proyección en sala había sacado del closet al porno y lo había ubicado en un lugar intermedio entre lo público y lo privado que comenzó a quebrarse con la llegada del VHS o DVD. Finalmente, el acceso a la pornografía a través de Internet ha cerrado definitivamente la puerta de casa para instalarse en la pura intimidad de las personas y las pantallas de sus computadoras (y actualmente, de sus smartphones). Pero el porno no se ha retirado totalmente del ámbito público, sino que lo ha reconvertido en virtualidad. Lo cual trae aparejado nuevos hábitos de consumo que implican la transformación del consumidor pasivo en potencial sujeto pornográfico. Gracias a las tecnologías domésticas de producción de contenidos audiovisuales, como las webcam, el consumidor es capaz de ser actor, director y productor de su propio material porno; y así puede reinsertar su intimidad en el ámbito público, tal como sucede en el porno amateur y en las salas de video chat. A la vez público y privado, el porno en Internet abre la posibilidad a una auto-pornificación por parte del consumidor. El interrogante es saber si la pornografía producida desde la esfera de los consumidores es reproductora del orden sexual vigente o si en cambio es crítica y resistente al mismo. He aquí uno de los puntos claves en el paso de la pornografía a la pospornografía: la apropiación de las herramientas técnicas y de los canales de difusión por parte de los sujetos no sólo está en función de producir contenidos pornográficos sino también en que éstos tengan la intención de ser críticos a las representaciones que ofrece la pornografía mainstream inaugurando una disputa en torno al sentido construido sobre la sexualidad.

El cuerpo pornográfico

La pornografía es uno de los discursos contemporáneos de la sexualidad que más cumple la función de ser pantalla de las prácticas sexuales “normales” y guía de

lectura de los cuerpos. Las producciones pornográficas no sólo ordenan las prácticas en los parámetros de lo heteronormativo sino que también organizan lo sexualmente inteligible en relación a los cuerpos en escena. De aquellas infinitas sesiones sexuales que la pornografía muestra en cada una de sus producciones se desprende una representación respecto al cuerpo sexuado, como un cuerpo fragmentado y genital, como una máquina que desempeña sin margen de “error” determinadas prácticas corporales que se ponen en juego en la performance sexual. Esta representación del cuerpo pornográfico demuestra de forma reiterada los roles sexuales según lo que se espera de cada cuerpo asignado como femenino o masculino, contribuyendo así a una naturalización del sexo en términos heteronormativos. Estas representaciones del cuerpo en el porno producen un saber y una norma que iguala el sexo al coito, el sexo a la genitalidad. Siguiendo la argumentación de Javier Sáez, podemos decir que la pornografía logra objetivar el sexo, principalmente el masculino, ya que está producida hacia un consumo masculino, teniendo en cuenta una mirada masculina, básicamente heterocentrada, y los genitales masculinos como centro de la narración (Saéz, 2003). El porno como género trabaja siempre sobre la misma representación: la del coito. Reitera de manera aleccionadora la misma ritualidad sexual: penetración, eyaculación y orgasmo. Esta representación responde a la concepción de la sexualidad heteronormativa (donde lo “normal” es lo hetero) y coitocentrada (donde el sexo es el coito y los genitales son la única zona erógena del cuerpo). La sexualidad deviene en genitalidad como único horizonte posible de sentido y exploración. Los órganos reproductivos devienen en órganos sexuales, en zonas hegemónicas del placer. El cuerpo pornográfico es un cuerpo genital, penetrado o penetrante, una máquina sexual hecha de fragmentos, piezas de encastre, recortes corporales sexualizados como si fueran el todo de la sexualidad humana. Placer territorializado únicamente entre las piernas. Penes erectos que una y otra vez penetran vaginas, anos, bocas y cuanto pliegue sea posible de invadir. La reiteración frente a cámara de ciertas prácticas deviene representación globalizante de lo sexual frente a otros usos-agenciamientos del placer no relatados en el porno.

Aquello que la cámara no muestra en el porno y aquello que muestra hasta el hartazgo implica un tipo de registro fílmico particular sobre el que se opera un recorte sobre el cuerpo y un señalamiento del sexo. Para dar cuenta de cierta representación de la sexualidad, la pornografía recurre a ciertos recursos estilísticos que se reiteran una y otra vez; lo cual contribuye a trazar las intencionalidades reproductivas y normativas que este tipo de discurso soporta en sí mismo y ofrece a sus consumidores. Dentro de las estrategias enunciativas que el género pornográfico utiliza para construir su mundo de genitalidad recurre fundamentalmente al uso de los primeros planos; a partir de esta estrategia los cuerpos dejan de ser tales para ser zonas fragmentadas y amplificadas. Los planos de cumshot típicos del porno, donde una persona eyacula en el rostro de su compañero/a como también los meat shot (tomas de partes del cuerpo fragmentadas que recuerdan a las piezas de carne) y los medical shot (tomas de primerísimo primer plano de los genitales como si fuera una visión médica) son los recursos más ejemplares de estética porno. En su trabajo "Pospornografía", Fabián Giménez Gatto asegura que esta inmediatez de lo sexual sometido a la tecnología del zoom construye un discurso cinematográfico centrado en erecciones, penetraciones y eyaculaciones sin rostro (2008). Estas capturas de algunas zonas corporales funcionan como una sinécdoque sexual: en el porno los fragmentos corporales-genitales que se reiteran frente a cámara "son la parte que representa el todo", un supersigno aglutinador que representa todo lo imaginable de la sexualidad. Los fragmentos son el sexo, no hay nada por fuera de ellos. Su contundencia es inevitable. Abocado a la reiteración frente a la cámara de aquellos movimientos mecanizados que dan cuenta de su "sexualidad", el cuerpo pornográfico deviene en un cuerpo-máquina tal como un motor que una y otra vez repite la misma secuencia mecánica.

En el porno ya no se representa a las personas explorando su sexualidad mediante diversos usos del cuerpo, es decir sujetos libres a la experimentación de sus placeres. El cuerpo pasa a ser un objeto puro, cosificado, un autómatas condicionado por la rítmica de las penetraciones y eyaculaciones. Puede decirse que el porno

recuerda al registro documental dando la ilusión de que lo que se ve en pantalla es la revelación de lo real. En líneas generales, no hay mucha diferencia entre los documentales sobre la reproducción de animales salvajes y la muestra documental de la genitalidad entre los humanos que ofrece la pornografía. Los actos sexuales en pantalla deben mostrarse con la misma pretensión de realidad que un documental para que no pierdan su efecto de verdad sobre el espectador. La acción genital así documentada resulta profundamente veraz y solo se ve interrumpida por los lapsus en los que los personajes desarrollan las acciones que hacen avanzar el relato. Estos momentos son los tiempos muertos del porno, dado que allí no está pasando nada en términos pornográficos, que es lo que importa en este tipo de contenidos. Los relatos pornográficos resultan una construcción audiovisual que juega a mostrar la verdad del sexo bajo la égida de lo explícito como lo verdadero (Giménez Gatto, 2008). Lo importante es que muestre lo real, lo que realmente sucedió allí. La eyaculación es la evidencia de que lo que ha pasado entre los actores frente a cámara ha sido verdadero, por ello es el signo distintivo de la discursividad pornográfica actual. El sexo allí representado por los actores no ha sido una ficción, sino un hecho real. En síntesis, el cuerpo pornográfico resulta una construcción discursiva que muestra una corporalidad sexual vinculada a lo mecánico, lo animal, lo genital eclipsando otras representaciones que puedan hacerse del cuerpo humano en vinculación con su sexualidad. Un cuerpo obsceno no tanto por su desnudez sino por la violencia simbólica de su presencia.

Detrás de escena: orden sexual y pornografía

El sexo en el porno es un juego de conquistas sexuales que no implica una actualizada batalla de los cuerpos erotizados sino una reiterada proyección de las jerarquías que existen entre los géneros en el sistema heteronormativo. En palabras de Javier Sáez, el porno es “un género (cine) que produce género (masculino/femenino)” (2003) y en este sentido es que funciona como refuerzo del orden sexual dominante. Tal como asumen Barba y Montes, “el porno reafirma el orden social en que se asienta (...). O, por lo menos, no lo perturba: el porno no es,

ni mucho menos revolucionario. No es cierto que el porno no respete nada y vaya cada vez más lejos en su violación de tabúes” (2007: 73) El porno ingresa en ese conjunto de discursos-saberes inmersos en el dispositivo de sexualidad y que son dispositivos productores de verdad bajo cierto orden social/sexual. En este sentido, es bueno volver sobre la consideración acerca de que el discurso pornográfico produce un cierto saber e instala una verdad acerca de la sexualidad. El porno enseña, refuerza y normaliza; funciona como tecnología de sexo construyendo una representación que se naturaliza. Reproduce el orden heterosexual dominante y como tal contribuye a la producción de cuerpos inteligibles dentro de esos parámetros, ubicando en el orden de lo sexual “normal” a ciertas prácticas y regiones corporales. Producción y reproducción van de la mano en los saberes que eyacula el porno. Saberes que la pospornografía intentará de-construir a fin de habilitar un desvío en lo que respecta a las representaciones de la sexualidad y el cuerpo. No en vano se dice con mucha liviandad que el porno es un producto para hombres. Detrás de la enunciación propuesta por el porno hay una mirada masculina. Es por ello que el protagonista en las películas es el pene erecto. No importa realmente el rostro del protagonista varón: importa su pene, su performance sexual, su conquista y penetración, su eyaculación como significante central de la discursividad pornográfica. A partir de los recursos cinematográficos de hiper-realismo y exacerbada visibilidad, podemos pensar que la intención del discurso pornográfico es dar una sensación de realidad tan eficaz en la que el espectador no sólo se sienta un voyeur sino, fundamentalmente, el protagonista de la historia que ve en la pantalla. De ahí que no importe el personaje masculino en sí como rostro sino como pene erecto.

Es a partir de la genitalidad que se da la identificación entre el espectador y el protagonista. José Anta Félez nos recuerda que en el porno lo que se busca es un modelo definitivo de identificación, donde es el poder de lo masculino (representado por el pene) sobre lo femenino lo que recorre el eje de la película. El espectador es totalmente integrado, por identificación, a un modelo de creencias tipificadas, donde indudablemente existen líneas de poder tradicionalmente incontestables de

predisposición de la mujer para con el hombre. (Anta Félez, 2001: 304) En este sentido, el porno no es solamente una muestra de genitalidad sino también un ejercicio teórico-ideal de formas concretas de poder. La excitación del espectador no se da simplemente por la visión de ciertas escenas sino por el efecto de identificación con el pene en pantalla que demuestra su poder frente a una compañera (o compañero) entregada a sus intereses.

El porno, entonces, asume la representación de la conquista y dominación masculina frente a la sumisión femenina como parte de su leitmotiv argumentativo y, de este modo, se inserta dentro de los discursos sobre la sexualidad que apelan al sistema heteronormativo vigente. En este sentido, el recorte del cuerpo que fomenta el porno desde una mirada masculina-hegemónica refuerza la diferencia sexual y la asignación de roles y género. El hombre es siempre el sujeto activo, penetrador frente a la mujer (u otro hombre, dado que parte del cine porno gay muchas veces reproduce esta lógica) que es la parte pasiva, penetrable, receptiva. En las películas porno todo es posible para el pene, menos perder la erección. Eso rompería el encanto. De este modo, se construye un relato pornográfico donde la genitalidad es el único territorio de lo sexual, donde las identidades sexuales están esencializadas y se naturalizan las respectivas jerarquías genéricas entre los sujetos, lo cual contribuye a re-instalar la lógica heteronormativa, coitocentrada, que domina la representación de nuestras sexualidades. Las dicotomías tradicionales de masculinidad/femineidad, varón/mujer, penetrador/penetrado, activo/pasivo son asumidas por la pornografía con su implacable fuerza discursiva y vueltas a poner en circulación masivamente gracias a la enorme estructura de la industria. Identificar esta continuidad entre el orden sexual dominante y la pornografía mainstream nos permite afirmar que no hay nada revolucionario bajo la propuesta pornográfica, y – lo que es aún más inquietante– no hay intención de ruptura alguna en pos de ampliar el imaginario sexual a partir de nuevas representaciones. No hay quiebres de tabú, ni los habrá mientras se siga poniendo la mirada en la ostentación del poder masculino. En este sentido, la reflexión de José Anta Félez es sumamente

interesante y actúa como preámbulo pospornográfico: “un cine pornográfico bajo un poder femenino sería radicalmente diferente” (2001: 306).

Otro porno es posible: Arte, activismo y porno en la pospornografía

Nacida al calor de las luchas del movimiento queer y del transfeminismo, la pospornografía aparece en escena como respuesta crítica al discurso pornográfico mainstream desde las disidencias sexuales. Una crítica que ataca la mirada heteronormativa que subyace en el porno no desde una perspectiva censuradora y prohibicionista, sino a partir de la creación de producciones pornográficas que rompan con los estereotipos de sexo-género reproducidos en el porno, al tiempo que aspira a retratar la libre expresión de los géneros y la plasticidad de los cuerpos desde una mirada disidente. Para ello, hace uso de múltiples lenguajes expresivos como el video, las intervenciones urbanas, las performances, la fotografía y la experimentación sonora. La pospornografía produce nuevas narrativas del placer que no solo permiten la visibilidad de las sexualidades disidentes sino que además funciona como invitación a experimentar la sexualidad de manera lúdica, desprejuiciada y creativa. No pretende ser instructiva, ni aleccionadora. Todo lo contrario. Es inquietante, incómoda y perturbadora. Se aleja del porno para mostrar otras corporalidades posibles, declaradamente artificiales, híbridas, tecnológicas (Egaña, 2009). Las representaciones producidas no trabajan sobre la correspondencia entre sexo, género y práctica sexual, sino que experimentan una autorización plena al juego y la libre combinación entre estos tres elementos inamovibles en la lógica heteronormativa. Esta es su mayor y más deliciosa perturbación.

Estas nuevas producciones pospornográficas promueven una metodología de producción do it yourself (DIY), o hazlo tú mismo, en las que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y el trabajo en red son herramientas al alcance de la mano. La misma postura autogestiva se evidencia en los modos de circulación y consumo de pospornografía, muchas veces motivado desde festivales y talleres

autogestionados en los que se socializan producciones, herramientas y experiencias. Estos desvíos que la pospornografía encara –defensa de las sexualidades disidentes y autogestión– hacen de estas producciones una interesante muestra de las expresiones artístico-políticas surgidas desde los márgenes de la sociedad contemporánea abocadas a disputar los sentidos impuestos y proponer nuevas formas de socialización y producción colectiva. Llegado a este punto, la pospornografía se desnuda como una apuesta política y artística. Política en tanto consideramos que intenta modificar el orden actual de las cosas, desafiando las representaciones de la pornografía mainstream como parte del dispositivo de sexualidad que funciona como reproductor de la diferencia sexual, la heterosexualidad obligatoria y que actúa como norma-regla con la que se mide qué es y qué no es “sexo”.

* Este texto es un fragmento del libro *Usina posporno: disidencia sexual, arte y autogestión en la pospornografía* (Título, 2014).

Bibliografía

Anta Félez, José Luis. “Entre el artificio y el género: el cine pornográfico”, en *Revista de Estudios de Género. La ventana*, Vol. II, Nº 14. México. 2001.

Barba, Andrés y Javier Montes. *La ceremonia del porno*. Anagrama. Barcelona, 2007.

Egaña Rojas, Lucia. “La pornografía como tecnología de género. Del porno convencional al postporno. Apuntes freestyle” en *Revista La Fuga* (online). 2009.

Giménez Gatto, Fabián. “Pospornografía”, en *Revista Estudios Visuales*, Nº5. 2008.

Milano, Laura. *Usina posporno: disidencia sexual, arte y autogestión en la pospornografía*. Título. Buenos Aires, 2014.

Sáez, Javier. “El macho vulnerable: pornografía y sadomasoquismo”, en *Revista Hatza*, sección Epistemología. 2003.

SOCIEDAD



Sexo more ferarum. Pompeya.

Imagen obtenida de: <https://www.slideshare.net/ArponFiles/el-erotismo-en-la-historia-del-arte-roma-antigua/>

El instinto perdido

Por Jorge Besso

Dr. en Psicología. Universidad Nacional de Rosario (UNR)

jorgebesso@yahoo.com.ar

En 1992 la bellísima Sharon Stone está atrapada en sus instintos por cierto muy bajos. Sufre una compulsión al sexo conjuntamente con un impulso irresistible a matar a su partenaire, es decir a sus compañeros de fragor sexual a quienes despachaba al otro mundo con un filoso pica hielo usado en el momento oportuno. La película se llamaba *Bajos Instintos* (1) con Sharon acompañada en los protagónicos por Michael Douglas, el hijo de Kirk, una celebridad en la época del Hollywood más célebre. La película con una calidad mínima consiguió -sin embargo-

cierta resonancia a partir del híper erotismo de Sharon muy entretelado con la muerte. Un combo no demasiado original si se piensa en un ser como el humano bastante proclive a soñar con hazañas sexuales a la vez coqueteando con la muerte. También resulta inevitable la asociación con las arañas asesinas tipo viuda negra que se fagocita al macho luego de la cópula. Ahora bien, el macho tendrá en cada época de celo ganas de copular aunque la hembra le coma la cabeza y la hembra, como todas las hembras, copulará aunque igualmente se comerá la cabeza del macho.

La reflexión con relación a esta conducta animal del biólogo e investigador Marcelo Cereijido (2) es muy elocuente. Dirá que la araña macho no puede recordar un abuelo que lo advierta del peligro que corre el nieto al arribar el turno inexorable de la posta sexual al igual que sus antepasados. La lógica de la especie dicta la repetición puntual de la cronología sin ninguna posibilidad de alternativas para evitar el mandato del instinto. Ni el macho puede evitar el instinto ni la hembra puede evitar el suyo. Recordemos una vez más que copular es muy propio de los animales con una sexualidad fundamentalmente al servicio de la reproducción de la especie. No puede decirse lo mismo de los humanos, siempre pendientes del sexo, nunca muy interesados en la reproducción de la especie.

En medio del verano pasado, el diario La Nación lanzó un editorial de admiración con relación a las niñas (12-14 años) enfrentadas a sus madres instigadoras de abortar los embarazos productos de violaciones a sus hijas. El editorial con título impactante Niñas madres con Mayúsculas, a diferencia de las abuelas abortistas (sic), fue publicado el 1 de febrero con alta resonancia. Muchas sociedades han enfrentado de modo problemático la discusión y sanción de leyes de legalización interruptora del embarazo. El presente artículo no es una reflexión sobre la validez o no de dichas leyes. En cualquier caso no está de más recordar que en los países en que es posible la interrupción del embarazo dicha interrupción no es ni se vuelve obligatoria sino que los involucrados pueden decidir la continuidad o no del mismo. ¿Cuál es aquí la cuestión en juego? Una de las cuestiones importantes en toda discusión social sobre el aborto es, ¿cuál es el fundamento (según La Nación) determinante en la posición de estas niñas para sostener un embarazo producto de

un acto no querido ni mucho menos deseado, es decir una violación? Según se dice ahí el fundamento es la fuerza del instinto materno. Al respecto el editorial sentencia de un modo contundente: "... Más allá de la forma en que se gestaron los embarazos, nada deseada ni deseable, y recordándonos todo aquello que se ha predicado con justeza sobre la necesidad de una educación sexual preventiva que contemple información sobre el propio cuerpo, resulta admirable y emocionante ver desplegarse el instinto materno. Encarnado, corporizado, ese instinto vital arrasa con todo lo que se ha dicho y escrito desde una teoría reñida con el derecho a la vida. Despedaza el pañuelo verde, y al error inducido del...yo decido sobre mi cuerpo...". No deja de sorprender una argumentación tal vez proclamada sin pensar demasiado. El párrafo en sí mismo es una especie de documento al resumir un pequeño puñado de ideas conformando un sólido prejuicio. Es sabido que la especie humana se caracteriza por guiarse por ideas pre-formadas instaladas fuertemente en nuestra psiquis. Así las cosas, la percepción humana suele confundir las ideas con la realidad constituyendo uno de los grandes fenómenos humanos: el prejuicio contaminando la percepción de la realidad. El editorial de La Nación es un magnífico ejemplo al respecto al asentarse sobre un lugar común, aquel que no se cansa de insistir o simplemente dar por supuesto, esto es que el humano es un ser biológico. Y esto a pesar de que la inconmensurable diversidad humana día y noche da ejemplos de la compleja trama de las relaciones entre la psiquis y la sociedad mostrando al susodicho humano como un ser más social que biológico. También puede ser un ser tan asocial como a-biológico en tanto y en cuanto es muy capaz de matar o de matarse o de todo tipo de crueldades. Pero sin dudas lo mejor del editorial es el brote de euforia al contemplar el despliegue del instinto materno (sic) despedazando al ¡¡¡pañuelo verde!!! Por lo visto una batalla más en la legendaria lucha entre la Naturaleza y la Cultura, en la ocasión con el triunfo de la Naturaleza de la mano del instinto materno haciendo trizas al pañuelo verde y todo sin la ayuda del pañuelo celeste.

También llama la atención, en el comienzo del párrafo de marras, eso de "Más allá de la forma en que se gestaron los embarazos, nada deseada ni deseable"...Más allá de la forma es una controvertida apelación a un más allá de la violación

remitiendo, de este modo, a que la instancia biológica de vida está precisamente más allá de los derechos humanos. Por lo demás, qué quieren decir con la expresión “nada deseada ni deseable” en tanto y en cuanto es de suponer que las violaciones no son deseadas ni son deseables por parte de la sociedad. En cambio, si se tiene en cuenta que se trata de un editorial de uno de los diarios más importantes de la Argentina, y no de un artículo firmado, lo que resalta –existan o no niñas madres con mayúsculas- es que se trata de un texto con una argumentación en minúsculas. Ahora bien, si el instinto está en la base de la conducta de las supuestas niñas heroicas en definitiva es porque lo estaría en la base de la conducta humana. En tal caso los encuentros sexuales estarían programados biológicamente y la sexualidad atravesaría épocas de celo lo que a todas luces no es así en tanto la sexualidad humana no tiene época, ni momento, ni horas determinadas biológicamente, ni verano ni primavera, por lo tanto sin formas canónicas válidas para todos además de transcurrir tanto sea en lugares adecuados como inadecuados. Una sexualidad con normalidades aparentes en ocasiones ocultando peligrosas perversidades o bien ser manifiestamente perversas. En cambio cuando un gato está en celo sigue el mandato del instinto por tanto no tendría sentido felicitarlo en tal sentido, y si no está en celo no se le ocurre perseguir a ninguna gatita.

El problema con el remanido instinto materno es que es una certeza (ideológica) que es imposible de cuestionar para el pensamiento tradicional asentado en el arraigado hábito de no pensar. ¿Existe semejante instinto? Más aún, ¿existen instintos en la base de la conducta humana, como sí los hay en la base de la conducta animal? En rigor habría que decir que ni hay instinto materno ni ningún otro instinto. La especie humana es sin lugar a dudas la formación biológica más compleja, misteriosa, también más creativa para el bien o para el mal, infinitamente variable a la vez repetidora incansable en suma el producto de un monstruoso accidente biológico al decir de C. Castoriadis (3). Dicho monstruoso accidente biológico es el propio ser humano, un bicho sin instintos en su base razón por la cual es el único viviente en el planeta con una incertidumbre esencial en su existencia. Desde siempre los investigadores buscan lo que llaman “el eslabón perdido”, es decir el ser que comunique a la especie humana con la larga cadena

de todo lo viviente. En suma el mono un poco más listo que el mejor chimpancé por tanto más cercano a nosotros pero sin ser como nosotros. Tal vez es posible que el mítico mono no se encuentre porque nunca existió. O aunque exista oculto y un luminoso día se desoculte, igualmente no desaparecerá el abismo insondable entre los animales y nosotros. Por estos días circula por internet la noticia de un nuevo hallazgo antropológico: el descubrimiento de una nueva especie humana, el homo luzonensis. (4) Restos óseos de unos humanoides descubiertos por especialistas en una cueva en las Filipinas. Por lo que parece son los restos de un homínido que vivió por esos lares hace unos 50000 años o 67000 años según las variadas estimaciones. Un cálculo a partir de un fémur partido, más unos cuantos dientes de un tamaño similar a los dientes humanos y algunas piezas más. Una de las cuestiones que remarcan es que la compleja evolución de las especies no es precisamente una cadena lineal provista de un sentido inmanente culminando en el ser más perfecto (el humano) etiquetado como ser racional. Los descubrimientos antropológicos como el homo luzonensis muestran una variedad histórica de la especie o especies humanas y no la simple falta de un eslabón que en el caso de aparecer terminaría con los misterios. En cambio, quizás lo perdido sea el instinto. De ahí una de las posibles razones de la grieta entre lo humano y lo animal. Animales a los que amamos, cuidamos, descuidamos, maltratamos, y hasta los extinguimos todo muy propio de ese ser con más de una cara como el humano. El personaje de Sharon Stone no tiene bajos instintos, ni altos ni medianos. No tiene lo que no hay. Padece y hace padecer una de las tantas locuras de los humanos ante la falta de regulación biológica de la sexualidad humana, lo que sin dudas agiganta la enorme tarea de la educación social. En este sentido, Freud hablaba de tres profesiones imposibles: gobernar, educar, psicoanalizar (5). ¿Por qué? De hecho se gobierna, se educa y se psicoanaliza. Todo el tiempo. Porque la ardua tarea de la educación, la conducción política y la reflexión psicoanalítica nunca pueden ni podrá eliminar la esencial incertidumbre humana. Ni debieran proponérselo. Suprimir la esencial incertidumbre de la vida humana es la máxima ambición de ideologías y religiones además de las inefables e inevitables compañías de seguros con coberturas capitalistas. Lógicamente no hay coberturas

perfectas, ni religiosas ni ideológicas. Como se sabe tanto como se olvida nada ni nadie es perfecto. Tampoco lo es la vida. ¿Acaso sería deseable una vida sin muerte lograda a partir del éxito final de la extraordinaria evolución tecnológica de los humanos? Esa especie supuestamente superior, y en algunos aspectos efectivamente superior, alcanzando en su mejor extremo la soñada inmortalidad. En tal imposible caso ni Dios haría falta. Pero nada ni nadie nos librarían de la peor pesadilla: el infierno de un aburrimiento mortal.

Notas

- (1) Bajos instintos. Año 1992. Director: Paul Verhoven.
- (2) Diálogos sobre la vida y la muerte. Compiladora Liliana Heker. Entrevista al Dr. Marcelo Cereijido. Ed. Aguilar (2003)
- (3) Castoriadis, C. Sujeto y verdad en el campo histórico y social. La creación humana I. Ed. Fondo de Cultura Económica. (2004)
- (4) Diario El País (Madrid) “El primer humano que conquistó una isla”. El hallazgo del Homo Luzonensis, una nueva especie humana que vivió en la isla de Luzón. (12/04/2019).
- (5) Freud, S. El malestar en la cultura. Amorrortu Editores. (1976)

La voz de la mujer en épocas de fármaco-poder

Por Mabel Alicia Campagnoli

Subdirectora del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG-FaHCE-UNLP) <http://idihcs.fahce.unlp.edu.ar/cinig/>

Campagnoli, Mabel Alicia (2018) Preciados Feminismos. Una lectura de Preciado para la antropología filosófica. Málaga: UMA.

Campagnoli, Mabel Alicia (2018) “El aborto más allá de la despenalización” en Busdygan, Daniel (coord.) Aborto. Aspectos normativos, jurídicos y discursivos.

BsAs: Biblos

mabelcampagnoli@yahoo.com.ar

En 1896, el editorial N° 1 del periódico anarco-feminista La voz de la mujer decía: “Hemos decidido levantar nuestra voz en el concierto social y exigir, exigir decimos, nuestra parte de los placeres en el banquete de la vida”. Esta reivindicación a fines del siglo XIX buscaba subsanar en parte la larga tarea de expropiación padecida por las mujeres. Especialmente, la expropiación de sus cuerpos, de sus saberes y de sus placeres.

El proceso de conformación del capitalismo requirió, entre otras violencias, la exterminación de muchas mujeres sabias y, en todo caso, el debilitamiento de sus poderes sobre la vida acompañado de la deslegitimación de sus conocimientos sanadores que constituyeron la farmacéutica de otras épocas.

A fines del siglo XIX, y en clave anarquista, implicaba además la consideración de que para las mujeres la conquista del sufragio sería insuficiente. Porque si esta lucha no se acompañaba con el desafío de asumir una voz propia, serviría solo para reproducir el orden establecido.

Así, “exigir nuestra parte de los placeres en el banquete de la vida”, implica entre otras cosas exigir la inclusión de las perspectivas de las mujeres, desde las mujeres, en la producción de la realidad, de las metas sociales, de los órdenes institucionales, de la cultura.

En consecuencia conlleva autorizar la voz de la mujer en el espacio público, hacerla audible, sacarla del estigma de la “locura”. Tomar la palabra en este sentido es posicionarse en tanto actitud política. Gesto así de resistencia al confinamiento de las mujeres y su palabra en el espacio privado, propio de la modernidad.

La primera mitad del siglo XX trajo paulatinamente el logro de la ciudadanía para las mujeres y mandatos contradictorios según diferentes necesidades geopolíticas. En tiempos de guerras mundiales, transformar a las mujeres en mano de obra; en épocas de recuperación económica, persuadirlas de que el hogar es para ellas el

mejor de los mundos posibles, con su refugio en los roles de esposa y de madre. Al llegar a la década del 60 el nuevo orden farmacológico diagnosticó la resistencia de las mujeres a estos mandatos como depresión y las medicó hasta hacerles olvidar el malestar que les provocaba la reducción a lo doméstico.

En ese contexto, las mujeres organizaron su voz dando forma a la lucha feminista bajo el lema “lo personal es político”. Profundizaban de este modo la reivindicación del acceso a los placeres al develar el carácter político del espacio privado y sus asuntos; especialmente los relativos al cuerpo y la sexualidad. De esta manera cobrará especial relevancia el cuestionamiento a la imposición del sexo reproductivo, la penalización del aborto y la legitimación de la violencia hacia las mujeres.

En la misma coyuntura, el nuevo orden farmacológico dará un salto cualitativo, especialmente en dos sentidos. Desde una perspectiva comercial, por la consolidación de emporios farmacéuticos multinacionales. Desde un enfoque tecnológico, por la utilidad de las consecuencias de sintetizar químicamente hormonas.

Respecto de la perspectiva de las mujeres, un beneficio inmediato de estas novedades fue el acceso a la píldora anticonceptiva que incrementó la eficacia de la separación entre sexualidad y reproducción. En el mismo contexto, las nuevas posibilidades de hormonación desde la perspectiva biomédica generan taxonomías para clasificar enfermedades mentales, en vinculación con identidades de género que no encajan en la dicotomía varón / mujer. La confluencia de estas problemáticas redundará en que la categoría mujer vaya profundizando su desbiologización. Ese es el sentido en que la estamos tomando en el relato, una identidad inestable, que puede plenificarse con personas diversas.

En cuanto a la síntesis química de hormonas, el filósofo Paul B. Preciado considera que la misma constituye un punto de inflexión a partir del cual se puede visibilizar un fármaco-poder que llega a nuestros días: “El estrógeno y la progesterona, bases moleculares de la producción de la píldora anticonceptiva, son hoy, incrementándose desde su invención en 1951, las sustancias más fabricadas por la industria farmacéutica mundial, convirtiéndose así en las moléculas sintéticas más

utilizadas de toda la historia de la medicina. Lo curioso no es esta producción masiva e industrial de las hormonas denominadas “sexuales”, sino el hecho de que estas moléculas sean utilizadas con prioridad y casi exclusivamente sobre el cuerpo de las mujeres, al menos hasta principios del siglo XXI. La bio-feminidad tal y como la conocemos hoy en Occidente no existe sin un conjunto de dispositivos mediáticos y biomoleculares. Las bio-mujeres son artefactos industriales modernos, tecnoorganismos de laboratorio, como las hormonas”. (Preciado, 2008: 126).

Una consecuencia de este fármaco-poder es el condicionamiento de los estilos corporales y de los modos de vida contemporáneos: “En 1946, se inventa la primera píldora *antibaby* a base de estrógenos sintéticos -el estrógeno se convertirá pronto en la molécula farmacéutica más utilizada en toda la historia de la humanidad-. [...] En [1947] el pseudopsiquiatra norteamericano John Money inventa el término “género”, diferenciándolo del tradicional “sexo” para nombrar la pertenencia de un individuo a un grupo culturalmente reconocido como “masculino” o “femenino” y afirma que es posible “modificar el género de cualquier bebé hasta los dieciocho meses”. [...] El *lifting* facial y diversas intervenciones de cirugía estética se convierten por primera vez en técnicas de consumo de masas en Estados Unidos y Europa. [...] Al mismo tiempo, se generaliza el uso del plástico para la fabricación de objetos de la vida cotidiana. [...] En 1953, el soldado [norte]americano George W. Jorgensen se transforma en Christine, convirtiéndose en el primer transexual mediatizado; Hugh Hefner crea *Playboy*, la primera revista porno norteamericana difundida en quiosco, con la fotografía de Marilyn Monroe desnuda en la portada del primer número”. (*Ibíd*: 28-29)

Durante el siglo XX, la psicología, la endocrinología, la sexología, han establecido su autoridad material transformando los conceptos de psiquismo, de libido, de conciencia, de feminidad y masculinidad, de heterosexualidad y homosexualidad en realidades tangibles, en sustancias químicas, en moléculas comercializables, en cuerpos, en biotipos humanos, en bienes de intercambio gestionables por las multinacionales farmacéuticas: “El éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en Viagra, nuestra fertilidad / esterilidad en píldora, nuestro sida

en triterapia. Sin que sea posible saber quién viene antes, si la depresión o el Prozac, si el Viagra o la erección, si la testosterona o la masculinidad, si la píldora o la maternidad, si la triterapia o el sida. Esta producción en *auto-feedback* es la propia del poder fármaco". (*Ibíd.*: 33)

En principio, el panorama que nos muestra Preciado parece agobiante, como si solo estuviéramos bajo el sometimiento de los efectos del fármaco-poder. Sin embargo, las articulaciones teóricas que encontramos en su propuesta nos permiten comprender que desde el mismo lugar del fármaco-poder que nos constituye, podemos apropiarnos de sus operaciones y hacerlas jugar a nuestro favor.

Si saltamos de mediados del siglo XX a los actuales inicios del XXI, un indicio de esta torcedura en nuestro contexto local lo constituye la Ley de Identidad de Género que descriminaliza, despatologiza y desjudicializa las identidades genéricas, disputando el poder fármaco a los órdenes médico y jurídico que en principio lo hegemonizan.

Otro plano de las conflictividades políticas contemporáneas lo constituye la lucha por el acceso al aborto legal, seguro y gratuito. En esta dimensión el panorama sigue siendo menos auspicioso desde el punto de vista institucional, a pesar de la visibilización y problematización del tema, vividas social y políticamente durante el último año en Argentina. Sin embargo, en la última década, a lo largo de nuestro país se han formado grupos de socorristas que, retomando el ejemplo de feministas de la década del 60, se dedican a acompañar a mujeres que no quieren continuar su embarazo, para hacerles accesible la práctica clandestina del aborto.

La novedad ahora es que la práctica puede resultar más autónoma y segura que en otros momentos, a raíz de la posibilidad de proceder químicamente; es decir, constituye una oportunidad de agenciamiento del fármaco-poder. Esta instancia implica un fuerte gesto de resistencia que hace posible una práctica libertaria a pesar de la clandestinidad y no contra ella.

Pero un punto de especial importancia en los modos en que se están implementando los socorros es la recuperación y la constitución de un saber de mujeres, entre mujeres y para mujeres. Gesto que recupera a la vez que resignifica el pasado sanador y curandero de las brujas.

Así, en esta apretada genealogía de “la voz de la mujer”, particularmente un grupo reivindica la necesidad de que la experiencia del aborto sea relatada por las mujeres que han pasado por ella porque, más allá de la posibilidad material y económica de acceder a la práctica que diferencia a las mujeres, todas están íntimamente implicadas en la condena subjetiva que les impone vivirnos como “pecadoras y/o delincuentes”. En este sentido, el grupo *Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto*, aboga por la recopilación de relatos de abortos “tan eficaces como felices” (2013). En sintonía con ello, la activista valeria flores (1) propone generar “reescrituras del cuerpo y el deseo con menos sangre y más voces”.

Entonces, la voz de la mujer en épocas de fármaco-poder es diversa y multifacética, a pesar de nuestra enunciación en singular; pues mientras el fármaco-poder hace posible que tenga diferentes timbres y en consecuencia desnaturaliza la voz (puede ser incluso masculina, pero “de mujer”), habilita un agenciamiento que permite aumentar nuestros grados de libertad. Aumentan por tanto, nuestras voces en los placeres del banquete de la vida.

Notas

(1) Las minúsculas en este nombre no constituyen un error de tipeo sino una decisión política de auto-asignación por parte de la teórica y activista feminista queer valeria flores. Así lo justifica: “las minúsculas en el nombre propio, una estrategia de minorización del nombre propio, de problematización de las convenciones gramaticales, de dislocar la jerarquía de las letras, una apuesta al texto antes que a la firma de la autora, percibir el propio nombre como un espasmo de una ficción llamada “yo”, un yo deslenguado que funciona como eco de muchas otras voces, que no cesa de latir ese murmullo colectivo, contra la mayúscula como forma de la ley (...)” (flores, 2012: 4).

Bibliografía

Díaz Villa, Gabi; Ana Mines, Verónica Marzano y Roxana Rueda (2013) “El aborto lesbiano que se hace con la mano. Continuidades y rupturas en la militancia por el derecho al aborto en Argentina (2009-2012)”. Bagoas, estudios gays, géneros e sexualidades, 9, disponible en <http://www.cchla.ufrn.br/bagoas>.

Flores, Valeria (2010) “Reescrituras del aborto” en <http://escritoshereticos.blogspot.com>

Preciado, Paul B. [Beatriz] (2008) Testo Yonqui. Madrid: Espasa-Calpe.

ARTE

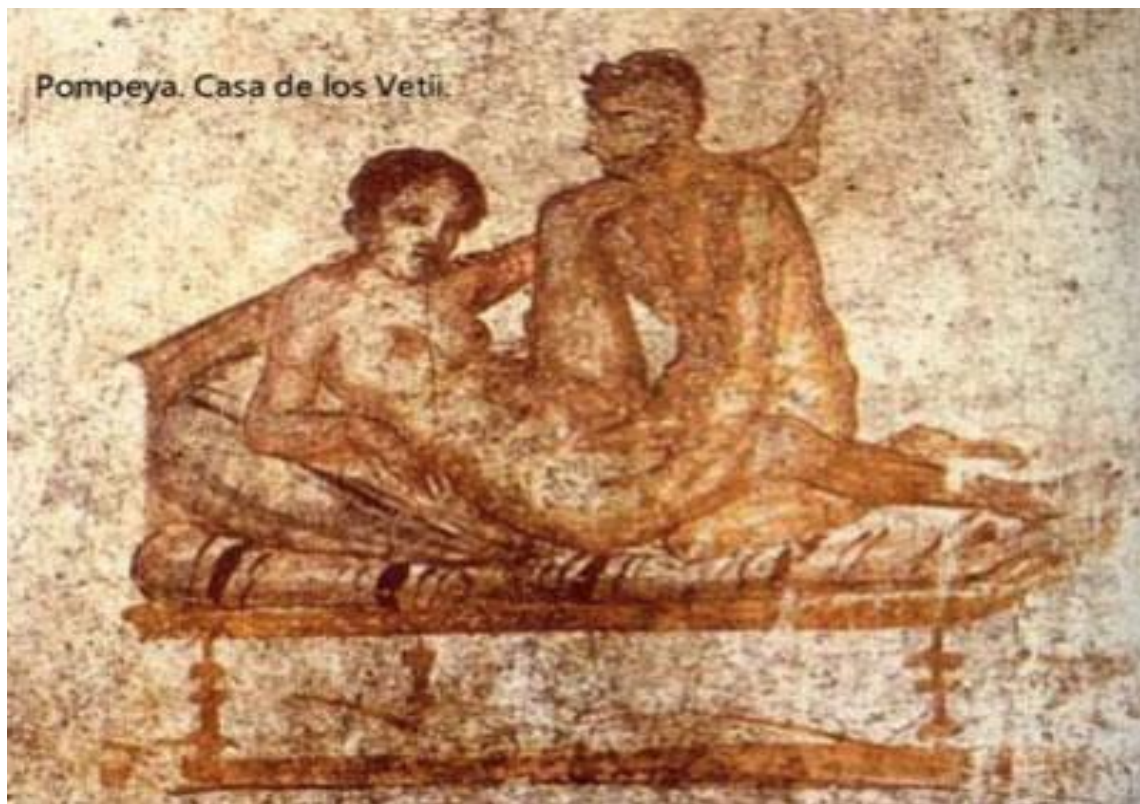


Imagen obtenida de:

<https://www.slideshare.net/ArponFiles/el-erotismo-en-la-historia-del-arte-roma-antigua>

¿El fin del patriarcado? (*)

Por Héctor J. Freire

hectorfreire@elpsicoanalitico.com.ar

*Todo lo que quiero es mujer en la casa, y un hijo, un macho
en el campo.*

Patrón, Abelardo Castillo.

A modo de copete

El patriarcado es la manifestación y la institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y los niños, y la aplicación de ese dominio en la sociedad en general. Ello implica que los varones tienen el poder en las instituciones importantes de la sociedad, privando a las mujeres de acceder a él. Un sistema de estructuras sociales basado en la subordinación de las mujeres por los hombres. Según Irene Meler, *“patriarcado” es un término que enfatiza el carácter asimétrico de las jerarquías sociales basadas en el sexo, mientras que “dominación masculina” alude al hecho de que la pertenencia al género masculino implica ventajas, más allá de que cada varón logre o no, efectivizar los desempeños requeridos para integrar el género dominante.*

Tanto el cuento **Patrón de Abelardo Castillo**, como el film homónimo de **Jorge Rocca**, son una lectura metafórica sobre el patriarcado, donde su consecuente autoritarismo es llevado a extremos de crueldad. Las tramas de ambas narraciones, permiten además, ser leídas en claves histórico-político-económico-social. La analogía entre el personaje del patrón de estancia y las figuras autoritarias de los regímenes dictatoriales del país, son más que evidentes.

Patrón: Un cuento y un film sobre la crueldad del patriarcado

El cuento

Patrón pertenece al libro *Cuentos Crueles* (1966), segundo libro de cuentos del escritor Abelardo Castillo (San Pedro, Pcia. de Bs.As. 1935). Y alude al personaje de Antenor Dominguez, protagonista, dueño y señor feudal de hombres, mujeres, animales y cosas. Patrón de una estancia mal habida a través de una recompensa política, decide tener un hijo varón, un macho para dejarle su herencia. A partir de obtener espuriamente la posesión de la tierra, del sometimiento y la exacción, Don Antenor, amasó una fortuna. Y un poder social basado en el temor, que lo hace patriarca de una micro-sociedad rural que lo rodea.

Desde esta perspectiva, la necesidad de descendencia tiene que ver con la continuidad del linaje, de la sangre y de la riqueza, más que con la paternidad:

El campo y el vientre hinchado de la mujer: las dos únicas cosas que veía.

Lo central, tanto en el cuento como en el film es la cuestión de la reproducción, tanto del linaje-riqueza, como el de la continuidad del sistema patriarcal/totalitario, que requiere tanto de la riqueza acumulada, como de los herederos del poder. La dificultad del viejo patrón para engendrar un varón para proyectar su dominación, tiene su correlato con la incapacidad de los sistemas autoritarios, para reproducirse legítimamente, democráticamente.

El despotismo de estos sistemas, se sostiene por el miedo, la obediencia, y la amenaza de la violencia. El odio de clase de Antenor por Paula (mujer joven, analfabeta y pobre), hija de uno de sus peones muerto en un accidente de trabajo, se convierte en intervención política. La joven no tiene escapatoria ante la tiranía del patrón, ni puede resistirse a la violación sexual como consumación violenta de un matrimonio no elegido ni deseado.

En el espacio de la estancia, el patrón-patriarca, como en el territorio del país, los tiranos de turno, disponen con total impunidad y crueldad, de la vida tanto pública como privada de sus habitantes.

En cuanto a lo formal, la estructura narrativa del cuento se divide en seis partes:

1- Se inicia con el quiebre temporal (flashback) de la historia. Paula queda embarazada. Un breve diálogo significativo da cuenta de la tensión y la violencia a la que está sometida la protagonista. El sí, claro, con que se cierra el diálogo, nos lleva al pasado cuando ella acepta el casamiento humillante con el Patrón, quien anuncia a la también sometida abuela, la decisión de casarse con su nieta para tener un hijo a quien dejarle las tierras: que por algo me he ganado el derecho a disponer. Después del casamiento forzado, mientras vuelven para la casa, el patrón, señalando el Cerro Negro, le dice a Paula: Cerro Patrón. Esta parte cierra con la orden: Vení a la cama.

2- Comienza con la iniciación sexual de Paula: un verdadero acto de posesión, una violación, en la que el patrón: “No la consultó. La tomó, del mismo modo que se corta una fruta del árbol crecido en el patio. Estaba ahí, dentro de los límites de sus tierras, a este lado de los postes y el alambrado de púas.

” Otro quiebre temporal nos remite a treinta años atrás, cuando Antenor se cobra “un favor” y llega a ser dueño de las tierras: “Una noche – se decía- muchos años antes, Antenor Domínguez subió a caballo y galopó hasta el amanecer. Ni un minuto más. Porque el trato era ‘hasta que amanezca’, y él estaba acostumbrado a estas cláusulas viriles, arbitrarias, que se rubricaban con un apretón de manos o a veces ni siquiera con eso”. Esta recompensa política, inevitablemente, nos conecta y se relaciona directamente con la historia argentina, la conquista del desierto. Campaña militar llevada a cabo entre 1878 y 1885 sobre los territorios de la región pampeana y la Patagonia, ocupados por aborígenes, los primitivos y verdaderos dueños de la tierra. Estas tierras se repartieron entre los potentados que habían financiado la campaña dirigida por Julio “Argentino” Roca y los oficiales de alto rango. Las que ya habían sido asignadas antes de la operación militar genocida. Mediante la suscripción de 4000 bonos de \$400 por 2500 hectáreas cada uno. De ahí que muchos de los pueblos del sur, llevan hasta hoy en día sus nombres.

Un total de 10 millones de hectáreas fueron vendidas a estancieros bonaerenses, mientras que el excedente, lotes de 40.000 hectáreas cada uno, se remató en Londres y París en 1882. Como dice Fernando del Corro: “y como aún quedó más y nadie pensó en los aborígenes, en 1885 se cancelaron con tierras las deudas acumuladas con los soldados desde 1878, ya que llevaban siete años sin cobrar, pero como tanto los oficiales como la milicia necesitaban efectivo, terminaron malvendiendo sus partes a los mismos que habían sido los financistas primitivos, de manera que toda esa superficie pasó a manos de 344 propietarios a un promedio de 31.596 hectáreas cada uno.”

A propósito, comenta Osvaldo Bayer: “es increíble la forma en que se repartió la tierra después de la campaña del desierto; fíjense en el resultado que sacamos del Boletín de la Sociedad Rural Argentina fundada en 1868, fíjense que entre 1876 y 1903, en 27 años, se otorgaron 41.787.000 hectáreas a sólo 1.843 terratenientes, vinculados estrechamente por lazos económicos, políticos y familiares a los diferentes gobiernos que se sucedieron en aquel período, principalmente a la familia Roca.”

La segunda parte termina con estas líneas tan emblemáticas: “- De acá hasta donde llegues- y el caudillo, mirando al hombre joven estiró la mano, y la mano, que era grande y dadivosa, quedó como perdida entre los dedos del otro-. Clavas la estaca y te volvés. Lo alambras y es tuyo.”

3- Pasan dos años. Muere la abuela de Paula. No queda embarazada. El patrón se siente estafado. La insulta. Le pega. La humilla: “El viejo miró a Paula, y de nuevo al peón que ahora se levantaba, encogido como un perro apaleado. Si andás alzado, en cuanto me dé un hijo te la regalo”. Al año siguiente la muchacha queda embarazada. Siente miedo: “Paula se reconoció en los ojos de la ternera”. Un toro (animal simbólico si los hay) embiste por atrás al patrón y lo voltea contra el alambrado, donde queda reducido “como un trapo viejo puesto a secar”. El grito del

patrón para que lo ayuden, será su última orden.

4- El viejo no volverá a moverse, ni a hablar. Le anuncian que va a tener un hijo. Pide que lo trasladen a un cuarto alto de la casa para poder ver su campo. Todas las noches se repite un diálogo brevísimo: “Va a tener el chico”. Él asiente con la cabeza.

5- Nadie lo visita. Transfiguración de Paula que da rienda suelta a su odio, a su venganza. Paula echa a la doméstica. Él siente miedo de ella por primera vez.

6- En invierno Paula tiene sola a su hijo, antes se deshace de Fabio y Tomás, hombres de confianza del ex patrón. Al día siguiente, Paula le lleva el niño a Antenor. Se lo deja sobre las sábanas. El viejo extiende una mano hacia ella, quien se aparta violentamente. Sus ojos se encuentran por primera y última vez. “Fue un segundo”. Paula los abandona. El viejo patrón, con esfuerzo se ha sentado, y con una mano se aferra a la correa y con la otra sostiene a su hijo que llora sin parar. Paula sale de casa y antes de atar el sulky, tira la llave al aljibe. Delante de Antenor y el niño se ve el campo y, a lo lejos, el Cerro Patrón.

El Film

Si en el cuento, “la crueldad patriarcal” se sugería a través de lo verbal, de la resonancia de las palabras, de sus sustantivos y adjetivos violentos. La reiteración de la frase Va a tener el chico, que adquiere la significación de contrapunto al mande. Sumado a las alusiones a los personajes como animales, acentuando un clima impiadoso sin redenciones, como las descripciones que hace el patrón -que huele a potrillo-, de Paula como un animal, una bella bestia y chúcaro. O la comparación de Paula con la ternera boca arriba, que será marcada en la cama con una gran “A” (símbolo de la posesión del patrón Antenor). Junto a los otros personajes que funcionan para acentuar la relación de amo y esclavo, de dominador y dominado: la mujer de la casa, el capataz Fabio, el peón Tomás, Tomasina la partera, la abuela de Paula, y el médico. En el film la crueldad se multiplica, está

ahí, la vemos a través de la contundencia de las imágenes, que incluyen sonido y palabras. Las situaciones tensas y los personajes se encarnan en rostros, en gestos inequívocos.

Antenor, nombre que significa antes que todos, y Domínguez: Domingo, Dominus. “El día del señor”. El Patrón se encarna en el actor Walter Reyno. Paula (nombre latino que significa la pequeña) toma la figura frágil e inocente de la actriz Valentina Bassi, y la mujer de la casa es la gran Leonor Manso.

El film del director y guionista Jorge Rocca, se rodó entre 1993 y 1994 en el departamento de Florida. Coproducido por CEMA de Uruguay, el Instituto de Cinematografía Argentina y Aleph Producciones. Se estrenó el 6 de julio de 1995 (disponibilidad en DVD). La fotografía es del excelente artista uruguayo Daniel Rodríguez Maseda, y la música de Lito Vitale.

La acción transcurre “campo adentro”, escenario tan propio de nuestra llanura pampeana. El tema rural con una historia sombría, con personajes como extraídos de la tragedia griega. El patrón, símbolo del poder absoluto, solitario, cruel, violento. Y la víctima propiciatoria, joven, inocente, pobre. Necesaria como un surco en la tierra para sembrar. Del encuentro y choque de estos extremos se desarrolla el film.

La fotografía muy cuidada, es sobrecogedora y acentúa el contraste de los protagonistas. Sugiere y marca indicios. Concebida como pieza de relojería, hace de la concentración espacial y temporal, una atmósfera dramática y asfixiante. El film mantiene las secuencias narrativas principales del cuento, así también como el clima y el sujeto enunciador. Sin embargo, el texto fílmico se amplía con algunos episodios, escenas y nuevos personajes, que se justifican y le dan al texto más fuerza vital. Como un “duelo a malambo”, donde se pone en evidencia el poder del patrón, y la escena final, poético-dramática frente al mar.

El film comienza con el sonido de una respiración intensa, mientras la cámara

realiza un travelling de un campo en toda su extensión, continua en el interior de la casa y lentamente “se mete” en el cuarto del patrón: la cama revuelta, y en la mesa de luz una navaja, con toda su dimensión simbólica. La misma que aparecerá al final en las manos de Paula, con la cual, antes de partir, se cortará el pelo. Luego la cámara realiza un primer plano del rostro de Antenor que se ha despertado de una pesadilla. Recuerda la muerte de un hombre que lo sigue atormentando. El recuerdo tiene su continuidad en la escena en donde otro hombre le da cuatro estacas (una para cada punto cardinal). El galope posterior del joven Antenor y las estacas adquieren su máxima significación cuando Antenor clava la cuarta estaca, seguida de un sonido que retumba como un trueno. La sobreimpresión del título del film **PATRÓN**, y el pasaje del uso del color al blanco y negro, son una síntesis contundente de la problemática que nos ocupa. Esta secuencia, que funciona como prólogo, en realidad un microfilm en sí mismo, es un rito de iniciación –que nos conecta con el pasado histórico de la Argentina, comentado anteriormente- a partir del cual este joven empezará a ser el señor, el dueño y amo de las tierras que en una sola noche “se ganó”.

También podríamos establecer una conexión, una continuidad entre la figura patriarcal de Antenor, patrón de estancia, con ciertos personajes siniestros de los regímenes dictatoriales del país.

La otra inclusión interesante que hace Rocca, es la creación de un “triángulo femenino” que acentúa la posesión-objeto patriarcal del protagonista: la viuda y amante, como contrapartida de Paula (sólo un vientre que le dará un heredero). Y Delia (Leonor Manso), la mujer silenciosa. Alguien que siempre se sintió ignorada. Delia, la mujer que el patrón eligió sólo para ocuparse de la cocina.

Otra secuencia emblemática es la que muestra la vuelta a la casa, después de la “fiesta” de casamiento. Su significación se completará al final del film. Paula pregunta dónde queda el mar. Su padre le contó una vez que alambrando el campo del patrón, había llegado al borde: “Es como el campo pero de agua”. Antenor le

agrega, “el mar anda donde sale el sol”.

En el final del cuento, Paula arroja la llave de la casa al aljibe, en el film la tira al fuego. En ese preciso momento se cambia del blanco y negro, y se vuelve al color del principio. La tragedia queda así enmarcada por la historia del Patrón, y la historia de Paula, que nunca pudieron ni podrán unirse.

Comenta el propio director: “El blanco y negro nos permitía estilizar la imagen, sintetizarla al máximo. Sabíamos que el sonido, la dirección de arte y la fotografía eran claves”.

La utilización del blanco y negro, de la iluminación, del claroscuro a la manera expresionista, es más que pertinente, ya que remarca el contraste de los personajes. Recordemos, que dicha estética fue y es utilizada principalmente, para representar los sistemas opresivos y totalitarios. Según Goethe, este tipo de iluminación “es con seguridad una violencia, y podéis decir que está contra la naturaleza”.

El film parecería estar planteando que la fusión, “la horizontalidad”, no es posible dentro de la verticalidad jerárquica del patriarcado. No hay convivencia democrática cuando la opresión, la crueldad y las desigualdades sociales son la base de una sociedad: “Sin querer, las palabras fueron ambiguas; pero nadie dudaba de que, en toda La Cabriada, su voluntad quería decir siempre lo mismo. Y ahora quería decir que Paula, la hija de un puestero de la estancia vieja –muerto, achicharrado en los corrales por salvar la novillada cuando el incendio aquel del 30- podía ser la mujer del hombre más rico del partido, porque, un rato antes, él había entrado al rancho y había dicho: -Quiero casarme con su nieta-... ¿Cuántos años tiene la muchacha? -Diecisiete, o dieciséis”

Conclusión

No hay superación dialéctica en esta historia, sino tragedia. El destino es irrevocable para el amo Antenor, ahora devenido esclavo. Su poder se transformó en postración, y en la incapacidad de hablar. Nunca más podrá emitir una orden. Ni “enseñar” a ser patrón a su hijo. Paula, tampoco podrá escapar a su destino trágico, de esclava se transformará en amo, en patrona. Pero utilizará el poder, no buscado, para deshacerse de todos los que la rodeaban. No hay culpa, ni piedad. Sí venganza y castigo. Paula, víctima del patriarcado, no puede superar su dolor, la soledad y el abandono. De ahí su desequilibrio y locura final. Ella se va hacia el mar -donde la abandona la cámara-, con el pelo corto como un varón. Es “otra” Paula, con la mirada perdida y completamente sola. Es como si se la tragara el mar.

Antes, como una Medea de la mitología griega tomada por la hybris, el descontrol y el des-madre, abandonó y condenó al niño. El hijo, víctima inocente que nació para morir en brazos de su padre, el Patrón. *

PD: A modo de sugerencia, interesante sería hacer la comparación, por oposición, en cuanto a la problemática del patriarcado, con el clásico film de Paolo y Vittorio Taviani, *Padre Padrone* (1977), sobre la novela homónima de Gavino Ledda, protagonista junto a Omero Antonutti del film: una fuerte crítica a la sociedad patriarcal de Cerdeña de los años 50. Donde un pastor sardo arranca a su hijo de la escuela para que se ocupe de cuidar el rebaño de la familia. Aislado en las montañas, el niño crece analfabeto y tosco. Ya en la juventud asiste a un colegio militar, se socializa y aprende a leer y escribir. Al final, desafiando a su padre-patrón, deja la carrera militar para ir a la universidad y recibirse de lingüista. Y vuelve al pueblo a enseñar. En este caso, y salvando las obvias diferencias en cuanto a la situación, el contexto histórico- social, y gracias a la educación, hay superación dialéctica del conflicto. No hay tragedia. Pero esa, esa es otra historia,

(*) El 2 de Mayo de 2017 fallecía a los 82 años el gran escritor Abelardo Castillo. Vaya a modo de recordatorio el siguiente texto.

Bibliografía

Amado Ana, Domínguez Nora (Compiladoras), Lazos de familia. Ed. Paidós. Bs.As. 2004.

Castillo Abelardo, Cuentos crueles, EMECE, Bs.As., 1992.

Eisner Lotte, La Pantalla Demoníaca, Ed. Cátedra. Madrid, 1988.

Hazaki César (Compilador), La crisis del Patriarcado, Ed. Topia, Bs.As., 2012.

Peña Fernando M., Cien años de Cine Argentino. Ed. Biblos, Bs. As., 2012.

AUTORES



https://es.wikipedia.org/wiki/Sexualidad_en_la_Antigua_Roma

Carl G. Jung

Carl G. Jung: inconsciente colectivo y arquetipos

Por Sofía Degaudencio

Lic. en Psicología por UNLP. Analista Junguiana en Formación de la IAAP – SUAPA (International Association for Analytical Psychology – Sociedad Uruguayo Argentina de Psicología Analítica).

sofiadegaudencio@hotmail.com

Introducción

C. G. Jung es reconocido globalmente como el creador del concepto de inconsciente colectivo y de los arquetipos. En nuestro lado del planeta, poco se sabe de a qué se refieren estos conceptos y qué implicancias tienen para la psicología clínica en la actualidad.

Existen razones históricas que justifican este desconocimiento y la prevalencia del psicoanálisis freudo-lacanianiano como marco teórico para la identidad de lxs psicólogxs argentinxs. En otro trabajo (Kierbel & Degaudencio, 2018) intentamos establecer una hipótesis que echa luz sobre la caída “*en sombra*” de la teoría junguiana en Argentina, y una de las razones históricas que establecimos allí como causales, se relaciona con la operación política de Freud en su escrito *Contribución a la historia del Movimiento Psicoanalítico*, de 1914, donde establece explícitamente quienes son los *desertores* del movimiento –C.G. Jung y A. Adler- y qué es psicoanálisis y qué no. Teniendo en cuenta que accedemos a Jung a través de la lectura freudiana, no resulta tan raro la poca pregnancia de la teoría en nuestro país. Sin embargo, por fuera de la academia, existe una tradición artístico-literaria que recepcionó la teoría junguiana y que la hizo circular en los márgenes del campo psi.

En este trabajo nos proponemos rescatar los dos constructos teóricos más difundidos de la cosmovisión junguiana: inconsciente colectivo y arquetipos.

El encuentro con la teoría freudiana

En *Recuerdos, sueños, pensamientos* (1961), C.G. Jung nos cuenta su encuentro con la teoría freudiana, pero también con el mismo Freud. En 1900, un joven Jung se encontraba haciendo su formación en psiquiatría en el hospital de Burghölzli, en Zürich, cuando su profesor, Eugen Bleuler, le encarga una reseña de *La interpretación de los sueños*. Este será el primer encuentro con la obra freudiana, sin embargo, según Jung, todavía era muy temprano para poder comprender esta obra. En 1903, lo vuelve a leer y llega a la conclusión de que se relaciona con sus propias ideas.

La elección de psiquiatría para Jung fue muy aliviadora. Como relata en su autobiografía, desde la infancia había sentido un fuerte interés tanto por los temas ligados a la naturaleza como por los temas ligados al espíritu –asignándolos a sus “personalidades 1 y 2” (1) -, pero hasta este momento no creía que fueran conciliables, y esta contradicción le provocaba un gran malestar. Es a través de la psiquiatría que el joven Jung encuentra una vía donde confluye el desarrollo de los dos campos de su interés. De hecho, su tesis doctoral, presentada en 1902, se titula *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos*, dando cuenta desde el inicio de su carrera de la importancia que le dará a los fenómenos del espíritu comprendidos desde una perspectiva científica.

Para 1903, Jung hacía un tiempo que se encontraba trabajando en su conocido Experimento de Asociación de Palabras, a partir del método de Wundt. Jung buscaba darle una base amplia y experimental a la hipótesis del *complejo*, partiendo de la premisa de un psiquismo inconsciente. Encontró que los fenómenos de perturbación de la consciencia –errores al hablar, al escribir, al llevar a cabo una acción- que se producían como respuesta a estímulos verbales, podían referirse a asociaciones inconscientes. Esta tesis era compartida por Freud en *La Interpretación de los sueños*. Se interesó en determinar por qué la atención o la capacidad de reacción disminuían o desaparecían ante determinados estímulos verbales, y encontró que estos estímulos se relacionaban con temas de la vida

privada e íntima de los sujetos. A pesar de que eran contenidos *inconscientes*, eran los responsables de las conductas inhibitorias. Jung, entonces, estableció la hipótesis de que estaba actuando el *mecanismo de la represión*. Escribió a Freud dando cuenta de que sus resultados corroboraban las hipótesis psicoanalíticas.

En febrero de 1907 se produjo el primer encuentro en la casa de Freud, en Viena. Según los testimonios hablaron durante 13 horas seguidas. Este encuentro inauguraría una profunda relación de amistad, colaboración y rivalidad entre ambos. En 1909 son invitados a disertar por separado en la Clark University, en Estados Unidos. Deciden viajar juntos y este acercamiento pone de manifiesto la rivalidad entre ambos, a partir del análisis de sueños mutuo.

En 1910, Jung es elegido presidente de la recién inaugurada IPA (Asociación Internacional de Psicoanálisis, fundada por Freud); algunas versiones sostienen que la elección, frente al antisemitismo creciente en Europa, fue principalmente política –Jung era suizo y no era judío-, aunque el mismo Jung en su autobiografía menciona en varias oportunidades que Freud le decía que era su heredero, cosa que a Jung no le agradaba. Finalmente, luego de la publicación de *Transformaciones y símbolos de la libido* (1912), en 1913 rompen la relación. En 1914, Freud publica *Introducción del Narcisismo*, donde introduce la distinción entre libido de objeto y libido yoica o de autoconservación probablemente en respuesta a las críticas de Jung.

El eje principal de la disputa teórica entre ambos fue el concepto de libido. Mientras que para Freud, era una energía sexual, para Jung era una energía inespecífica, psíquica, que podía tomar diferentes formas en función de los grupos de instintos involucrados: hambre, sexualidad, actividad, reflexión y creatividad. En 1910, Freud le dice: “Mi querido Jung, prométame que nunca desechará la teoría sexual. Es lo más importante de todo. Veá usted, debemos hacer de ello un dogma, un bastión inexpugnable, contra la negra avalancha... del ocultismo” (2). Para Jung, este fue el principio del fin; ya no pudo sostener una relación de cordialidad ante las discrepancias teóricas. Para él, la *teoría sexual* era igual de “oculta” que las

disciplinas de las que Freud se defendía –la filosofía, la religión y la parapsicología-. Con una actitud digna de los epistemólogos de los años 70, Jung nos dice que era “una hipótesis satisfactoria por el momento, pero no un artículo de fe para todos los tiempos”. (3)

El descubrimiento del inconsciente colectivo

Durante el viaje a Estados Unidos en 1909, Jung tiene el siguiente sueño, que reconoce como el primer esbozo del concepto de *inconsciente colectivo*:

“Me encontraba en una casa desconocida para mí que tenía dos plantas. Era ‘mi casa’. Yo me hallaba en la planta superior. Allí había una especie de sala de estar donde se veían bellos muebles antiguos de estilo rococó. De la pared colgaban valiosos cuadros antiguos. Me admiraba de que tal casa pudiera ser la mía y pensé: ¡no está mal! Pero entonces caí en que todavía no sabía qué aspecto tenía la planta inferior. Descendí las escaleras y entré en la parte baja. Allí todo era mucho más antiguo y vi que esta parte de la casa pertenecía aproximadamente al siglo XV o XVI. El mobiliario era propio de la Edad Media y el pavimento era de ladrillos rojos. Todo estaba algo oscuro. Yo iba de una habitación a otra y pensaba: ¡Ahora debo explorar toda la casa! Llegué a una pesada puerta, que abrí. Tras ella descubrí una escalera de piedra que conducía al sótano. Bajé y me hallé en una bella y abovedada sala muy antigua. Inspeccioné las paredes y descubrí que entre las piedras del muro había capas de ladrillos; la argamasa contenía trozos de ladrillos. Ahora mi interés subió de punto. Observé también el pavimento, que constaba de baldosas. En una de ellas descubrí un anillo. Al tirar de él se levantó la losa y nuevamente hallé una escalera. Era de peldaños de piedra muy estrechos que conducían hacia el fondo. Bajé y llegué a una pequeña gruta. En el suelo había mucho polvo, y huesos y vasijas rotas, como restos de una cultura primitiva. Descubrí dos cráneos humanos semidestruidos y al parecer muy antiguos. Entonces me desperté.”

Para comprender el sentido que Jung le dará a este sueño, debemos revisar cómo piensa al inconsciente. Una de las tantas definiciones desperdigadas a lo largo del

tomo VIII de las Obras Completas es que lo inconsciente *aparece como el conjunto de todos los estados anímicos que se encuentran in statu nascendi* (4). En el ámbito del derecho, esta expresión en latín se utiliza como sinónimo de “en proceso de nacimiento o formación”, y justamente esta elección de Jung contempla ambos aspectos de los contenidos inconscientes, la represión y la creatividad. En lo inconsciente hay contenidos que han sido insoportables para la consciencia, por lo tanto han caído bajo represión, hay contenidos que simplemente han sido olvidados, pero también hay contenidos, que por así decir, nunca han visto la luz. No han sido reprimidos, sino que son nuevos, han sido creados y esperan ser conocidos por el yo a través de la consciencia.

Esto complejiza el concepto de inconsciente y Jung lo resuelve haciendo una diferenciación más, inconsciente personal e inconsciente colectivo. El inconsciente personal se compone de la sumatoria de todos los contenidos que no son conscientes: contenidos reprimidos, contenidos olvidados, percepciones sensoriales de poco valor que no llegaron a la consciencia, y contenidos que no se han vuelto conscientes porque aún son demasiado débiles. Entonces, ¿de dónde parte esta fuerza creadora del inconsciente, que crea contenidos que nunca han alcanzado la consciencia, y que, sin embargo se presentan inconciliables con ella? Del inconsciente colectivo. ¿Y qué es el inconsciente colectivo? Según Jung, consta básicamente de los instintos, y de los arquetipos, que son universales y uniformemente extendidos en la humanidad. Una de las definiciones que nos da es que los instintos son formas típicas de la acción (6) , es decir que nos impulsan a tener actividades específicamente humanas, sin la necesidad de una motivación consciente; mientras que los arquetipos, son formas típicas de la aprehensión (6), nos otorgan un tipo de percepción no consciente; la intuición. ¿Cómo se relaciona esto con la capacidad creativa del inconsciente? Esta actividad y percepción inconscientes que pulsan, en conjunción con los contenidos individuales, forman contenidos inconscientes nuevos.

La hipótesis del inconsciente colectivo, implica que además del inconsciente personal –bastante similar al freudiano- hay un estrato inferior, *universal* a los seres

humanos, “heredada” (7) se podría decir. Esta estructura, se compone de *motivos o imágenes mitológicos*. Y justamente a partir del estudio de la estructura mitológica de diversas culturales antiguas y contemporáneas a su tiempo y de las investigaciones antropológicas en sus viajes a Túnez, Argelia, Nuevo México, Kenia, Uganda y la India, es que obtuvo material suficiente para sustentar este constructo teórico que sostiene una estructura común inconsciente a todas las producciones culturales e individuales. Dice Jung: “[...] *podemos explorar lo inconsciente colectivo de dos maneras: en la mitología o a través del análisis del individuo.*” (8)

Por lo tanto, es necesario que veamos cómo se expresa lo inconsciente colectivo en el individuo. Dijimos que lo inconsciente colectivo contiene los *instintos* y los *arquetipos*, que como tantos otros conceptos en su teoría, Jung los va a ordenar como un par de opuestos un continuum. Para explicar esta relación, utiliza la metáfora del espectro infrarrojo- luz visible– ultravioleta. Al ojo humano, tanto el extremo infrarrojo como el extremo ultravioleta son invisibles, como los instintos y los arquetipos. La parte infrarroja serían los instintos, ligados a lo fisiológico y a la dinámica. La parte ultravioleta, los arquetipos, ligado a lo psicológico y a la imagen. Sin embargo, dijimos que ambos son invisibles al ojo humano – la conciencia en esta metáfora- pero que forman parte de un espectro, entonces la forma de hacer consciente esta dinámica no será mediante la asimilación de lo instintivo, si no de la imagen que está en el ultravioleta, el arquetipo. Entonces, ¿qué es un *arquetipo*? Un sistema que permite simbolizar el mundo. Aquí es importante introducir la salvedad que hace Jung: son *formas de representación heredadas*, no representaciones. Es decir, que en estas estructuras heredadas, que “son y no son espíritu” en interacción con el inconsciente personal, con la conciencia y con el ambiente darán las formas *particulares* en que cada persona simbolizará su mundo.

Volvamos ahora al sueño inaugural de esta teoría: Jung sostiene que la casa, en su conjunto, representaba un sistema psíquico completo. A medida que la va recorriendo, su conocimiento sobre ella se irá incrementando. La sala de estar,

representa la conciencia. En la planta baja, comienza el inconsciente, y cuanto más desciende más oscuro y extraño le resulta. Tanto el sótano romano como la gruta representan los estratos más arcaicos del inconsciente, el inconsciente colectivo. Y hay una correlación en la metáfora de la decoración de las salas, rococó, medieval, romana y por último, prehistórica que nos hablan de un descenso a los niveles más profundos y antiguos de simbolización.

Reflexiones finales

Intenté sintetizar en unas pocas líneas la complejidad de dos conceptos centrales en la teoría junguiana, a sabiendas de que toda síntesis implica un recorte de la potencia de estos conceptos. A pesar de esto, creo que es fundamental su recuperación y también de la psicología analítica en general, ya que esta teoría es extremadamente rica y actual. En tiempos en los que prima la visibilización de la diversidad y la multiplicidad de formas de ser y estar en el mundo, nos aporta herramientas muy útiles para abordar estos fenómenos, teniendo en cuenta que desde el comienzo, es una teoría que surge desde los márgenes –del psicoanálisis oficial- y que sostiene la multiplicidad de determinaciones en la etiología de los padecimientos psíquicos -libido como energía universal, comprendida por cinco grupos de factores instintivos: hambre, sexualidad, actividad, reflexión y creatividad; por oposición a la libido sexual freudiana-.

Invito a lxs lectorxs a continuar conociendo esta teoría en mi escrito *El símbolo, la creación simbólica y una articulación práctica desde la perspectiva energetista de C.G. Jung*

Notas

(1) () Veáse C. G. Jung (1961) Período Escolar en Recuerdos, sueños, pensamientos. Barcelona: Seix Barral.

(2) Jung, C.G. (1961) Recuerdos, sueños, pensamientos. Barcelona: Seix Barral.

(3) Jung, C.G. (1961) Recuerdos, sueños, pensamientos. Barcelona: Seix Barral.

(4) Jung, C.G. (1927) Psicología analítica y cosmovisión. En Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 14

(5) Jung, C.G. (1919) Instinto e Inconsciente, en Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 6

(6) Jung, C.G. (1919) Instinto e Inconsciente, en Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 6

(7) Es necesario aclarar el peligro que corremos de caer en una posición positivista y evolucionista cuando pensamos en el inconsciente colectivo y más adelante, cuando expliquemos el concepto de arquetipo, podremos sortear este problema teórico.

(8) Jung, C.G. (1927): La Estructura del alma.

Bibliografía

Freud, S. (1914) Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Obras Completas. Amorrortu, Buenos Aires.

Freud, S. (1914) Introducción del Narcisismo. Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires

Jung, C.G. (1947) Consideraciones teóricas acerca de la esencia de lo psíquico, en La dinámica de lo inconsciente. OC 8,8. Trotta, Madrid, 2004

Jung, C.G. (1936) Determinantes psicológicos del comportamiento humano, en La dinámica de lo inconsciente. OC 8, 5. Trotta, Madrid, 2004

Jung, C.G. (1916) El inconsciente personal y el inconsciente colectivo. En Las relaciones entre el yo y el inconsciente. Paidós, Buenos Aires, 2015

Jung, C.G. (1950) Instinto e Inconsciente, en Jung, C.G. La dinámica de lo inconsciente. OC 8, 6. Trotta, Madrid, 2004

Jung, C.G. (1927) La estructura del alma, en La dinámica de lo inconsciente. OC 8,7. Trotta, Madrid, 2004

Jung, C.G. (1934) Sobre los arquetipos del inconsciente colectivo. En Arquetipos e Inconsciente colectivo. Paidós, Buenos Aires, 2015

Jung, C.G. (1961) Recuerdos, sueños, pensamientos. Seix Barral, Barcelona.

Jung, C.G. (1918) Sobre lo inconsciente, en Civilización en transición. Trotta, Madrid, 2004

Kierbel, V. & Degaudencio, S. (2018) Sobre la recepción de Jung en Argentina: luces y sombras de su lugar en la formación de psicólogos y psicólogas en Argentina. Trabajo presentado en el VIII Congreso Latinoamericano de Psicología Analítica, Bogotá, Colombia.

Laplanche, J. y Pontalis, J-B. Diccionario de psicoanálisis. Labor, Buenos Aires, 1971

Sharp, D. (1994) Lexicón Junguiano. Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile

El símbolo, la creación simbólica y una articulación práctica desde la perspectiva energetista de C.G. Jung

Por Sofía Degaudencio

Lic. en Psicología por UNLP. Analista Junguiana en Formación de la IAAP – SUAPA (International Association for Analytical Psychology – Sociedad Uruguayo Argentina de Psicología Analítica).

“Todo arte es, a la vez, superficie y símbolo.

Los que buscan bajo la superficie, lo hacen a su propio riesgo.

Los que intentan descifrar el símbolo, lo hacen también a su propio riesgo.

Es al espectador, y no a la vida, a quien refleja realmente el arte.”

Oscar Wilde

Introducción

En este trabajo me propongo abordar de manera preliminar el concepto de símbolo de manera teórica y práctica, a través del análisis de textos de primera fuente. Para eso haré un recorrido por el modelo energetista que utiliza Jung al pensar la psique, y luego me centraré en los conceptos de símbolo, creación simbólica y función trascendente. Por último, intentaré hacer una articulación práctica de los conceptos a partir del análisis que hace Jung de la obra de Pablo Picasso.

El modelo energetista

Dentro de los modelos psicológicos-epistemológicos de su tiempo, Carl Jung distingue dos perspectivas, una mecanicista y otra energética, a la que adhiere. La primera es causal; las causas son concebidas “como un medio para lograr un fin” (1) y el acontecimiento como la consecuencia de una causa. Su base es el concepto de substancia. La segunda es finalista, a diferencia de la anterior, para comprender un acontecimiento, parte de la consecuencia y de allí se dirige a la causa, y se centra en el concepto de energía. Si tuviéramos que resumir en una

pregunta guía cada modelo podríamos hacerlo con *por qué* para el modelo mecanicista y con *para qué* reaspecto del modelo energetista.

Jung sostiene que la psique tiene un sistema de valores psicológicos que permite estimar la cantidad de **energía psíquica**, es decir, la intensidad de los valores inconscientes de manera objetiva. Llega a esta afirmación a través del estudio de los *complejos*, que son definidos como “contenidos sentimentalmente acentuados”(2). Los complejos, tienen un núcleo, y en torno a él, asociaciones secundarias. El núcleo del complejo, a su vez, tiene un elemento vivencial, experiencial, y un elemento individual, una disposición natural. Se caracterizan por la acentuación del afecto, el *tono sentimental*. Esto es lo que le permite a Jung pensar en cantidades y no solo en cualidades, y establecer un método objetivo. Así, puede explicar las asociaciones que se producen en torno al núcleo del complejo, a través del concepto de *fuerza consteladora* -lo que constela las asociaciones secundarias es la acentuación del afecto, la cantidad de energía-. Es importante aclarar que **libido** y **energía psíquica** son sinónimos (3), y que se refieren a la intensidad del proceso psíquico, su *valor psicológico*.

De la termodinámica Jung toma dos principios complementarios: **equivalencia** y **entropía**. Sin embargo, el psiquismo es un sistema *relativamente* cerrado, nunca se observa una entropía absoluta. Cuánto más cerrado es el sistema más se acerca a un fuerte aislamiento del entorno, que en un grado extremo se presenta como el síntoma de *imbecilidad afectiva* (4) en la esquizofrenia. ¿Por qué Jung se interesa en este aspecto a diferencia de otros autores que teorizan sobre la psicosis en esa época? Porque está poniendo el acento en la perspectiva energética, es decir en el valor medible y no en la cualidad del síntoma. En este síntoma, lo que se ha producido es que se han ido allanando las diferencias de intensidad al interior del sistema, del psiquismo y se ha alcanzado una temperatura homogénea, lo que hace que el afecto baje y se pierda interés en el mundo exterior.

Entonces, si el estado de aislamiento es patológico, el funcionamiento del psiquismo en condiciones saludables, debería implicar un dinamismo de la energía, es decir que haya un intercambio con el ambiente (6), pero también que la energía se mantenga en movimiento al interior del sistema. En relación a esto, dentro de lo que denomina la *Teoría de la Libido*, incluye dos conceptos fundamentales, **progresión** y **regresión**, que contribuyen no solo a hacernos comprender como piensa el funcionamiento de la libido, si no a diferenciarlo a la teoría freudiana.

La libido, para Jung va a ser un concepto más amplio que para Freud, quien antes de *Introducción del Narcisismo* (1914), asimilaba la energía psíquica, o libido a la energía sexual. A partir de este concepto, Freud distinguirá entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación, o yoicas. Las segundas son la expresión de la *sublimación* de una única energía, sexual, que cambia su meta, la obtención de placer, por una nueva: la conservación de la vida y el desarrollo del Yo. Así, puede explicar cómo el infans comienza a desarrollar partes diferenciadas en su psiquismo específicamente humano, pero siempre como un epifenómeno.

Para Jung, en cambio, la **libido** es una energía psíquica inespecífica, en la que se incluyen todas las dimensiones de lo humano, distinguiendo cinco grandes grupos de instintos: **hambre**, **sexualidad**, **actividad**, **reflexión** y el último, el **impulso creativo** -que si bien no es un instinto en términos estrictos-, tiene una naturaleza similar a ellos y es central para comprender al símbolo, como veremos más adelante.

La **progresión** es el movimiento de la libido desde el interior del psiquismo hacia el exterior, mientras que la regresión es el movimiento inverso. Cuando la progresión se vuelve imposible, no se logra la *adaptación* al ambiente y se produce el **estancamiento de la libido** -la *desintegración de los pares de opuestos*-. Cuando se inicia la lucha entre los opuestos desintegrados, el conflicto puede poner en marcha la represión mutua de los opuestos, dando lugar a la **disociación** (6). O se puede poner en marcha el proceso de la **regresión**, proceso que se detallará

más adelante. Tanto la progresión como la regresión son *procesos dinámicos*. Ambas son definidas en relación a la **adaptación**, la primera en relación a las condiciones del entorno; la segunda al mundo psíquico interior, “a la necesidad vital de satisfacer las exigencias de individuación”. (7)

Finalmente, dentro de esta teoría incluye el concepto de **desplazamiento de la libido**, como “la transformación o conversión energética”(8). Lo que se desplaza es el valor psíquico entre los distintos contenidos (substancia); se transfiere a un *analogon* del objeto del instinto. En este punto es en donde aparece el **símbolo** definido como “la máquina psicológica que transforma la energía”. (9)

El símbolo y la creación simbólica

Jung distingue el **símbolo** del **signo**. La *significación semiótica* se refiere a la “analogía o designación abreviada”; la *significación simbólica* se refiere a que “la expresión elegida es la mejor designación o la mejor fórmula posible para un estado de cosas relativamente desconocido, pero reconocido como existente o reclamado como tal” (10). Mientras es la mejor expresión de “algo” el símbolo se mantiene vivo, cargado de significación. En cuanto se encuentra *el sentido*, el símbolo muere y se transforma en signo. Los fenómenos psicológicos pueden ser entendidos como símbolos cuando significan más o menos algo que desconocemos hasta el momento. Los símbolos pueden ser *sociales* o *individuales*. Son complejos, porque conjugan elementos de todas las funciones psíquicas, conscientes e inconscientes.

La función de la **creación simbólica** es la *transformación de la energía*. Solo es posible esta cuando hay un exceso de libido, es decir que hay un *quantum* que sobrepasa ese curso natural, y que es desviado por el psiquismo a la creación de símbolos, dando lugar a *actividades culturales*. Existen **símbolos de representación** -las ideas religiosas- y **símbolos de acción** -las ceremonias y los ritos-.

Los símbolos son intentos del psiquismo para unir los opuestos que han entrado en contradicción. En los pueblos originarios que no han sucumbido a esta

diferenciación entre razón y cuerpo, Jung observa que no hay problemas para integrar los conceptos instintivos en un esquema psíquico coherente. Para el hombre moderno, todo lo que no pueda ser explicado en términos racionales es despreciado, desechado. La energía psíquica correspondiente a estos contenidos, es derivada al inconsciente, cargándolo; se produce una disociación de la psique colectiva e individual. Durante los siglos XIX, XX y XXI, con la primacía del pensamiento científico positivista, el mundo ha perdido su tradición *espiritual* (11) hasta un grado peligroso. El hombre ha perdido el contacto con la naturaleza, y la fuerza emotiva que le proporcionaban esas relaciones simbólicas.

La creación simbólica le permite a Jung profundizar su idea de energía psíquica inespecífica; la sexualidad también es una fuerza creadora, es el *portavoz de los instintos*. También lo espiritual es un instinto que impulsa la creación simbólica; la creación simbólica puede partir de ambos instintos. En este caso, a diferencia de Freud, el progreso cultural no será por la sublimación de la pulsión sexual, si no que partirá de la *individuación*; un individuo, se hará consciente de su diferencia, ampliará de esta manera su conciencia, y provocará la tensión entre los opuestos con el resto del colectivo. Esta tensión dará el impulso necesario (el quantum) para que se produzca el progreso cultural.

Anteriormente se mencionó la posibilidad de que se produzcan *estancamientos de la libido*, como la psique es un aparato autorregulador, pone en marcha la regresión, ya que la progresión se ha vuelto imposible por circunstancias externas. Entonces, la libido refluye a las fuentes. La conciencia pierde energía psíquica, y el inconsciente recibe mayor valor energético. Se produce una tensión entre contenidos opuestos, por ejemplo, contenidos sensuales y contenidos espirituales. Ambos querrán ser la alternativa que solucione la desadaptación al exterior, y a su vez transformar al otro a su condición. Si el yo no está totalmente dividido puede prevalecer una opción sobre la otra. Si está suficientemente dividido adviene una tercera opción que *no es ni lo uno ni lo otro*. Este producto inconsciente, que puede ser una mixtura entre ambas tendencias, o puede tener más energía de uno de los

opuestos, entrará en disensión con el yo. Se produce una nueva lucha entre yo e inconsciente. Si de esta lucha nace un contenido nuevo que anula la tensión e impone un cauce común de la libido, desaparece el estancamiento y la libido vuelve a fluir. De esta manera se forma un **símbolo vivo**, que conjuga elementos conscientes e inconscientes.

El proceso descrito en el párrafo anterior recibe el nombre de **función trascendente**. Según Jung, deriva de la unión de los contenidos conscientes e inconscientes. Utiliza el término trascendente, tomado de la matemática, porque *“posibilita orgánicamente el paso de una actitud a otra, es decir, sin perjuicio de lo inconsciente”* (12). Esta función psicológica se constituye a partir de la fluctuación de argumentos y afectos.

Este concepto tiene importancia **práctica**, para Jung es una herramienta técnica. Sostiene que el analista es quien transmite la función al paciente, ya que éste espontáneamente no ha podido acceder a ella, como se evidencia en el estancamiento de la libido. Lo esperable es que el analista actúe como un auxiliar en el proceso de unir la conciencia a lo inconsciente, pero que con el tiempo el paciente llegue a valerse por sí mismo. El procedimiento consiste en despertar a la conciencia contenidos inconscientes que estén cercanos a influir la conducta del paciente. Se busca evitar la intromisión secreta de lo inconsciente. Los contenidos que aparecen son tratados **constructivamente**. Esta interpretación trata al símbolo de manera **simbólica**, suponiendo que es la mejor representación de una situación compleja que todavía no es conocida totalmente por la conciencia.

Un caso de creación simbólica

Veamos un caso presentado por Jung en su obra *Realidad del alma* (1940), donde analiza la obra de Picasso, a nivel de la creación simbólica. Pablo Picasso fue uno de los fundadores del movimiento cubista. En las representaciones cubistas, desaparece la perspectiva tradicional, prevalecen las figuras geométricas, las líneas fragmentadas, no hay sensación de profundidad. Aparecen *perspectivas múltiples* y predomina la *representación abstracta*. Podríamos pensar que es una

representación simbólica mucho más parecida a la lógica inconsciente, donde las leyes que organizan la percepción consciente desaparecen

Jung establece dos formas de representación, tomando como parámetro los mecanismos que prevalecen en las estructuras de la neurosis y de la psicosis. Esto no quiere decir que en un individuo predomine un tipo de representación exista una u otra estructura psíquica, simplemente está categorizando los tipos de representaciones. En el caso de la forma de representación neurótica, hay una tendencia a las figuras de carácter sintético, de emoción directa y sentido armónico. Si prevalece lo abstracto, son figuras simétricas o evidencian un sentido certero. En la forma de representación psicótica aparecen las formas que remiten a sentimientos contradictorios o ausentes de sentimientos. En cuanto a lo formal, aparecen las “líneas de fractura”, que al neurótico le parecen grotescas u horribles.

Aquí podemos establecer dos hipótesis: que la forma de representación psicótica tiene mayor acceso al material inconsciente que la forma neurótica; y que Picasso tiene mayor contacto con sus contenidos inconscientes.

Sin embargo, como señala Jung en la obra antes citada, esta forma de representación prevalece en un primer momento de la obra de Picasso, y luego empiezan a aparecer formas más sintéticas y dotadas de sentido “neurótico”, principalmente en torno a la figura del Arlequín. En este punto Jung hipotetiza que este Arlequín es “el héroe que ha de atravesar los abismos del Hades”(13). Hades, el Dios del inframundo de los griegos, sería una representación del inconsciente del individuo. A su vez utiliza la palabra héroe, entendiendo que es quien emprende el camino de la individuación; con lo cual podemos establecer una última hipótesis: que la figura humana del Arlequín, debido a su ambigüedad, conjuga elementos conscientes e inconscientes, y es un *símbolo* de Picasso iniciando su trabajo de individuación a partir de haber puesto en marcha la función trascendente.

Reflexiones finales

En este breve escrito intenté mostrar algunos de los elementos centrales para pensar el modelo de psique propuesto por C.G.Jung, centrándome en el aspecto energético del mismo, y prescindiendo de otros elementos centrales como inconsciente colectivo y arquetipos. Esta decisión se basa en la complejidad de los mismos y la imposibilidad de desarrollarlos e integrarlos de manera coherente sin caer en reduccionismos.

Asimismo, a través del análisis de la obra de Pablo Picasso, intenté demostrar la relevancia y la riqueza de los conceptos de función trascendente, y de símbolo como una herramienta teórica y práctica esencial a quienes nos dedicamos al trabajo clínico.

Invito a lxs lectorxs a profundizar en la comprensión de los conceptos de inconsciente colectivo y arquetipos en mi escrito *Carl G. Jung: inconsciente colectivo y arquetipos*.

Notas

(1) Jung, C.G. (1948) Sobre la energética del alma, en Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 1 #1-130 p-25

(2) Jung, C.G. (1948) Sobre la energética del alma, en Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 1 #1-130 pp-12.

(3) Jung, C.G. (1921) Tipos Psicológicos. Buenos Aires: Sudamericana.

(4) Jung, C.G. (1948) Sobre la energética del alma, en Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 1, pp-28

(5) Jung se ve influido por el concepto de homeóstasis -de gran pregnancia en su época-, suponiendo un psiquismo autorregulatorio en función del intercambio energético del interior con el exterior.

(6) La disociación o disociabilidad de la psique es un mecanismo psíquico que para Jung, -a diferencia de otras corrientes de la Psicología Profunda- es “normal” y no patológico en sí mismo. Lo patológico, en la perspectiva energética está dado por el grado, es decir, una disociación muy grande correspondería a una psicosis mientras que una disociación pequeña a una neurosis.

(7) Jung, C.G. (1948) Sobre la energética del alma, en Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 1 #1-130 p-41.

(8) *Ibíd.* P-43

(9) *Ibíd.* P-47

(10) Jung, C.G. (1921) Definición de Símbolo. Jung, C.G. (1954) en Tipos Psicológicos. Buenos Aires: Sudamericana, Pp 552-561

(11) “Espiritual” en sentido de alma. Véase Jung, C.G. (1940) Realidad del alma, Buenos Aires: Losada.

(12) Jung, C.G. (1948) La función trascendente, en Jung, C.G. (2004), La dinámica de lo inconsciente, Madrid: Trotta, OC 8, 2 #131-193 p-77.

(13) Jung, C.G. (1940) en Picasso, en Jung, C.G. (1957), Realidad del Alma, Buenos Aires: Losada, Pp 131-137.

Bibliografía

Freud, S. (1914) Introducción del Narcisismo. Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires

Jung, C.G. (1950) Instinto e Inconsciente, en Jung, C.G. La dinámica de lo inconsciente. OC 8, 6. Trotta, Madrid, 2004

Jung, C.G. (1940) Picasso, en Jung, C.G. Realidad del Alma. Losada, Buenos Aires, 1957

Jung, C.G. (1948) Sobre la energética del alma, en Jung, C.G. La dinámica de lo inconsciente. OC 8, 1. Trotta, Madrid, 2004

Jung, C.G. (1921) Tipos Psicológicos. Sudamericana, Buenos Aires

Jung, C.G. (1948) La función trascendente, en Jung, C.G. La dinámica de lo inconsciente. OC 8, 2. Trotta, Madrid, 2004

Jung, C.G. (1964) Acercamiento al inconsciente. Ap: el papel de los símbolos, El hombre y sus símbolos. Caralt, Barcelona

Laplanche, J. y Pontalis, J-B. Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Labor, Buenos Aires, 1971

Sharp, D. Lexicón Junguiano. Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1994

HUMOR



Liliana Felipe

Jesusa Rodríguez y Liliana Felipe - Juana La Larga (Live in Montreal)

<https://youtu.be/pdTWCthPEHw>

Liliana Felipe - No va a alcanzar la leña.

<https://youtu.be/lurVe1vqTPg>

Gracias a Monsanto - Jesusa Rodriguez Liliana Felipe

<https://youtu.be/Lr7eJaZ1oUM>

Liliana Felipe - Cuando cumpla los ochenta.

https://youtu.be/XD3gGiT_Qng

EROTISMO



Grupo obsceno Antiguo Egipto.

Imagen obtenida de: <https://egiptologia.com/apuntes-sobre-las-erotica-aegyptiaca-y-la-sexualidad-en-el-antiguo-egipto/>

Oliverio Girondo

Selección por María Cristina Oleaga

Exvoto: A las chicas de Flores

Las chicas de Flores, se pasean tomadas de los brazos, para transmitirse sus estremecimientos, y si alguien las mira en las pupilas, aprietan las piernas, de miedo de que el sexo se les caiga en la vereda.

Al atardecer, todas ellas cuelgan sus pechos sin madurar del ramaje de hierro de los balcones, para que sus vestidos se empurpuren al sentirlas desnudas, y de noche, al remolque de sus mamás -empavesadas como fragatas- van a pasearse por la plaza, para que los hombres les eyaculen palabras al oído y sus pezones fosforescentes, se enciendan y se apaguen como luciérnagas.

Las chicas de Flores, viven en la angustia de que las nalgas se pudran, como manzanas que se han dejado pasar, y el deseo de los hombres las sofoca tanto, que a veces quisieran desembarazarse de él como un corsé, ya que no tienen el coraje de cortarse el cuerpo a pedacitos y arrojárselo, a todos los que le pasan la vereda.

Buenos Aires, octubre, 1920.

De: "20 poemas para ser leídos en el tranvía", 1922.

12

Se miran, se presienten, se desean,
se acarician, se besan, se desnudan,
se respiran, se acuestan, se olfatean,
se penetran, se chupan, se demudan,
se adormecen, despiertan, se iluminan,
se codician, se palpan, se fascinan,
se mastican, se gustan, se babea,
se confunden, se acoplan, se disgregan,
se aletargan, fallecen, se reintegran,
se distienden, se enarcan, se menean,
se retuercen, se estiran, se caldean,
se estrangulan, se aprietan, se estremecen,
se tantean, se juntan, desfallecen,
se repelen, se enervan, se apetecen,
se acometen, se enlazan, se entrechocan,
se agazapan, se apresan, se dislocan,
se perforan, se incrustan, se acribillan,
se remachan, se injertan, se atornillan,

se desmayan, reviven, resplandecen,
se contemplan, se inflaman, se enloquecen,
se derriten, se sueldan, se calcinan,
se desgarran, se muerden, se asesinan,
resucitan, se buscan, se refriegan,
se rehúyen, se evaden y se entregan.

De: “Espantapájaros”

17

Me estrechaba entre sus brazos chatos y se adhería a mi cuerpo, con una violenta viscosidad de molusco. Una secreción pegajosa me iba envolviendo, poco a poco, hasta lograr inmovilizarme. De cada uno de sus poros surgía una especie de uña que me perforaba la epidermis. Sus senos comenzaban a hervir. Una exudación fosforescente le iluminaba el cuello, las caderas; hasta que su sexo —lleno de espinas y de tentáculos— se incrustaba en mi sexo, precipitándome en una serie de espasmos exasperantes.

Era inútil que le escupiese en los párpados, en las concavidades de la nariz. Era inútil que le gritara mi odio y mi desprecio. Hasta que la última gota de esperma no se me desprendía de la nuca, para perforarme el espinazo como una gota de lacre derretido, sus encías continuaban sorbiendo mi desesperación; y antes de abandonarme me dejaba sus millones de uñas hundidas en la carne y no tenía otro remedio que pasarme la noche arrancándomelas con unas pinzas, para poder echarme una gota de yodo en cada una de las heridas...

¡Bonita fiesta la de ser un durmiente que usufructúa de la predilección de los súcubos!

De “Espantapájaros” (Al alcance de todos) 1932.

LIBROS



La sombra argentina

De Alejandro Huberman

El bien del sauce, 2019, 290 p.

Por Yago Franco
yagofranco@elpsicoanalitico.com.ar

“En su primera novela, madura y consciente, Alejandro Huberman trabaja sobre el desafío de encontrar lenguaje allí, donde sólo cabe una mueca o un gesto de espanto. Lucía nace en la ESMA. La rodea un país sin rumbo, sangriento. El autor, que es médico, psiquiatra, psicoanalista, y tiene 76 años, desde hace una década trabaja en este libro: una novela que busca astillas luminosas en medio del horror. Los personajes reales, imaginarios, diseñan un mapa de la memoria traumática: el ajedrecista Miguel Najdorf, el padre Mujica, Lopecito, un hijo bastardo del Comandante Cero. Y la niebla espesa de la represión. Desde ahí la historia pega un salto. El milagro de la vida y el horror de la vida en una línea delgada, en una misma fulguración de un atardecer infinito.

A pesar del pesar de lo que narra, o justamente por eso, La Sombra Argentina es una novela inolvidable y necesaria.” (Contratapa)

Un relato hecho relatos en paralelo, algunos de los cuales irán entrecruzándose. Novela que avanza como una partida de ajedrez. Que bordea el más allá al que Argentina fue empujada por la dictadura cívico-militar iniciada en 1976. Alejandro Huberman va llevando al lector al escenario de una época que es mostrada a partir de fragmentos que van conformando una totalidad. Escenas cinematográficas pueblan sus páginas. Escenas en las cuales aparecen personajes siempre dotados de vitalidad y arrastrados por las turbulencias producidas en el encuentro de sus deseos con una realidad impensada, cruel, por fuera de lo imaginable. Lo notable de la novela de Alejandro Huberman, es que no parece una novela: parece una crónica de una realidad pesadillesca en medio de la cual la vida de todas maneras se abre paso. Lo que relata el autor bien puede haber ocurrido palmo a palmo. Eso es lo notable, lo notable de una ficción que parece no haberlo sido. Y eso es lo horroroso. Y no es que se trate estrictamente hablando de una realidad novelada. ¿Una realidad que parece una ficción? No. El texto parece hundirse en lo real creando una realidad posible, absolutamente verosímil. La sombra de lo siniestro que ocurrió en Argentina, del horror, de lo impensable, de lo pesadillesco, de aquello que no termina de poder relatarse, puesto en palabras. Una puesta en palabras como intento de arrancar a lo real algún sentido. Tarea de historización que está notablemente lograda. ¿Esto pasó? ¿Es verdad lo que el autor relata? Preguntas que ante la caída en el abismo de lo real siempre surge, se trate de este caso, o de los campos de exterminio nazis, del genocidio armenio, del genocidio ruandés o de ese genocidio llamado descubrimiento de América. Siempre faltarán palabras. Siempre será necesario insistir en pronunciarlas. Una y otra vez.



Psicoanálisis en movimiento. Fragmentos e iluminaciones.

**Presentación de Psicoanálisis en movimiento. Iluminaciones y fragmentos.
22-05-2019**

De Carlos Guzzetti

Lugar Ed., 224 p.

Por Yago Franco
yagofranco@elpsicoanalitico.com.ar

Leo pocos libros de psicoanálisis. En general me aburren. Suelo abandonarlos en las primeras páginas. La reiteración, la mala escritura -el mal/decir- los abundantes sobrentendidos, la saturación que produce la certeza, los guiños para las respectivas parroquias terminan ganándome por abandono. Sigo -en cambio- disfrutando de los textos de Freud, esa obra abierta, y de los libros bien escritos, habitados por el bien-decir. El disfrute de un texto es para mí la premisa más importante -lo que no significa que sea fácil su lectura, o que carezca de rigurosidad-

El libro que tengo el placer de presentar hoy -el libro de Carlos Guzzetti- cumple sobradamente con esta premisa. Cada lectura es un encuentro, una nueva escritura en ese puente que Carlos describe que se produce entre paciente y analista y que

yo extendiendo al encuentro del lector con el texto: se produce una lengua-puente entre ambos. Entonces, cada libro es muchos libros, tantos como lectores tiene. Pero en particular este texto, además, está compuesto de varios libros que a continuación enumeraré. Antes de lo cual digo que en el encuentro con este texto pude experimentar entusiasmo, sorpresa, me sentí interrogado en mi pensamiento y práctica, convirtiéndose -como los buenos textos- en exigencia de trabajo.

Fragmentos e iluminaciones: el texto ilumina fragmentos (en el sentido benjaminiano) fragmentos iluminados, en los cuales siempre queda algo en la penumbra, a veces en la más profunda de las obscuridades.... hasta que un nuevo resplandor vuelve a dejar ver lo que anida en ese espacio que era esquivo a la mirada... para dejar algo nuevo en la penumbra y así... Fragmentos que habitan en las galerías de un laberinto. Para recorrer el cual Carlos avanza en amistosa compañía de un tridente ofensivo notorio: Walter Benjamin, Roger Callois, y sus ciencias diagonales y Levy Strauss y los bricolajes, abastecidos por un armador de lujo: Sigmund Freud. El libro mismo es un laberinto -pleno de bricolajes producidos en cada encrucijada-, un laberinto conformado por galerías/diagonales- que se conectan, se cruzan, en un recorrido de la escritura que vuelve sobre temas e interrogantes que siempre se muestran de un modo distinto, como un obstinado que sostiene al texto mismo.

Así, este es un libro en el cual Carlos generosamente comparte su experiencia clínica con nosotros. Entonces este libro que, como dije es varios libros, es un **libro sobre clínica psicoanalítica**, en el que desfilan personajes como Ofelia, Eduardo, Susana... Que muestra una clínica en movimiento: sus aperturas, sus aporías, sus interrogantes, sus posibles repuestas. Una clínica en la cual Carlos señala -tomando como referencia al sinólogo Jullien, quien revisa, recurriendo al pensamiento chino el mito occidental de la acción-que la suya es una clínica "prodiga en procesos ... de cambios a veces imperceptibles pero en definitiva eficaces en lograr mejorar la posición subjetiva frente al mundo: amar y trabajar" (p. 136). Una clínica para la cual la edipización se ha mostrado insuficiente. Lo mismo que la presencia abusiva en ella de la falta y de la función castratoria del analista, que ha sido pródiga en todo

tipo de crueldades. Siendo estas últimas dos presencias en la clínica una muestra de las resistencias *del* psicoanálisis.

Carlos remarca la importancia del trabajo analítico sobre la *realidad efectivamente vivida* -para lo cual agrega al mencionado tridente ofensivo a otro delantero: Sandor Ferenczi. Desconocer esa realidad es reduplicar el trauma.

Es también un **libro sobre la inseparabilidad del sujeto y el otro**, del sujeto y de la sociedad, siempre integrados a su psiquismo. Un sujeto que -señala Carlos- no solo está escindido, sino que es una multiplicidad.

También es un **libro sobre las instituciones psicoanalíticas**: sus caminos sin salida y la posibilidad de que la diáspora actual permita un mayor grado de libertad. Aunque Carlos Guzzetti no deja de señalar la resistencias *a/* psicoanálisis y *del* psicoanálisis mismo que pueden llevarlo a un camino sin salida.

Este libro es también **una reflexión sobre la época**, mencionando una y otra vez el espíritu concentracionario de la misma. **Y es un libro sobre la amistad**. La amistad es un antídoto contra lo concentracionario y lo segregatorio de nuestras sociedades. Al igual que el psicoanálisis, que va a contra corriente de dichas tendencias, instituyendo un nuevo lazo social. Ofreciendo un lugar para el sujeto, a contra tiempo del tiempo vertiginoso, a contramano de las corrientes imperantes. La amistad y el lazo psicoanalítico encuentran su lugar como dispositivos de resistencia. La escritura es otro modo de ir contra la tendencia concentracionaria. Así Carlos cita como "Salidas de la escena concentracionaria" a la amistad, la escritura -acompañado por Primo Levi y Jorge Semprún-, y el psicoanálisis. Y nos advierte que "El campo no siempre está del otro lado. El universo concentracionario es la marca de nuestro tiempo y, por lo tanto, nuestra práctica clínica, teórica e institucional no está al abrigo de sus efectos".

Ahora bien, también alerta sobre uno de los efectos de nuestro oficio: El traumatismo de escuchar el padecimiento psíquico, lo cual hace que los agrupamientos de psicoanalistas sean necesarios. Aparece así la institución como lugar elaborativo, de anudamiento de la pulsión.

Lo concentracionario, lo segregatorio, lo traumático, el modo de ser de nuestra cultura, tanto como las catástrofes individuales, llevan al tema del **montaje**

tóxico, centro de gravedad de su libro, otro libro dentro del libro. El montaje tóxico implica el pasaje de la angustia al dolor en nuestra cultura y en la clínica. Haciendo que el análisis devenga en un lugar de amparo, siendo muchas veces más que un trabajo analítico -por lo tanto de descomposición- un dispositivo de dar forma, de alojamiento al dolor para que -en el mejor de los casos- de paso a la angustia. El dolor, dirá Carlos, es un agujero en el psiquismo por el montaje tóxico, una defensa desesperada para desprenderse del mismo. La toxicidad de la cultura actual, montada sobre la cantidad, sobre el exceso, hace que esta reflexión clínica sea *también* un diagnóstico sobre nuestra realidad.

Como decía, Carlos sostiene que ante este panorama se erige la amistad. También el psicoanálisis y su relación con el paciente/extranjero, y el acto de hospitalidad del analista/anfitrión, quien al mismo tiempo se expresa en una lengua extranjera. "Lazo social original y paradójal -el psicoanálisis-, se propone como una promesa de disolución" sostenida por el amor diferido y prohibido, lugar de alojamiento del extranjero. Dice Carlos: "La apuesta psicoanalítica se asienta en la convicción cierta de que el nuevo lazo social que Freud ha inventado, donde encuentran su lugar la hospitalidad y la cortesía, puede ofrecer alojamiento al sujeto contemporáneo, aliviarlo de los sufrimientos de la época y brindarle un porvenir, una vida que valga la pena ser vivida" (p. 82).

Muchas veces me pregunto -y le pregunto a Carlos- si el psicoanálisis no se trata de un otro modo de la amistad, en la cual hay un solo sujeto y otro que lo aloja, pero que con el tiempo implica un nosotros, un peculiar nosotros, en ese puente entre dos lenguas que genera una suerte de lengua original y compartida. Tiene en común con la amistad el saber callar, en este caso y sobre todo de parte del analista, pero también del paciente que -salvo en las psicosis- no habla a cielo abierto y como dijera Piera Aulganier, tiene derecho al silencio -no resistencial sino de sostén de su subjetividad-, restándole algo al otro para advenir sujeto.

Carlos cita de Borges : "El concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio..." Por eso, este es un libro en movimiento, que produce en

el lector -y seguramente en el mismo autor- un empuje a pensar, *porque pensar es entrar en el laberinto*.

Sobre el final de su texto señala lo siguiente, que transcribo: “En el psicoanálisis estamos acostumbrados a una falta absoluta de cortesía lexical, hablamos o escribimos con palabras incomprensibles para los demás, usamos construcciones absolutamente atravesadas, en general como resultado de malas traducciones, de malas desgrabaciones... nunca estamos seguros de lo que decimos cuando decimos lo que decimos y los dialectos solo se comprenden al interior de la tribu (...) La cuestión de la cortesía entra en sintonía con la de hospitalidad. Es preciso ser corteses con los extranjeros que nos visitan, con el otro, con la alteridad del otro. El encuentro solo es posible y productivo si se cuenta con los recursos para saber recibirlo y ser recibido” (197)

Hemos dialogado -sin saberlo- sobre este libro desde antes de que fuera libro, primero en nuestros almuerzos en el bodegón de la calle Boulogne sur Mer, cerca del consultorio de Carlos, y luego en los periódicos almuerzos en Pierino -exquisitos pulpetines mediante-, cerca del mío. Hemos jugado (sin saberlo) con algunas de las ideas que expone en este texto, en diálogos entrelazados por reflexiones sobre nuestra progenie, el paso del tiempo, la ausencia de nuestros seres queridos, nuestras preocupaciones, el porvenir y la incertidumbre y nuestras desesperanzas e ilusiones, este nuestro país y su dolor y sus eventos increíbles y tragicómicos. Recomendándonos libros, películas, obras de teatro... Todo esto hamacado en un vaivén fraterno.

Finalmente: Carlos muestra ese gasto que se realiza por el extranjero/otro al hospedarlo y recibirlo con la cortesía del buen decir. Nosotros somos esos otros, esos extranjeros a quienes este texto nos hace lugar. Este libro produce una deuda con él, ya que no deja de ser un acto de donación, un gasto que él realiza, sobre todo por el gran compromiso con el que ha sido escrito. Un gasto que no espera retribución. Y que me provoca el deseo de agradecerle por haberlo escrito y compartirlo, y también -y sobre todo- por su amistad.

Índice

Prefacio	9
Del sufrimiento psíquico	13
Escribir un síntoma.....	15
Los hundidos y los salvados. Efectos subjetivos de la segregación.....	23
El montaje tóxico.....	33
La parte maldita y la ménis de Aquiles.....	41
El sillón incómodo	51
Creencia, amor y fe.....	53
El lugar de lo extranjero: identidad del psicoanalista.....	67
Rostros de la transferencia.....	77
El amigo: ¿un otro-sí mismo?.....	83
Instrumentos de navegación	99
Psicoanálisis 24 quilates.....	101
Elasticidad de la técnica. Diálogos con Sándor Ferenczi.....	111
¿Eficacia?.....	127
Resistencias del psicoanálisis.....	141
Ficciones	155
Ficción, realidad y creencia.....	157
Edipo: mito, tragedia, complejo.....	167
LENGUAS DEL OTRO/ lenguas del otro	183
Dos parábolas sobre el poder.....	199
Bibliografía	209



Planeta Adolescente. Cartografía psicoanalítica para una exploración cultural

De Marcelo Luis Cao

Windú Ed., 208 p., segunda edición, revisada.

Adelanto de su nuevo libro

Prefacio a la Segunda Edición

Hacer una relectura de un texto propio luego del transcurso de un tiempo prudencial (prudencia que debe ser mensurada por cada autor, ya que no contamos con un parámetro absoluto), entraña el enfrentamiento con dos tipos de riesgos. En primer lugar, nos encontramos con los riesgos reales, aquellos que surgen de la valoración por parte del autor de la vigencia de las ideas vertidas. Es que para conservar dicha vigencia éstas deberán pasar una y otra vez por el tamiz del cuestionamiento para evitar la típica cristalización esterilizante.

En segundo lugar, nos acechan los que podríamos denominar con el apelativo de riesgos fantasmales, los cuales provienen del estupor que se adueña del autor frente al desconocimiento que puede sufrir en torno a las ideas puestas en juego, el cual puede expresarse a través de las siguientes preguntas: ¿yo pensaba así?, o

bien, ¿esto lo escribí yo? Esta suerte de extrañamiento, que genera un espectro que puede cursar desde la perplejidad al rechazo, debería conducir a la rememoración elaborativa de las voces de los personajes internos que han quedado atrás en el proceso de individuación del autor.

De este modo, el registro narcisista habrá de conjugar una nueva polaridad (1) ,aquella que va a quedar representada por el sigiloso pendular entre la cristalización y el extrañamiento de las partículas elementales de la propia producción (situación que, desde luego, no se restringe sólo a la escritura). Mi relectura, como no podría ser de otra manera, quedó encuadrada dentro de las generales de la ley. Rescaté y deseché ideas, me enfrenté a cristalizaciones y extrañamientos, resignifiqué los elementos de mi propia historia y del contexto social, político y económico que enmarcó la producción de este ensayo.

Si ahora pasamos del autor al texto, veremos que han transcurrido más de dos décadas desde la primera edición de *Planeta Adolescente*. En este dilatado espacio-tiempo muchos de los acontecimientos que han sacudido el pulso de las comunidades y de sus marcos socioculturales podrían haber augurado la caducidad de sus razones de existencia. No obstante, este cuerpo celeste continúa transitando incólume su órbita errante. Por esta razón, aún con sus matices y algunas correcciones las tesis centrales de este viejo ensayo siguen vigentes.

Es que el curso de los eventos sociales, económicos y políticos ha virado una y otra vez en diversas direcciones. Las guerras de alta y baja intensidad siguieron asolando a poblaciones, colectivos y minorías. Los ideales y valores continuaron con su habitual derrotero de degradación. Y, last but not least, el capitalismo posindustrial a predominio financiero sigue bailando en la cubierta del Titanic. Aún así, cada nueva generación de adolescentes renueva su esperanza y compromiso por la construcción de un futuro mejor para si mismos y para toda la humanidad.

Esta esperanza y compromiso se traslucen en las producciones del *imaginario adolescente* de turno. Aunque para ser precisos deberíamos dar cuenta de la simultaneidad de los *imaginarios adolescentes* que pueblan la cultura de una generación dada. Estas producciones son las que conforman y sostienen el entramado cultural del *Planeta Adolescente*, en tanto definen los códigos, ideales y

valores con los que se establece no sólo la comunicación sino también la convivencia con los adultos, permitiendo, a su vez, la mentada proyección a futuro. Asimismo, estas producciones transcriben en tiempo real a las significaciones imaginarias sociales que pueblan el éter cultural la sinergia de fuerzas que expresa y se expresa a través de cada generación adolescente.

Por otra parte, también mantiene su vigencia el concepto de *transbordo imaginario*, en la medida que sobre sus espaldas se sustenta el estatuto virtual que caracteriza a la órbita del *Planeta Adolescente*. Es que la apropiación de los *lugares y funciones* que los jóvenes llevan a cabo a través de las pruebas y contrapruebas con las que experimentan los roles a ocupar, encarnándolos de manera fugaz o transitoria, continúa siendo una operatoria válida en todas las latitudes terrestres.

Otro tanto sucede con la operatoria de la *remodelación identitaria*, ya que la reconfiguración de las instancias psíquicas por la vía de la incorporación de modelos y figuras sigue siendo axial a la hora de la secuencia de montajes identitarios que habrá de poblar la transición adolescente. Esta secuencia perdurará hasta que con la obtención de la ansiada autonomía se produzca la salida del *Planeta Adolescente* y con ella se establezca el equilibrio identitario (siempre inestable), que les permita manejarse como jóvenes adultos.

Asimismo, la inacabada polémica función de los medios de comunicación, en la medida que responden a los intereses del marketing empresarial y político, mantiene intacta la validez del capítulo 3. La profundización de este funcionamiento a lo largo de la primera década del siglo XXI da cuenta del enorme poder en juego para condicionar no sólo el consumo de objetos, sino también el de ideas y de acciones.

A su vez, los conceptos vertidos en los capítulos 4, 5 y 6 se sostienen gracias a que la juventud sigue encarnando el modelo ideal de la sociedad, a que el desprendimiento material, afectivo y simbólico de la familia de origen continúa en dificultades debido a la salida de escena de los adultos en su derrotero de constante adolentización y que la subjetividad continúa siendo una producción epocal. Y, como la adolescencia persiste en su función de caja de resonancia de la cultura societaria,

a través de su lente de aumento se avizora la permanente complejidad de estas conflictivas.

Por su parte, el retorno de la alianza entre neoliberalismo y posmodernidad a los resortes del poder gubernamental en Latinoamérica inviste a esta temática con la misma vigencia que en la última década del siglo pasado. Justamente, Jorge Alemán plantea que la palabra posmoderno devino en un adjetivo que, en su funcionamiento semántico, terminó al servicio de legitimar la nueva hegemonía neoliberal. Por tanto, el fin de los grandes relatos se transformó en el abandono de las cuestiones tanto de la ideología como de la política y coadyuvó al rechazo de las lógicas emancipatorias. El elogio de la ironía y el escepticismo, la fascinación por la globalización y por la “sociedad del conocimiento” convirtió al significante “posmoderno” en el sinónimo de la falta de compromiso con causa alguna y en la encarnación del espectador lúcido que privilegia el lado estético y sin consecuencias.

Afirma, asimismo, que es indudable que la duración, la permanencia, la temporalidad de las instituciones familiares, políticas y económicas están siendo socavadas. En los países centrales, por ejemplo, miles de jóvenes no saben cuánto tiempo seguirán viviendo en su ciudad, en su trabajo o en su entorno de relaciones cotidianas. Es que la subjetividad contemporánea en tanto producto de la lógica cultural del capitalismo tardío instituyó al sujeto líquido, precario, sin orientación ni gravedad, atado a sus prácticas de goce sin una brújula ética, sin lazos sociales ni relatos que le permitan acuñar una experiencia de transformación.

En este sentido, el neoliberalismo no es sólo una ideología a favor de los mercados y el capital financiero, tampoco se reduce a una mera política económica, es un conjunto de prácticas teóricas, políticas, estatales, institucionales que apuntan a una nueva invención del sujeto. El sujeto neoliberal está organizado por distintos dispositivos para concebirse como un empresario de sí mismo, lo cual lo obliga como a todo emprendedor a la maximización de su rendimiento. Por ello, se han vuelto célebres los entrenadores personales, los consejeros, los estrategas de la vida, los asesores de emprendimiento, todas técnicas subjetivas de despolitización de la existencia.

Por tanto, el neoliberalismo no es la desaparición del Estado frente a la indetenible marcha del mercado guiado por su “mano invisible”. Esto es un error de perspectiva. Tal como ya se puede apreciar en Europa, el neoliberalismo se apropia del Estado y sus instituciones para que funcionen como dispositivos de entrenamiento subjetivo, a fin de que el sujeto se entregue a un espacio de exigencias ilimitadas que sólo puede asumir como emprendedor de sí, por fuera de las distancias simbólicas que aún perduraban en el sujeto moderno (Alemán, J. 2013).

En esta misma línea Gilles Lipovetsky enfatiza que el individualismo “en efecto, ha entrado en otra fase de su andadura histórica, en su momento hipermoderno, que se caracteriza por una serie de rasgos fundamentales: el culto al cuerpo, el culto a lo psicológico o lo relacional, el culto al hedonismo consumista y el culto a la autonomía subjetiva brotan cuando desaparece la fe en las grandes ideologías de la historia (Nación, Revolución, Progreso). Esta inmensa metamorfosis se produce entre una ristra de paradojas. El neoindividualismo comporta liberación de la vida privada, pero también fragilización del yo (ansiedad, depresión, suicidios...). Coincide con la soberanía triunfal del sujeto, pero también con la desestructuración de anómica de los vínculos sociales y familiares. Es sinónimo de masificación, pero también de personalización de las conductas, de las apariencias, la relación con el tiempo (la vida a la carta). Rompe la familia tradicional en nombre de la libre disposición de uno mismo...” (Lipovetsky, G. 2009).

A su vez, José Pablo Feinmann plantea que vivimos “los tiempos de la modernidad informática. Así deberán ser calificados para que podamos acercarnos hacia su adecuada intelección. La posmodernidad fue apenas una etapa breve de la modernidad que vino a consolidar teóricamente el universo neoliberal que se impuso con la caída de la Unión Soviética. Los mismos neoliberales renegaron de sus postulados. La totalidad no había muerto. Ahora se llamaba globalización. La modernidad no era un proyecto acabado. Tampoco se identificaba con la era de las revoluciones. La modernidad sigue siendo el despliegue del capitalismo. Como lo ha sido siempre, incluyendo a los proyectos revolucionarios que intentaron oponérsele bajo el nombre de socialismo y fracasaron. La verdadera revolución la hizo el capitalismo, no el proletariado ni el Tercer Mundo. Esa revolución es la

informática. De aquí que ésta sea la era de la modernidad informática, cuya globalización incluye el proyecto de controlar al entero mundo a través del poder comunicacional y del bélico.” (Feinmann, J. P. 2013).

Justamente, desde el punto de vista informático Piscitelli plantea la diferencia entre nativos e inmigrantes digitales. Estos últimos son personas ubicadas en una franja etárea que oscila entre los 35 y los 55 años y su caracterización se define porque han aprendido el lenguaje informático como una disciplina, mientras que los nativos digitales han nacido bajo el signo de Internet. Por esta razón, plantea que “los consumidores y próximos productores de casi todo lo que existe (y existirá) son los nativos digitales, y entre ambos cortes generacionales (o poblacionales) las distancias son infinitas, y las posibilidades de comunicación y de coordinación conductual se vuelven terriblemente difíciles, sino imposibles, a menos que existan *mediadores tecnológicos intergeneracionales*” (Piscitelli, A. 2009). Las camadas adolescentes que debutaron en el nuevo milenio llevan esta marca en el orillo virtual, dando cuenta de una diferencia abismal con sus predecesores, los cuales se han convertido en inmigrantes digitales.

De este modo, a pesar de los continuos zarandeos sociales, culturales y económicos que nos depara el imaginario social de cada época, el *Planeta Adolescente* sigue girando y conduciendo la tormentosa transición a la que este colectivo se ve expuesta vez tras vez con sus incesantes innovaciones. Por lo tanto, más allá de los lúgubres pronósticos sintetizados en “la juventud está perdida” con los que habitualmente los sermonean gran parte de las voces adultas, las culturas adolescentes siguen y seguirán expresando sus mensajes cuestionadores y esperanzadores urbi et orbi. El espíritu de este ensayo es seguir dando cuenta de ello.

Notas

(1) Véase Cap.5 de Desventuras de la Autoestima Adolescente

MULTIMEDIA



Esculturas eróticas Khajuraho India.

Imagen obtenida de: <https://www.ancient-origins.es/noticias-general-lugares-antiguos-asia/khajuraho-los-templos-sexo-la-india-004321>

Videos en YouTube

(copiar los links y pegar en el navegador)

Residente, Dillon Francis - Sexo (Official Video)

<https://youtu.be/UjqXKgk5b18>

La chica danesa. - Trailer oficial

<https://youtu.be/5hiVVNqH5IQ>

La chica danesa. - La historia

<https://youtu.be/KxQtzJ9a13w>

Rita Segato - El patriarcado es un tema central para mantener el edificio de los poderosos

<https://youtu.be/wdc0YCwW3Yk>

Judith Butler - ¿Qué significa que el género es performativo?

<https://youtu.be/O61gWMsJEOE>

El erotismo en la Antigua Grecia

https://youtu.be/jO-I_P4vufQ
